

Leyendo en casa de la señora Parks

Marta Vidal del Palacio

ALEJANDRÍA NARRATIVA



obvucuas.

Gabriela, una joven cuya vida transcurre entre el trabajo en el bar, los ratos de ocio en la biblioteca y las visitas a su padre, acepta el encargo de una anciana como lectora privada en su hogar. Pronto se establecerá una conexión genuina entre ambas mujeres, a quienes separan dos generaciones pero que, sin embargo, están unidas sin saberlo por trágicos sucesos de su pasado.

Leyendo en casa de la señora Parks es una novela sencilla y repleta de emociones profundas, un canto a la amistad intergeneracional que aborda la controvertida temática del duelo desde una óptica vitalista y alejada de la culpa. Una muestra de lo que es capaz de aportarnos la compañía de un ser querido, independientemente de nuestras aparentes diferencias.



LEYENDO EN CASA DE LA SEÑORA PARKS

Marta Vidal del Palacio

www.edicionesoblicuas.com

Leyendo en casa de la señora Parks

© 2026, *Marta Vidal del Palacio*

© 2026, *Ediciones Oblicuas*

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/ Lluís Companys n° 3, 3º 2ª

08870 Sitges (Barcelona)

info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 979-13-87908-20-1

ISBN edición papel: 979-13-87908-19-5

Edición: 2026

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Agradecimientos

La autora

*A mi madre, por los libros;
a mi padre, por la música;
y a mi abuelo, por su ejemplo.*

Gabriela caminaba por la calle, acompañada de cerca por la voz de Axl Rose. Con sus dedos entrelazados en el cable de los cascos en un patrón intrincado y determinado —la única forma de hacer que estos funcionaran correctamente—, los acordes tristes de *November rain* llegaban hasta sus oídos con fuerza. Desde tierna edad le había maravillado la capacidad que tenía la música de aislarla del mundo exterior: faltaban unos días para acabar el verano y aunque el sol estaba bajo ya, los adoquines seguían emanando el calor acumulado durante el día; sin embargo, al cerrar los ojos, era capaz de teletransportarse a una tarde húmeda de otoño y lamentarse junto al vocalista de los Guns N' Roses.

Al abrirlos de nuevo, divisó la puerta principal de la biblioteca. Gabriela soltó su presa, rompiendo la magia, y enrolló el cable alrededor de su reproductor de música de segunda mano. De vuelta en el mundo real, pudo escuchar cómo unas notas traviesas escapaban por las ventanas abiertas del conservatorio, retorciéndole ligeramente el corazón. Suspiró con fuerza, mirando con nostalgia los escalones de entrada, sin caer en la tentación de detenerse.

En cuanto puso un pie en su verdadero destino, el edificio con muros de ladrillo y entrañas de papel, Gabriela sintió el olor de los libros. Formuló un «hola» mudo con los labios, saludando a Belén, la bibliotecaria, quien le devolvió el saludo con la mano libre mientras hablaba por teléfono, y entró como si fuera su casa. Cientos y miles de estanterías blancas repletas de volúmenes poblaban los pasillos. Novelas, cuentos para niños, biografías, libros científicos, atlas, revistas... Sin embargo, la joven pasó por delante de todos ellos y se sentó al fondo, frente a uno de los tres ordenadores instalados

en la planta baja. Con cuidado de no hacer ruido, posó su reproductor encima de la mesa, por si le hiciera falta en un futuro inminente, y encendió la torre. Mientras la computadora se ponía en marcha, se inclinó ligeramente en la silla para sacar un papel arrugado del bolsillo trasero de sus vaqueros. En él, retazos de una canción que había escuchado esa mañana en la radio aparecían garabateados con trazo apresurado, descuidado. Por fortuna, era su caligrafía y era reciente; en unos días, esas palabras se volverán indescifrables, sin el apoyo de la melodía ni el recuerdo virgen en su memoria para ayudarla.

Después de unos minutos de búsqueda, Gabriela encontró lo que buscaba. «¡Bingo!». Con un bolígrafo anotó en el reverso del papel el disco, el título de la canción y el cantante. Dedicó las horas siguientes a navegar por internet, buscando otras canciones, artistas conocidos y emergentes, melodías que conocía de memoria y otras que entraban en sus oídos por primera vez.

En su camino hacia la salida, su mirada se cruzó de nuevo con la de Belén. Acababa de despachar a un niño que, todo contento, se dirigía hacia la puerta con varios volúmenes entre los brazos, llenos de colores vivos y dibujos de dinosaurios, y la mano de su padre apoyada en el hombro.

—¿Qué tal, Gabriela? ¿Todo bien? —le preguntó la bibliotecaria.

—Tirando. ¿Y tú? —Hacía por lo menos quince años que Gabriela acudía a la biblioteca, y en todo ese tiempo, Belén siempre había estado ahí. La había visto pasar de EGB a BUP, y de COU a su corto paso por la universidad. Belén, como buena pontevedresa, le contestó a la gallega.

—¿Qué tal tu madre? ¿Y tu padre?

Gabriela no dejó que la sutil punzada que había sentido en el corazón alterara su sonrisa.

—Bien, mi madre bien. Y bueno, mi padre... Como siempre... —respondió, encogiendo ligeramente los hombros. Cuando giró disimuladamente la cabeza para evitar enfrentarse a la mirada lastimera de Belén, una nota pegada en la cristalera de la recepción llamó su atención.

—Ya... —Belén bajó la cabeza un instante, pero se repuso rápidamente—. ¿Te marchas?

Gabriela había oído la pregunta, pero su interés estaba puesto en otra cosa. La nota manuscrita pegada a la vitrina que separaba a la bibliotecaria del resto del mundo era una hoja amarillenta de papel rígido, pulcramente cortada, con dos tipos de letra diferente, ambas legibles, una más pequeña que la otra.

Persona mayor con problemas de vista busca voluntario/a para un poco de lectura y *romper un poco así también la soledad.*

La letra «y» se superponía al punto final que había inicialmente detrás de la palabra «lectura» como un niño reticente a irse a dormir a la hora establecida. Algo insólito y a la vez familiar se despertó dentro de ella. No le parecía extraño que una persona mayor tuviera problemas de visión y necesitara ayuda para leer, pero la parte final de la frase dolía solo de verla... Al final de esta aparecía un número de teléfono y un nombre: María.

—¿Gabriela? —Esta parpadeó un par de veces. Sus ojos cambiaron de enfoque y se encontró mirando su propio reflejo en el cristal.

—¿Esta nota desde hace cuánto que está? —contraatacó, señalando con el índice la nota pajiza, utilizando la misma táctica de responder a una pregunta con otra que solía utilizar la bibliotecaria.

—Uf, pues exactamente no te sabría decir —le respondió la mujer, inclinándose hacia la nota pegada con celo—. Hace unos días vino una chica

joven y nos pidió pegarla aquí. Por mí no había ningún inconveniente, y cuando pregunté en dirección me confirmaron que no incumplía ninguna norma.

Si fue una chica joven, entonces no sería la protagonista del anuncio. Sería su hija, o su nieta. ¿Por qué esa chica joven no podía hacerle compañía? ¿Por qué estaba dispuesta a venir hasta la biblioteca para colgar el cartel, pero no leer para ella?

—Sí, sí. Me voy ya —respondió Gabriela, retomando la pregunta anterior —, que hoy mi madre sube tarde a casa y me toca a mí preparar la cena.

—Ah, vale. ¡Saluda a tu madre de mi parte!

—¡Lo haré! —respondió Gabriela, encaminándose ya hacia la puerta acristalada.

Según bajó el último escalón de la entrada, ya tenía los auriculares en las orejas. Repitió su ritual hasta conseguir que la música fluyera por el cable. Ya equipada, miró con cuidado a ambos lados de la carretera y cruzó hasta la marquesina de la acera de enfrente para esperar al autobús.

Mientras su cuerpo se sacudía con los baches del asfalto, en su cerebro sonaba una de las canciones que tenía en bucle últimamente. Sacó el reproductor para darle al botón de rebobinar y poner la canción de nuevo desde el principio. Pasó una canción, dos. Seguía siendo incapaz de concentrarse en la música: la mente de Gabriela se había quedado en la biblioteca, frente a aquella nota. No sabía por qué le había llamado tanto la atención. Era un simple anuncio.

En casa, preparó una cena sencilla. Comió en silencio y solo fue al acabar, mientras fregaba los platos, cuando el ruido inconfundible de las llaves antecedió la llegada de su madre.

—Uf, ¡pero qué bien huele! —dijo con un tono cansado, llegando por detrás, abrazándola y dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal la tarde?

—Bien, bien... ¿En el bar?

—Todo como siempre: poca gente, mucha tarea —dijo su madre, soltando los bártulos en una de las sillas que rodeaban la mesa de la cocina.

Cenó a prisas, con Gabriela sentada junto a ella, mirándola. La benjamina estudió sus facciones con atención. Unos minutos después, mientras se estaba lavando los dientes, oyó el ruido de las llaves y, con el cepillo aún en la boca, se acercó a la entrada.

Su madre estaba vestida con ropa sencilla, bolso al hombro, y la mano en el pomo de la puerta, ya entreabierta. Ambas mujeres cruzaron una mirada muda cargada de palabras.

—No vuelvas muy tarde —le previno la hija, una súplica distorsionada por la espuma de la pasta de dientes.

Su madre asintió, con una sonrisa triste, y salió de casa, cerrando la puerta con cuidado. Gabriela se enjuagó en el lavabo y se acostó rápidamente. Cerró los ojos, preguntándose en silencio cómo habrían sido sus vidas si no hubieran tenido el accidente. Su mente se dedicó entonces a navegar por diferentes supuestos escenarios que podrían haberse hecho realidad, tirando por la borda el cansancio que había acumulado durante todo el día y dando la bienvenida a un nuevo grumete: Insomnio.

Cansado de remar, visitando islas que nunca podrían ser reales, Insomnio divisó un bulto que flotaba mecido por las olas. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, le dio alcance. Subió la botella de cristal a su pequeña barca y quitó con destreza el tapón de corcho, liberando el mensaje protegido en su

interior. Una copia exacta de la nota amarillenta pegada en el cristal de la biblioteca se desplegó ante sus ojos, antes de quedarse dormido él también.

A la mañana siguiente, mientras esperaba tras la barra del bar la llegada de clientes, Gabriela miraba el papel que tenía entre los dedos con el número de teléfono apuntado. Al mirarlo, se le venía a la mente la nota. La letra era bastante pulcra, aunque tenía un toque antiguo. ¿Una mujer que quería ver pasar las horas un poco más rápido? ¿Quizá su marido estaba interesado en otros asuntos? ¿O quizás era viuda y no tenía hijos que la hicieran compañía?

En ese momento, Gabriela no tenía mucho tiempo: entre el bar, las visitas a su padre y sus pequeños ratos de ocio en la biblioteca, le quedaba poco más. Sin embargo, aquella nota tenía algo especial y el sueño de la noche anterior no le había pasado desapercibido. Tras dudar unos segundos más, cogió el teléfono del bar y marcó. Después de tres o cuatro tonos, descolgaron.

—¿Sí? —Era difícil identificar una voz con una sola sílaba. Gabriela respiró profundamente y respondió.

—Hola, buenos días. Me llamo Gabriela Meyer y llamaba por el anuncio de la biblioteca. —Ante el segundo de silencio al otro lado de la línea, los nervios tomaron la delantera—. ¿El de la anciana con problemas de vista, para leer?

—¡Ay! Hola, Gabriela, encantada. Yo soy María, la chica de la limpieza, y que ayuda con algunas gestiones a la señora Parks. —Sí que parecía una chica joven—. ¡Genial! Entonces, ¿estás interesada?

—Sí —respondió la camarera, tomando consciencia de lo que aquello implicaba.

—Perfecto. Normalmente, hacemos una primera sesión de prueba, para ver si te cuadra y estás cómoda, y si ya vemos que va todo bien, lo dejamos incluso por escrito. ¿Te parece?

¿Sesión de prueba? ¿Dejarlo por escrito? Ella pensaba ir simplemente a leer para una abuelita...

—Sí, sí, perfecto.

—¿Te viene bien este martes, a las cinco?

Gabriela miró el calendario de propaganda que tenían colgado al lado de la máquina de café. Normalmente, los martes era uno de los días que iba a ver a su padre, pero podía cambiarlo.

—Sí, sin problema. Martes a las cinco estoy disponible.

—Genial. La dirección es calle Cervantes, número treinta. Es una casa grande, de las de antes, ¡no te asustes al llegar! —bromeó María—. ¡Hasta el martes, Gabriela! ¡Y muchas gracias!

—Nada. Buen día. —Gabriela colgó y se quedó unos segundos mirando el auricular mudo del teléfono.

El martes, pasadas las cuatro, Gabriela cogió el autobús número seis, el mismo que utilizaba para ir a la biblioteca: si se bajaba una parada más tarde a la que estaba acostumbrada, la dirección que le había dado María no quedaba lejos.

Ya en el bus, se quedó de pie en uno de los espacios reservados a las sillas de ruedas, guardando el equilibrio gracias a la habilidad que le proporcionaban los años de práctica. Conectó los cascos al reproductor y dejó que la música la envolviera, alejándose de esos extraños nervios que le hacían cosquillas en el estómago.

A su madre le había dicho que había quedado con una chica que había conocido en la biblioteca. Su madre accedió complacida, ya que hacía años que Gabriela no le hablaba de alguien en términos de amistad. No sabía por

qué le había mentido, por qué le había dado vergüenza ser sincera respecto a lo que iba a hacer. En parte sí lo sabía, pero no quería reconocerlo. Ya tendría tiempo más tarde de enfrentarse a la verdad.

Unas paradas después, Gabriela estaba en la calle, recorriendo la acera con el ritmo de quien se sabe en hora para su cita. Después de confirmar con la placa el nombre, se aventuró calle abajo, mirando con interés las casas que escoltaban la carretera. Aunque juraría que en alguna ocasión había pasado por allí, no se acordaba del todo bien. Oculto bajo las largas sombras que proyectaban los bloques de edificios más modernos, el esplendor que había despedido el barrio en sus días gloriosos se desnochaba de las paredes junto con los restos secos de pintura de las mansiones antiguas. Las malas hierbas atravesaban los barrotes de las verjas metálicas, intentando escapar del abandono y del olvido, cubriendo casi por completo carteles descoloridos de «Se vende» con números de teléfono ilegibles por el paso del tiempo. En una comparación indigna, tenían mejor aspecto los bloques de viviendas recientes, que, aunque todos iguales, planos y de ladrillo rojo, al menos estaban limpios y enteros.

Entre suposiciones y deambulaciones mentales, llegó al número treinta: una casa de dos plantas color salmón con tejado a dos aguas se erguía ante ella. Todas las contraventanas estaban cerradas y el jardín no tenía mejor aspecto que el de sus congéneres: hierbas y arbustos que parecían querer comerse la vivienda junto a pequeños restos de basura traídos por el viento o por manos maleducadas. Gabriela se miró la muñeca y vio que aún faltaban cinco minutos para las cinco, así que llamó al timbre. Para su padre, fiel defensor de la característica puntualidad germánica, llegar a la hora era llegar

tarde y aunque en España esa regla se tomara bastante a la ligera, ella era leal a sus raíces paternas en ese aspecto.

Unos segundos después apareció una chica joven por la puerta de la casa, que la miró con una sonrisa. Luego bajó la mirada a las manos y recorrió los escasos metros que las separaban concentrada en un manojo enorme y tintineante de llaves.

—Hola, Gabriela, bienvenida —la saludó sonriendo mientras abría la puerta—. Yo soy María, hablamos el otro día por teléfono. Encantada.

Al tenerla tan cerca, Gabriela se dio cuenta de que María tendría su edad, más o menos, o al menos no llegaría a los treinta. La tensión en sus facciones quería imprimirle años que aún no tenía, mientras su forma de hablar y sus gestos la delataban. Llevaba un uniforme de limpieza y un moño alto retenía a duras penas unos rebeldes rizos color caoba.

—¿Pasas? —la invitó, con un gesto de la mano y una sonrisa acogedora, mientras sujetaba la puerta.

Gabriela asintió con una leve curva en sus labios y tomó el relevo de la puerta, que se cerró con un chirrido a su espalda. Al paso de alguien que está acostumbrado a andar de acá para allá todo el día sin parar, no tuvo mucho tiempo de fijarse en los detalles de la casa, más aún con la intención de mantener a salvo sus tobillos de las raíces y adoquines sueltos que se interponían en el camino y que su guía sorteaba con pericia. Al traspasar la gran puerta de madera oscura, que María había dejado entornada para no tener que volver a utilizar el cascabel de metal gigante que acunaba entre sus manos, se toparon con un claustrofóbico vestíbulo de entrada. En él, un zapatero sencillo bajo un gran espejo rectangular y un paragüero les dieron la bienvenida.

—Quítate los zapatos, por favor —le pidió María, mientras se quitaba los suyos y se acuclillaba para abrir el zapatero, sacando un par de simples zapatillas de andar por casa marrones—. La mayor parte de la casa es moqueta y no veas lo que cuesta limpiarlo cuando se ensucia un poco...

Gabriela se descalzó sin necesidad de usar las manos y metió las zapatillas en el hueco que le indicó María. Una vez preparadas, la limpiadora abrió la puerta que daba acceso al resto de la casa. La repentina bajada de temperatura confirmó las sospechas de Gabriela de estar entrando en una casa embrujada. Sintió cómo su cuerpo se estremecía ante el contraste con el exterior y una fina gota de sudor bajó traicionera por su espalda.

Una gran escalera central flanqueada por dos sobrias estanterías repletas de libros daba paso a los pisos superiores. Como le había confesado María, todo el suelo estaba recubierto por moqueta, lo que contribuía a prolongar el silencio sepulcral que inundaba el ambiente como una densa humareda.

—Bueno, bienvenida a «El Olivar» —anunció María, abriendo los brazos —, es el nombre que le dieron los señores a la casa. Te voy a enseñar el almacén y la cocina, simplemente por si un día la señora Parks te pide que le vayas a buscar algo. Luego ya iremos a conocerla, ¿te parece?

Gabriela asintió. Tampoco tenía muchas opciones y no le atraía para nada la idea de perderse sola en alguno de esos pasillos. Desde dentro, la casa era mucho más amplia que lo que dejaba entrever su apariencia exterior.

—Pues entonces, vamos allá. —María giró hacia la izquierda y describió una puerta de madera con cristales opacos. Un pasillo sumido en sombras se abrió ante ellas—. Empezamos por el pasillo del servicio.

Gabriela abrió la boca por primera vez desde que había salido de casa; agarrotada por los nervios, la pregunta salió ronca de sus labios.

—¿Tú vives aquí?

—¡No, no, no! ¡Qué va! —rio—. Son las *antiguas* habitaciones del servicio. Ahora son posibles habitaciones de invitados, o incluso alguna la utilizamos también de almacén.

Gabriela iba mirando las puertas, todas idénticas, e intentaba imaginarse cómo sería la vida viviendo en el mismo sitio en el que se trabajaba. Se figuró durmiendo en un cuartucho en la parte de atrás del bar y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, agradeció su situación actual.

—Normalmente nunca tendrás que venir por aquí, pero te lo enseño por si algún día te pide algo del «almacén», para que sepas dónde está.

Al fondo del pasillo, dos puertas desentonaban con el resto. María abrió una de ellas. Una solitaria bombilla se encendió, no sin esfuerzo, revelando un habitáculo de paredes austeras, lleno de latas, conservas, botes de vidrio, cajas de cartón, botellas, aparatos de jardinería... Un gran arcón frigorífico de un blanco grisáceo emitía un zumbido atronador en contraste con la ausencia de sonido que envolvía el resto de la casa.

—Pues... esto es el almacén —explicó María, con las manos apoyadas en las caderas, girándose hacia Gabriela—. Ella viene habitualmente por aquí, pero si tiene un día malo o necesita ayuda, ya sabes dónde está. Tiene una memoria prodigiosa, se acuerda siempre de cuánto le queda de cada cosa, si hay que comprar algo... Es una pasada, teniendo en cuenta la edad que tiene.

—La señora Parks es una mujer adorable —siguió diciendo mientras cerraba la puerta y la guiaba hacia la siguiente estancia—. Es un poco seca, pero si le preguntas sobre libros, se vuelve la mujer más feliz del mundo. Lo único que no soporta son los días de lluvia.

—Bueno, como todo el mundo, ¿no? —replicó la visitante.

—Ay, no, no... —María se paró para mirar a Gabriela a los ojos—. Los días de lluvia, ni lo intentes. Que no te extrañe si un día está lloviendo y al venir no quiere ni abrir la puerta. Y si tienes la suerte de que te deja entrar, dedícate a leer y punto.

La improvisada guía turística inspiró profundamente.

—Los días de lluvia son... otro mundo —zanjó con un gesto de manos, poniéndose a andar de nuevo.

La otra puerta disonante daba directamente a una cocina que parecía propia de un hotel. Tenía una gran isla central de mármol brillante y los muros estaban decorados con cacerolas de cobre en todos los tamaños y formas, así como utensilios de cocina, pinzas y cucharones. Una antigua balanza de hierro yacía recluida en uno de los extremos y, en el otro, tres grandes fogones estaban dispuestos entre una imponente campana extractora y un horno negro de la época.

El olor de la comida del mediodía flotaba aún en el ambiente, reticente a abandonar sus muros, y a Gabriela se le abrió el apetito. Inspiró disimuladamente y pudo sentir el ajetreo, la marabunta de gente, unos cocinando, otros lavando platos.

—¿También cocinas tú? —preguntó Gabriela.

—Sí, le hago la comida del mediodía. Al vivir ella sola, no tiene mucha motivación para ponerse y los días que me daba por preguntarle qué había comido, no eran platos muy alentadores. —María frunció los labios—. Una lata de atún con un poco de pan, una ensalada con queso, un cuenco de gazpacho... Le dije que no podía vivir a base de conservas y que tenía que

preparase comidas consistentes. Como ella seguía en sus trece, me ofrecí a hacérselas yo.

Gabriela asintió unos segundos, meditabunda.

—¿Seguimos?

Mientras pasaban por un enorme ventanal que daba al exterior, se quedó mirando el jardín trasero, invisible desde la calle. Una palmera con varias hojas secas se erguía, reacia a perecer, al fondo del terreno, reina y señora de sus tierras. Su plebe, un cuadro muy similar al de la parte delantera y al nivel de su reina: arbustos descuidados, hierbas de casi un metro, plásticos varios descoloridos por el sol...

—Y este —anunció María mientras abría la puerta— es el salón principal.

Gabriela había tenido los ojos tan centrados en la decadencia del jardín que no vio el salón principal hasta que tuvo los dos pies dentro. Al girar la cabeza y mirar hacia el interior, la joven se quedó momentáneamente sin respiración. Fue apenas una centésima de segundo, imperceptible al ojo humano, manifiesto para el alma.

Se pellizcó sutilmente el antebrazo. Una estancia casi idéntica a la sala de lectura de la biblioteca municipal, aquella en la que pasaba horas y horas, se abría ante sus ojos, con un aire más antiguo y a la vez más hogareño, más íntimo. Recorrió con ojos curiosos las paredes, o, mejor dicho, los libros que, cuan ladrillos de papel y tinta, parecían conformar los muros mismos de la casa. La uniformidad de las estanterías de madera contrastaba con la población dispar de habitantes de papel, de todas formas y tamaños. Los espacios a ras de suelo estaban cubiertos por vitrinas y, a la altura de la cadera, una pequeña repisa servía de refugio para aquellos libros que habían perdido sus aposentos. Cuando el sentido común volvió de su viaje astral,

Gabriela se preguntó en silencio cómo la anciana llegaría a los estantes superiores, con la certeza de que una escalera no sería buena idea, teniendo en cuenta la altura a la que se elevaban.

Se acercó con paso sigiloso para deslizar el dedo con suavidad por los lomos. Los libros parecían estar ordenados mediante un esquema entrópico: no cuadraban en altura ni en grosor ni en orden alfabético, pero siempre contaban con un espacio entre ellos y la siguiente balda, para que pudieran respirar, como si de árboles en un bosque se trataran.

Gabriela no se consideraba una persona lectora. En su vida, había leído más por obligación que por placer y, aunque acudiera habitualmente a la biblioteca para evitar el ambiente asfixiante que la esperaba en casa, nunca había sacado ni un solo libro. Sin embargo, no podía obviar que aquella vista imponía. Parpadeó despacio, confirmando que sus ojos no le estaban jugando una mala pasada.

Cuando se giró hacia María, esta tenía la mirada perdida en las olas de libros, los brazos cruzados y una leve sonrisa curvaba sus labios.

—Guau... —fue lo único que pudo decir Gabriela. María se rio.

—Es más o menos la reacción que tiene todo el mundo.

La casa contaba con al menos otros dos salones secundarios, llamados así por su tamaño respecto al primero, no por su escasez de libros. En cada estancia en la que entraban, poblaban las mesas, las repisas, los sillones... Como un musgo de celulosa, los libros colonizaban cualquier superficie en la que pudieran mantenerse en equilibrio, exceptuando el suelo.

Después de enseñarle el baño de invitados y la puerta de los dormitorios principales, de prohibido acceso, María se paró delante de una última sala,

una puerta que habían pasado por alto. Llamó, tres toques rápidos, y bajó el pomo sin esperar respuesta.

—Buenas tardes, señora Parks. Le presento a Gabriela, su nueva lectora — anunció hacia el interior.

Gabriela contuvo la respiración. Estaba nerviosa y no sabía por qué, lo que multiplicaba su inquietud. Tres de las paredes eran una réplica en miniatura del salón principal, cubiertas del suelo al techo por estanterías; la cuarta, frente a la puerta, poseía un gran ventanal que dejaba entrar la luz a raudales y regalaba una vista en primer plano de la pesadilla de cualquier jardinero. En el centro, dos butacones (uno ocupado, otro vacío), una mesita redonda con varios libros apilados y una lámpara de pie antigua con pantalla de tela.

La señora Parks era una mujer menuda, con el pelo corto, fino y níveo, y el rostro surcado por las líneas de la memoria. Se levantó con la dificultad que aportan los años, apoyándose en los reposabrazos del butacón. Le ofreció la mano con una sonrisa amable. Gabriela se fijó en su altura, no llegaría al metro cincuenta. Un apretón de manos firme, decidido.

—Buenas tardes, joven. ¿Es la primera vez que ejerces de lectora? —le preguntó.

—Sí, señora. —Gabriela se relamió los labios con nerviosismo.

—Pues pongámonos manos a la obra. —Desvió la mirada hacia la otra mujer—. Gracias, María, nos vemos mañana.

María asintió y, aprovechando que la anciana estaba de espaldas, formó la palabra «suerte» con los labios. Cerró la puerta tras de sí, dejando a invitada y anfitriona frente a frente. La anciana se dejó caer en el sillón, la joven esperó de pie.

—Elige uno —le indicó con un movimiento del brazo, señalando los libros de la mesita.

Gabriela se acercó y cogió un libro en cada mano, el tercero quedó en la mesa. No le sonaba ninguno de los títulos, aunque, conociendo su falta de experiencia literaria, tampoco era ninguna sorpresa.

—Este —dijo, levantando ligeramente el que tenía en su mano derecha.

—Muy bien. ¿Por qué ese libro? —Gabriela se tensó. La anciana se acomodó en el sillón, entrelazando las manos—. Sé sincera.

—Nunca había cogido un libro que fuera suave —admitió. Pasó lentamente la mano por la portada, mientras el terciopelo acariciaba sus dedos.

—Huélelo. —Gabriela abrió mucho los ojos y luego frunció el ceño—. Dime a qué te huele —le pidió la anciana.

Acercó el libro a su cara y aspiró con escepticismo. Un olor sutil llegó a su cerebro. Insegura de su respuesta, volvió a inspirar una segunda vez. Miró el libro con extrañeza. Le olía a algo, pero ¿a qué?

—Pasa las páginas. Deja que ellas te guíen. —La situación se estaba volviendo un poco extraña, pero Gabriela no tenía nada que perder. No creía que la anciana hubiera ocultado sustancias de extraña procedencia entre las hojas, así que abrió el tomo y dejó que las páginas aletearan una tras otra. Acercó su nariz y dejó que el viento le llevara algún olor descriptible.

—Mmmm, no lo sé —confesó.

—Lástima. —Gabriela volvió a inspirar. Sí, le olía a algo, ¿pero cómo se podía definir un olor?—. ¿Me permites, por favor? —La joven le tendió el libro y la anciana aspiró el aroma que le enviaban las páginas, tomándose su

tiempo. Cuando separó el libro de su cara, una sonrisa iluminaba su rostro, resaltando con más ímpetu sus arrugas—. Gracias. Puedes tomar asiento.

Se sentó en la butaca libre con el libro de vuelta entre sus manos.

—Voz alta y clara, sin prisa pero sin pausa. Cuando quieras, puedes empezar. —La señora Parks se había puesto cómoda, cogiendo uno de los libros restantes de la mesita, abriéndolo en su regazo, y cerrando los ojos.

Gabriela cogió aire y se humedeció los labios de nuevo. Hacía años que no leía en voz alta. Quitando alguna ocasión en el colegio o cuando leía alguna noticia interesante a los jubilados del bar, no era una experta en la materia. En esa primera sesión, se trabó a menudo. A veces se perdía en medio de una frase y tenía que volver a empezar. La boca se le quedó seca como un zapato y se arrepintió de no haberse llevado una botella, o haber pedido un vaso de agua antes de empezar. Sin embargo, la señora Parks se mantenía impasible en la butaca de enfrente, pasando las páginas al mismo ritmo que Gabriela, sin la necesidad de abrir los ojos.

Una eternidad después, unas campanadas retumbaron desde el salón principal. Gabriela miró su reloj de muñeca: eran las siete. La señora Parks abrió los ojos y posó un largo suspiro, como si acabara de despertarse.

—Muchas gracias —le agradeció la mujer, con una sonrisa sincera—. ¿Nos vemos el jueves? ¿Misma hora, mismo lugar?

Gabriela volvió a casa desconcertada. Después de lo horriblemente mal que había leído, le había extrañado que la mujer le pidiera continuar, aunque le había sorprendido de igual modo su propia voz confirmando asistencia. Ella, a quien no le gustaba leer, había accedido a otras dos horas de monólogo literario. Sin embargo, la anciana parecía amable y se sentía feliz de poder

ayudarla. Además, el libro que acababan de empezar juntas era de intriga. Y Gabriela se había quedado con ganas de saber el final.

Cuando nací, mi hermano José Luis me miró con ojos curiosos. Cogió mi manita entre las suyas, viendo lo pequeña que era y la fuerza que tenía. Con cuatro se ponía delante de mí con una muñeca de pelo rubio y vestido de flores, motivándome a dar mis primeros pasos. Con seis, se acostaba en mi cama para apartar a los monstruos y demonios que poblaban mis terrores nocturnos, mientras luchaba contra los suyos propios. Con ocho falleció a causa de la polio. Mi madre siempre me odió por ello.

Todo empezó cuando, embarazada de su tercer hijo, sufrió un aborto espontáneo y me culpó a mí. Era comedida en sus vejaciones gracias a su amor incondicional por José Luis, pero cuando este murió, todo cambió. Por temor a engendrar otra hija que trajera aún más desgracia a la familia, decidió no tener más descendencia y se sumió en una espiral de amargura y enojo: así quedé como hija única.

Famélica de amor materno, me volví más cercana a mi padre. Sin ser tampoco un experto en temas de afecto y cariño, territorios casi inexplorados en aquella época, sus pequeños gestos bienintencionados ayudaban a romper el ayuno, aunque no consiguieran saciar mi hambre.

El trabajo de mi padre era tan demandante que las horas del día no resultaban suficientes, por lo que habitualmente se encerraba en su despacho al llegar a casa. O quizás era un modo de evitar pasar tiempo con mi madre. En tal caso, tampoco le culpo. Yo disfrutaba incluso los instantes previos a su llegada. Cuando el reloj de cuco de la entrada daba las cinco, mientras los pájaros entonaban su canto mecánico, José y yo corríamos para apostarnos detrás de la ventana salediza del salón, evitando que mi madre me viera (correr no era una actividad de señoritas). Desde nuestro puesto de vigilancia,

observábamos a los transeúntes que recorrían la calle, esperando, impacientes, su llegada. Unos minutos más tarde, su gabardina flotando desde la esquina de la floristería era la señal para cambiar de posiciones y colocarse delante de la puerta.

Semejante al toque de cornetas que servía de presentación de los grandes generales, de sus más altas majestades, el sonido de las llaves precedía su aparición. La puerta se abría, un telón que se deslizaba, dejando ver la imagen de un hombre alto, con ojos verdes, manos frías y corazón caliente. Con un suspiro cansado, dejaba el sombrero y la gabardina en el ropero.

—Hola, José Luis —saludaba, con un toque cariñoso en la cabeza de mi hermano.

—Hola, papá —respondía él, irguiéndose todo lo que le daba el pecho.

Luego se agachaba y era ahí, afortunada yo, cuando apreciaba las sutiles manchas marrones que salpicaban esos ojos esmeraldas en los que me veía reflejada, física y espiritualmente.

—Hola, Azucena —me decía, dándome un beso en la frente.

—Hola, papá —respondía yo, henchida de emoción.

Mi madre llegaba por detrás, rompiendo la magia de tan solemne momento, y le besaba en los labios, sin pena ni gloria. Un saludo que, como una montaña ante las inclemencias del tiempo, se había mantenido en pie, erosionada su cumbre por el peso de los años.

Sin arriesgarse a que una conversación banal pudiera retenerlo por más tiempo, recogía su maletín, previamente posado en el suelo con mimo, y se encaminaba hacia el despacho; un espejismo de lo que había pasado a las

siete de la mañana cuando atravesaba la puerta para ir a la oficina, pero en sentido inverso.

Cuando falleció mi hermano, había días en los que mi padre se quedaba congelado con la mano flotando en el aire antes de volver al mundo real y enfocar los ojos hacia mí, con un brillo triste que difuminaba los tonos de su mirada.

Desde que mis pequeñas piernas me lo permitieron, seguía a mi padre en aquel segundo turno que empezaba dentro de los muros del hogar. Solo cuatro personas en toda la casa teníamos permiso para entrar en su despacho: mi padre (por descontado), José Luis, Amalia (una de las chicas del servicio, para quitar el polvo y vaciar papelería y cenicero) y yo.

Una decisión que en los primeros años a todos resultaba graciosa y tierna, siendo yo aún un bebé que comenzaba a dar sus primeros pasos, pero que con los años se tornó turbia, desatando los cuchicheos entre el servicio. ¿Qué harían don Jorge y su hija a puerta cerrada en el despacho? Desgraciadamente, el humano es chismoso por naturaleza, y si no tiene cotilleos que compartir, se los inventa. Puerta cerrada, imaginación abierta.

Grabado en mi memoria está el día en que mi madre, unos meses después del funeral de José Luis, decidió que «ya bastaba de tanta tontería», agarrándome del brazo para impedirme la entrada. «Los temas de trabajo no son asunto de señoritas», proclamó como único argumento. Mi padre, de pie delante del escritorio que protagonizaba la estancia, se giró, con una furia hasta entonces desconocida imbuída en sus ojos. Lanzó una mirada tan severa que recorrió la estancia en un suspiro, atravesando el quicio de la puerta e hiriendo a mi madre al instante, como si de una bala se tratase; una mirada tan explícita que las palabras hubieran sido un gasto de energía y una pérdida

de autoridad. Mi madre me soltó el brazo y reculó, la cabeza gacha, hasta desaparecer por el pasillo. Nunca más se volvió a hablar del tema.

El despacho era amplio, con un gran ventanal por el que la luz del ocaso bañaba la estancia en las últimas horas de la tarde. Cada vez que pienso en mi padre, es su silueta recortada contra los últimos rayos del sol, inclinado sobre el escritorio, la vista hundida en montañas de papeles a través de unos anteojos redondos y macizos, la que se me viene a la mente. Nítida en mi memoria, como si le hubiera visto ayer. Toda la estancia giraba en torno a ese escritorio de sauce, una pieza brillante y regia, protegida de las manchas de tinta con un tapiz verde oliva. El maletín incombustible de piel negra, con cierres en oro y un interior de terciopelo granate, descansaba en un costado. Su escritorio siempre estaba repleto de papeles, documentos... y libros, muchos libros, casi todos manuales de ingeniería y mecánica.

Mi padre no soportaba las interrupciones mientras trabajaba, así que yo dedicaba mis tardes a una de las pocas actividades que podía hacer entre esos cuatro muros sin molestar: la lectura. En la escuela apenas habíamos comenzado a leer, y aunque los manuales que mi padre atesoraba en el despacho no eran mi género preferido, prefería eso a las miradas y reprimendas de mi madre.

Tras muchas horas invertidas en aquel despacho, empezaron a aparecer como por arte de magia diferentes novelas de ficción en los estantes, pequeños invasores entre aquellos manuales técnicos que fueron ganando terreno para convertirse en el pueblo conquistador. Me convertí en la niña de sus ojos. Don Jorge me defendía a capa y espada, el caballero protegiendo su rosa, o más bien, su azucena. Este amor paternal me valió aún más rechazo por parte de mi madre, que veía que el poco amor que su marido era capaz de

otorgar caía en manos de otra mujer. Durante años me pregunté qué convenció a mi padre para casarse con ella, hasta que mi propia experiencia vital me enseñó que toda leche agria fue en algún momento un dulce manjar.

En las tardes de otoño, abrazados por el crepitar que despedía la chimenea y un sutil olor a humo que todo lo envolvía, mi padre se permitía el desliz de dejar que el calor de las brasas fundiera su coraza de carácter riguroso y postura férrea, acogiéndome en sus brazos. Yo bebía de aquellos momentos como si de oro se tratase, dudando en ocasiones si no serían imaginaciones mías surgiendo en ese volátil estado entre el sueño y la vigilia, atraídas por la calidez de la leña y el apego de sus brazos.

«Ay, mi azucena, pronto florecida», me susurraba en aquellos exiguos momentos de complicidad cuando me creía dormida en el mecer de su cuerpo. En aquellos años, las mujeres dependían de la licencia paternal o, en su defecto, marital, en las pocas decisiones que podían tomar. El carácter liberal y ambicioso que yo empezaba a mostrar no encajaba para nada en el molde establecido. Aunque él mismo lo sabía, se oponía tajantemente a mi madre cuando ella le expresaba sus preocupaciones, las cuales yo escuchaba escondida tras el quicio de la puerta (otra actividad que, como adivinarás, tampoco era apropiada para señoritas).

—Si es demasiado inteligente, ningún hombre la querrá —confesó con temor mi madre un día, manifestando parte de la doble preocupación de las mujeres en aquella época: no encontrar marido y no tener hijos.

—Los tiempos están cambiando, Carmen, el futuro está cerca. Además, Azucena es lista, sabrá cuando callarse la boca.

—Para ser una buena esposa no necesita ser lista. ¡Ningún hombre va a querer a una mujer inteligente! —bramó mi madre.

Mi escondite me impedía ver la escena, pero la bofetada se escuchó claramente a través de la madera, dejando tras de sí un silencio sepulcral.

—A mí no me levantas la voz —sentenció mi padre con voz seria—. Ya se sacará ella las castañas del fuego.

Salió de la habitación, escondiéndome sin pretenderlo tras la hoja de la puerta, y se dirigió a su despacho. En esta ocasión no entré con él.

En nuestra casa empezaron a reinar tres adicciones: a los habanos, al orden y a los libros. La de mi padre le daba un olor característico que me acompañaría allá donde fuera; incluso años después de su muerte, evocaría su imagen en mi mente tras percibir el olor proveniente de una boquilla recién encendida. La de mi madre, permitía conservar la humanidad en una casa en la que sobraban habitaciones y faltaba amor. Y la mía... La más cara de las tres y la que más comprometía la obsesión de mi madre.

—Azucena Elvira, cuando vivas con tu marido, le pedirás cuantas estanterías desees. Hasta entonces, permítenos vivir sin ahogarnos en papel, te lo pido por favor —me reprendía cuando mi padre no estaba delante. Si la bisabuela hubiera sabido que solo se iba a acordar de mi segundo nombre para echarme la bronca, no creo que le hubiera gustado la idea de ponérmelo...

Mientras, en el colegio, las monjas me enseñaban labores y cosas importantes, según ellas, «para ser una buena mujer». Según los manuales de anatomía que cogían polvo en uno de los cajones del salón, recuerdos de mi abuelo, para ser una buena mujer solo hacían falta unos órganos específicos que las mujeres sí tenían y los hombres no. El día que se me ocurrió comentar mi razonamiento en clase me llevé un par de varazos de la Hermana

Angustias, que tuve la desgracia de probar en numerosas ocasiones durante mis años de escolaridad.

Quizá sí que nací avanzada a mi tiempo. Quizás esa era la explicación a todas las veces que me sentí fuera de lugar en la vida, «un bicho raro» como decís ahora. Sin embargo, si no hubiera nacido en aquella época, nunca hubiera conocido a Eleanor.

Pasaron los días y los capítulos. Gabriela acudía dos veces por semana a casa de la señora Parks, martes y jueves, a las cinco. Era la propia anciana la que le abría la puerta; María a esas horas ya había acabado su turno. Juntas, iban descubriendo los entresijos de la historia, con personajes cuyos secretos iban saliendo a la luz y un hilo conductor que los unía a todos hacia un destino inevitable. Cuando se acababan las dos horas de rigor, la señora Parks le daba las gracias y Gabriela cerraba el libro, que se quedaba esperando en la mesita hasta la siguiente sesión.

La novata aún se trababa mientras leía: su lengua, una niña y las palabras, una comba que giraba a un ritmo vertiginoso. No pocas veces le tocaba parar para cuadrarse y seguir leyendo. Después de varias sesiones, llegaron al final del libro. En el penúltimo capítulo se desvelaba el asesino: el hermano de la víctima, buscando quedarse con la herencia, había conseguido una coartada casi infalible para el día del asesinato, pero había cometido un desliz que un agente recién entrado al cuerpo había descubierto.

Cuando leyó las últimas palabras, la lectora cerró el libro y se quedó mirando la contraportada, en la que la sinopsis daba alguna idea de cuál iba a ser el final. Se quedó un segundo con la mirada fija: había sido una historia interesante. Ella misma había tratado de adivinar quién era el asesino. Suspiró y se miró la muñeca: hacía unos minutos que había marcado las seis.

—¿Le ha gustado? —preguntó, dirigiéndose a la anciana, quien acababa de abrir los ojos tras cerrar el libro que tenía entre sus manos.

—Muy interesante, realmente —apuntó ella—. Me gusta el giro del final.

—La verdad que es ingenioso —coincidió Gabriela, girando el libro entre sus manos. Se puso a mirar las estanterías que las rodeaban—. Bueno, ¿cuál

quiere que leamos ahora?

La anciana soltó una buena carcajada, sobresaltándola. ¿Había dicho algo gracioso?

—¿No quiere leer más? Aún queda casi una hora. —Recalcó la apreciación echando un nuevo vistazo al reloj.

La anfitriona era observadora y viendo a la chica llegar todos los días con un reproductor de música y unos cascos entre los dedos, formuló una analogía fácil de comprender.

—Imagina que después de escuchar una canción que te encanta, con la que conectas en cuerpo y alma, pasas directamente a otra. No te daría tiempo a saborearla —señaló mientras se levantaba, ayudándose de los reposabrazos, tardando unos buenos segundos en incorporarse del todo—. Cuando acabas un libro, no puedes empezar otro así tan seguido. Tienes que dar tiempo a que la historia acabe y tu cerebro asimile todos los detalles que has ido descubriendo a lo largo de las páginas. Al menos, eso es lo que yo pienso —concluyó, con un sutil gesto de los hombros, mientras avanzaba con pasos cortos hacia la cocina—. ¿Te apetece un café?

Gabriela, aún sentada y asimilando todo lo que la anciana acababa de expresar, estuvo a punto de rechazar la propuesta de la forma más cortés posible, hasta que la última frase de la nota vino a su mente, empujada por un golpe de viento invisible. «Romper un poco así también la soledad». Le pareció egoísta marcharse tan pronto. Se levantó y siguió en silencio a la mujer por el pasillo. Avanzando entre estanterías de madera añeja, le sobrevino una sensación de malestar al darse cuenta de la inmensidad de la casa comparada con ese cuerpo anciano, encorvado, que caminaba con pasos arrastrados entre hileras de libros. Tras un mes yendo un par de veces por

semana, constató que excepto María y ella, poca más gente pasaba por la casa. Parecía obvio que la señora Parks era viuda. ¿Tendría hijos? ¿Nietos?

Minutos después estaba sentada a la gran mesa de la cocina, con una taza de té verde frente a ella. Disfrutó la sensación de sentarse a tomar algo tranquilamente. La señora Parks se instaló en la silla de enfrente, con una buena taza de café entre las manos. La anciana dio un sorbo antes de lanzar la primera pregunta.

—¿Vives por aquí?

—Enfrente del museo —le indicó, tomando ella también un sorbo—. Cojo el seis para venir hasta aquí.

—Ah, muy bien... ¿Y qué libro estás leyendo ahora?

—Pues... —Gabriela se revolvió en su silla, avergonzada de pronunciar la respuesta que estaba a punto de dar en un entorno como aquel—. Ninguno.

Una mueca de disgusto arrugó el rostro de la anciana, que giró la cabeza, como si no hubiera oído bien.

—¿Ninguno?

—Yo, la verdad, no leo mucho... —reconoció con una risa incómoda, escondiendo su mirada en el líquido humeante. Ya que estaba, iba a ser sincera. Dejó caer su respuesta, que sonó como si una de esas antiguas enciclopedias, enormes y pesadas, aterrizara sobre el escritorio del profesor—. Bueno, más bien nada. No me gusta leer.

La señora Parks abrió los ojos como platos, rascándose el cuello con brío, su cara plegándose en una mueca que revolvió las tripas a Gabriela.

—Creo que eres la primera persona que viene a esta casa a quien no le gusta leer.

Gabriela se sintió incómoda, indignada de que una señora nonagenaria decidiera meterse con sus gustos, juzgándola por el simple hecho de no compartir el mismo interés que ella. Cuando estuvo a punto de soltar una réplica de la que quizá no estuviera del todo orgullosa, recordó el consejo de María y cambió el rumbo de la conversación.

—Y a usted, ¿hace mucho tiempo que le gusta leer?

—¡Uy, hija! —respondió ella—. Desde niña... Muchos, muchos años... Luego llega un momento en el que la vista ya no es lo que era... Hace tiempo que me entretengo con lo que puedo: la radio, pintar, aunque no respete del todo las líneas... —Hizo un gesto con la barbilla, señalando a una esquina de la mesa, en la que varios libritos con mandalas en la portada reposaban cuidadosamente apilados, con un paquete de rotuladores de punta fina.

—Y leer, como ya no puedo —siguió la anciana—, pues hace unos años que se me ocurrió esta idea.

—Entonces, si hace tiempo ya, habrá tenido varios lectores diferentes, ¿no? ¿Cuál es el que más le ha gustado?

—¡Unos cuantos! Lucía era muy buena chica, vino aquí unos años —recordó la anciana, mirando al techo y levantando la ceja para hacer memoria—. Se mudó a Madrid para estudiar... Y luego estuvo Iván también, un chaval majísimo. Precisamente el otro día me compré un par de libros que me faltaban de una trilogía que empezamos a leer juntos.

Gabriela se levantó hacia la bolsa de plástico que colgaba de uno de los ganchos de la cocina y que la anciana había señalado con la cabeza. Dos gruesos tomos esperaban dentro.

—Era un chaval encantador, tenía una voz increíble —continuó la mujer—. De pequeño había hecho teatro y se notaba en su voz, tenía una

delicadeza, unas tablas... Le daba vida al texto.

—¿Y por qué dejó de venir? —preguntó Gabriela, repentinamente molesta, mientras hurgaba en la bolsa. «¿En serio tengo envidia de un crío que ni siquiera conozco?», pensó, avergonzada.

—Mmmm... —La señora Parks caviló hasta que encontró la respuesta—. Había estudiado enfermería y las condiciones que tenía aquí no eran muy alentadoras: horarios que cambiaban constantemente, a veces estaba de mañana, otras de tarde, turnos de noche... Contratos que a veces duraban una semana, ¡incluso algunos de un día! Indignante. —Una sonrisa interrumpió el sorbo que le estaba dando al café—. Siempre me acordaré: Iván Rojo Borbón. La primera vez que oí su nombre completo, me morí de la risa. Las conversaciones sobre política en su familia debían de ser interesantes.

Gabriela sacó uno de los tomos, de unas setecientas páginas, con ilustraciones de pequeños dragones verdes en la portada y detalles dorados que se reflejaban al girar el libro entre las manos. Le dio la vuelta, buscando el número que le confirmó que era el tercer tomo. Sacó el otro.

—Entonces, el próximo día podemos empezar este si quiere, es el segundo —propuso, levantando el libro en el aire.

La señora Parks la miró de soslayo, retirando la mirada rápidamente y retorciendo sus dedos en torno a la taza.

—No, gracias. Ese... Esa saga empecé a leerla con Iván y... —Gabriela frunció el ceño—. Prefiero dejarlo para otra ocasión.

—Pero... si Iván ya no viene con usted.

—Si pudiéramos dejarlo a un lado, por favor. Ya veré cómo lo soluciono —zanjó la anciana—. Los que tengo sin leer están en la estantería más

cercana a la puerta de entrada, por si quieres ir a mirar —le indicó, levantándose de la mesa para servirse otro café.

Gabriela cogió la bolsa de plástico con ambos tomos y la posó con cuidado encima de la mesa. Ojeó brevemente los cuadernos de mandalas. Antes de que la anciana la pillara *in fraganti*, se dirigió al salón y se puso a bichear entre las estanterías. Intentó relajarse. Sentía que con el comentario que había hecho había tocado una fibra sensible, y eso que solo pretendía ser amable... Pero bueno, si lo quería leer con Iván, no era problema suyo. No se limitó a la estantería que le había indicado la señora Parks: sobrepasó el límite imaginario y curioseó entre las filas infinitas. Aun con la convicción de que los libros formaban parte de la estructura de la casa, contuvo el aliento mientras deslizaba un primer volumen fuera de líneas, esperando que el techo se derrumbara sobre ella. Al ver que no pasaba nada, repitió la operación varias veces, atraída siempre por el título, devolviéndolos a su sitio tras haberlos inspeccionado brevemente.

Se dio cuenta de que en gran parte de ellos aparecían pequeñas anotaciones, indicando frases, fragmentos o incluso páginas enteras.

—¿Y esto? —le preguntó Gabriela, acercándose hasta la cocina con un libro abierto entre las manos, señalando los finos trazos a lápiz con el dedo.

—De joven, me gustaba señalar los pasajes que me gustaban o que me resultaban curiosos —dijo la mujer, cogiéndolo de sus manos y examinando las huellas de grafito—. Nunca he releído un libro, pero en ocasiones sí que...

—¿Perdón? —le interpeló Gabriela.

—¿Qué? —Ahora era la señora Parks la que parecía confundida.

—¿Me está diciendo, que de todos los libros que hay en esta casa —preguntó anonadada, los ojos como platos, haciendo un gesto con el brazo

intentando abarcar todas las estanterías—, no ha releído absolutamente ninguno?

Gabriela estaba estupefacta. Miraba a la anciana como si le hubiera confesado un crimen. Sin embargo, la otra le devolvía una sonrisa ladina ante una pregunta que le era conocida.

—Ni uno solo —dictaminó, orgullosa.

—Pero... —Gabriela miró hacia el salón principal, haciendo cálculos en su cabeza de todos los volúmenes que habría dentro de esa casa, entre esa estancia, los pasillos, el salón de lectura y tantas otras salas de las que no conocía su existencia—. ¿Cómo es posible? ¿No le dan ganas de releer ninguno? Cuando hay un libro que le gusta mucho, ¿no le apetece volver a leerlo?

—Sí —confió la anciana— pero la mayoría de las veces me da pena estropear el recuerdo que tengo de un buen libro. —La anciana se arrebujo ligeramente en la silla, subiéndose la manta que le cubría las rodillas. Octubre había bajado las temperaturas de golpe, trayendo un viento fresco que se colaba por las rendijas de las viejas casas. El recuerdo de la chimenea avivó la añoranza permanente de los tiempos pasados—. Cuando lees un libro, te quedas con la idea que sentiste al leerlo: qué emociones trajo, en qué pasajes te sentiste representada... No quiero que una segunda lectura emborrone el buen recuerdo que tengo de una historia.

—¿Y si le da una impresión mejor?

La mujer chascó la lengua.

—Mejor malo conocido que bueno por conocer.

—¿Y aquellos que no le han gustado? —insistió la joven—. Seguro que de todos los libros que ha leído en su vida, alguno no le ha gustado. —La señora se rio, sacudiendo la mano para dar a entender que habían sido unos cuantos—. ¿No ha intentado volver a leerlos, por si al final sí le gustaban?

—Quita, quita... ¿Tú sabes la de libros que hay por leer en el mundo? Los cientos de miles de historias que hay impresas a lo largo del planeta. —La anciana empezó a enumerar con los dedos—. De todas ellas, la gran mayoría están en lenguas que no entiendo y, por tanto, no podré leer. Y de los contados libros que hay en español, tanto en Europa como en América Latina... ¿tú crees que una vida humana basta para leerlos todos? ¿Y si la historia de mi vida está por ahí perdida, en una biblioteca argentina o uruguaya, y nunca llego a ella? ¿Y si nunca encuentro mi libro favorito? Mejor intentar jugar todas las papeletas que pueda antes de morirme.

Gabriela se paró a pensar, extrapolando la reflexión a su terreno. Es verdad que, gracias a la radio y a internet, la música viajaba cada vez con mayor fluidez por las cuatro esquinas del mundo. Además, a pesar de no conocer el idioma de una canción, la música se podía disfrutar igualmente, no era necesario comprender la letra. Se acordó de los días en los que bailaba al ritmo de canciones pop y rock alemanas, cortesía de su padre, o cuando encontraba canciones extranjeras en la Red, que se iban directas al reproductor por su ritmo y musicalidad. Así que cuando la señora Parks manifestó su temor a no encontrar el libro de su vida, plantó un miedo que la joven nunca había sentido: ¿y si nunca descubría la canción de su vida?

—Pues yo creo que, si me gustara leer, me leería mi libro favorito mil veces, como hago con las canciones que me gustan —reiteró la joven.

—Entonces, el día que te guste leer, vendrás y me contarás qué se siente al releer un libro que te ha gustado mucho —respondió la señora Parks, riéndose ligeramente—. Las canciones solo pueden llevarte a momentos del pasado. Los libros, en cambio, pueden llevarnos al futuro, o incluso a vidas que no hemos vivido. Cada uno de los libros que he leído ha sido una vida diferente que he disfrutado, un viaje —continuó con aire soñador, pasando los ojos por las estanterías repletas de volúmenes que se asomaban a través de la puerta de la cocina—. Y cada uno de esos viajes los he realizado en momentos específicos de mi vida.

Gabriela volvió al salón, esta vez seguida por la anciana. Recorriendo las estanterías, cogió un libro al azar y leyó el título.

—Este, por ejemplo. *Melocotones helados*, de Espido Freire —leyó en la portada.

—Ese me lo regaló una de mis lectoras, fue Premio Planeta hace unos años, si no recuerdo mal.

—¿Y este? —preguntó de nuevo la joven, cogiendo en esta ocasión un volumen bastante grueso, encuadernado en tapas azules y rebordes plateados.

—Ese es una colección de cuentos de los hermanos Grimm, fue el primer libro que leí entero sin ayuda, al menos, por palabras de mi padre. Ese otro —dijo, señalando un grueso volumen de tono verde esmeralda— lo leí cuando tenía ocho o nueve años, y estaba tan enganchada que recuerdo llevármelo al colegio. Acababa la tarea rápido y lo sacaba, ávida por saber cómo acababan las historias.

Gabriela fue recorriendo la habitación, señalando títulos, evaluando la memoria de su anfitriona. La señora Parks le iba narrando, cual guía turístico,

cómo los había conseguido y en qué momento de su vida los había leído. Algunos eran más sencillos de recordar que otros.

—Ese... Ese... A ver, tráemelo —le pidió con un gesto de la mano. La joven se lo acercó, solícita. La anciana lo tomó entre sus manos, sopesándolo, oliendo sus páginas con ímpetu. Ante la falta de respuesta, Gabriela le leyó el título y fue ahí cuando cayó en la cuenta—. ¡Ah! ¡Ya sé! Este nos obligaron a leerlo para la asignatura de Corte y Confección. ¡Menudo tostón!

—Y entonces, ¿por qué lo guarda? —preguntó Gabriela, frunciendo el ceño y sonriendo, mientras lo devolvía a su sitio.

—Porque forma parte de mi vida, hija —explicó la anciana, encogiéndose de hombros—. Tanto los momentos buenos como los malos han escrito la historia de mi vida. Sería muy egoísta borrar un capítulo solo porque no me ha gustado. Una historia sin alguna de sus páginas es una historia incompleta.

Cuando Gabriela estaba a punto de preguntar si cambiaría alguno de esos capítulos, los cucos del gran reloj de la entrada empezaron a cantar. ¡Cu, cu! ¡Cu, cu! Vaya. Habían estado bastante entretenidas. Miró su reloj de muñeca para confirmar que de verdad eran las siete. Se le había pasado volando. Fue hacia la salita para recoger sus cosas.

—Bueno, muchísimas gracias por enseñarme parte de su colección de libros. ¿Nos vemos el jueves?

—Nos vemos el jueves —replicó la anciana, con una sonrisa suave pintando sus labios, las manos retorciéndose entre sí—. Gracias por el café.

—Pero ¡si la que me ha invitado es usted! —rio Gabriela, poniéndose la mochila.

—Tú sabes lo que quiero decir —insistió—. Hasta el jueves. Y cuídate.

Gabriela salió de la casa con una sonrisa en la cara. María tenía razón: la señora Parks parecía otra persona cuando hablaba de libros. Como si su coraza se fundiera y su corazón se ablandara, como si fuera una persona enamorada hablando de su otra mitad.

Mientras esperaba de pie en la parada del autobús, rodeada de madres con hijos y chavales que salían de las actividades extraescolares, una idea que había surgido en su cabeza hacía días salió a flote, como llamada por el canto de una sirena. El bus número seis llegó a la parada, se paró y, cuando arrancó, Gabriela lo vio alejarse, protegida bajo la marquesina. Sin quitarse los cascos, dio media vuelta y se puso a andar.

Ya en la biblioteca, recorría los pasillos de la segunda planta, reservada para los libros científicos y los autores locales, pasillos en los que solía haber menor volumen de gente. Sentía que estaba haciendo algo ilegal. Le daba tanto apuro que alguien se acercara y le preguntara... Así que se dio prisa. Sacó un libro al azar y, cuando vio que no había moros en la costa, inspiró con avidez las páginas a unos milímetros de su nariz. Una inspiración larga y profunda. Luego, disimulando, se puso a mirar la contraportada, sin leer realmente la sinopsis. Dejó que el olor que acababa de entrar en su cuerpo despertara algún recuerdo, algún estímulo. Algo.

Gabriela merodeó un buen rato en la biblioteca, vagando por los pasillos y oliendo diferentes libros, llegando a varias conclusiones. En primer lugar, los libros de las mismas editoriales solían tener el mismo aroma. En segundo lugar, el «olor a libro viejo» era un hecho; los libros antiguos, los que tenían hojas amarillentas, olían todos igual. Y en tercer y último lugar, los libros traían recuerdos. Cuando cambió de planta, un libro de cuentos para niños le trajo a la mente su clase de cuando era pequeña, con sus mesas y sillas en

miniatura; y una novela melodramática adolescente le recordó a Cristina, una de sus antiguas amigas del instituto: ese libro olía igual que ella.

Ya en casa repitió el mismo procedimiento con los libros que rellenaban el mueble del salón y que Gabriela siempre había percibido como unos elementos más de la decoración. Algunos eran de propaganda; otros, regalos desfasados. Dudaba que alguno de ellos hubiera sido leído de principio a fin. Cogió uno, una guía de viajes de España, y se lo acercó a la nariz. Inspiró profundamente. Olía sobre todo a plástico. Le recordaba un poco a los libros infantiles. Dejó la guía en su sitio y cogió otro, una novela policíaca. Lo olió, y al no emitir sus páginas nada característico, las dejó correr ante sí, esperando que el diminuto vendaval que levantaban pudiera darle algún indicio. Gabriela se entretuvo un rato, inspeccionando todos los libros que encontró desperdigados en las diferentes habitaciones.

Dado mi desconocimiento en materias de ingeniería y mecánica, siendo de entre todas las causas culpables mi corta edad y mi falta de estudios superiores las más notorias, mi padre apareció un día con el monarca de las palabras, el amo y señor de todas las historias contadas y por contar, soberano y regente de las letras y expresiones, que bajo su mando viven las palabras y sus quehaceres.

Una tarde como cualquier otra, llegó a casa del trabajo y sacó de su preciado maletín de cuero un grueso tomo de tapas duras, dorado, de más de mil páginas de extensión y tres kilos de peso. Dos franjas decoraban el lomo de su majestad: una azul marino, que me indicaba su rango (decimocuarta edición) y su año de nacimiento (1914); y una franja roja con su dinastía y su nombre en grandes letras mayúsculas: «Real Academia Española. Diccionario de la lengua castellana». Cuando mi padre lo posó con cuidado sobre su escritorio, más por proteger sus dedos que por dañar el tomo, fue la primera vez que un libro me infundió respeto. Con ese aire regio y cubiertas imponentes, hizo vibrar ligeramente el escritorio al posarse sobre él.

Siendo sincera, sí que he releído algún libro en mi vida, y ha sido ese. Las definiciones que buscaba solían estar formadas por más palabras desconocidas que conocidas y, lejos de resolver mis dudas, me creaban otras nuevas. Al buscar «sondaleza», por ejemplo, el diccionario me devolvía su definición, incluyendo la palabra «maroma» en ella, por lo que luego batía de nuevo las páginas en sentido inverso, en busca de la definición de «maroma». Una maroma es una gruesa cuerda de esparto, cáñamo u otras fibras. Yo conocía el esparto, que formaba las cestas que acompañaban a las mujeres al mercado, pero desconocía el cáñamo. Al buscar «cáñamo», el monarca me

indicaba que tenía hojas lanceoladas, séase dicho de una hoja o de sus lóbulos. ¿Y qué es un lóbulo, si no es la parte inferior de la oreja? «Cada una de las partes, a manera de ondas, que sobresalen en el borde de una cosa; como en la hoja de una planta o en el intradós de un arco». Pero... ¿qué es el intradós de un arco?

Y ahí me encontraba yo, inmersa en un mar de palabras, en un laberinto de definiciones, en el cual, cuando creía haber encontrado la salida, me encontraba con dos o tres nuevos pasillos. Al principio invertía más tiempo en buscar definiciones que en leer como tal. Con el paso del tiempo, confieso, leí mucho sin molestarme en buscar la definición de determinadas palabras, las cuales intentaba descifrar gracias al contexto o ignorar si no eran una parte fundamental para el desarrollo de la historia. Así, con un libro que pesaba más que algunos humanos al llegar al mundo como fiel escudero, vi las horas pasar en el despacho de mi padre. Tantas horas allí invertidas, vocalizando con labios mudos para evitar molestar al patriarca de la familia, me permitieron ganar rápidamente una soltura a la hora de leer que fue envidiada e insultada a partes iguales en mis días en la escuela.

Lo que nadie me explicó nunca es que devorar libros a esa velocidad acarrea una sed inhumana, una insaciable curiosidad por saberlo todo. Desde temprana edad, me volví adicta a las preguntas. Siempre fui una niña muy curiosa. Una respuesta, habitualmente, llevaba a otra pregunta, igual que las entradas del diccionario. Cuestionaba el porqué de todo, no por resultar cargante, sino por pura avidez de conocimiento. Desgraciadamente, con el paso del tiempo me di cuenta de que hacer preguntas era otra de las actividades que no aparecía en la guía de la buena señorita.

Mis preguntas raramente recibían respuesta, y si era el caso, venían acompañadas de muecas molestas o labios fruncidos. Yo no entendía tal reacción: el mundo me parecía tan inmenso, con tantas cosas por descubrir, que lo necio habría sido no preguntar. Y los adultos, a pesar de llevar unos cuantos años de ventaja en la asignatura de vivir en este mundo, son igual de ignorantes que los niños respecto a muchas de las preguntas que nos rodean. Cuando los niños hacen preguntas que los adultos no saben, los necios les mandan callar; los sabios se plantean las mismas preguntas.

Que mis preguntas fueran ignoradas en el colegio era un hecho que me resultaba bastante sorprendente, considerando que al colegio iba para aprender. Salían de mi boca y, al no obtener respuesta, caían al suelo como hojas marrones de otoño, flotando suavemente hasta posarse sobre la gran montaña de aquellas que habían perecido antes que ellas. Era la Hermana Magdalena, una novicia de ojos brillantes y cejas tupidas, una de las pocas adultas que se sentaba y se ponía conmigo a revisar esas hojas, una por una, buscando, explorando, si éramos capaces de encontrar la respuesta. ¿Cuál es la mejor época para plantar tomates? ¿Por qué es posible ver la luna de día, pero nunca el sol de noche? ¿Se puede estornudar mientras se duerme? ¿Cuántas patas tienen realmente los ciempiés?

Aunque recibiera burlas y collejas por mi habilidad con las palabras y la Hermana Magdalena no estuviera siempre disponible para responder a mis preguntas, disfrutaba enormemente del acto de acudir a la escuela. En primer lugar, porque siempre aprendía algo nuevo, aunque fuera por mi cuenta. Y en segundo y más importante, porque me evitaba pasar el día entero con mi madre. Tras tantos años de escuela, entendí un poco más a mi padre. Él era otro de los adultos que nunca rechazaba mis inquisiciones, siempre y cuando

las preguntas fueran efectuadas fuera de los muros del despacho. Y, cómo no, los libros.

Los libros nunca se quejaban de que fuera una señorita y no un caballero el que buscara auxilio en sus páginas. Estos siempre respondían a mis preguntas, a expensas de que habláramos el mismo idioma, aunque solo lo hicieran hasta 1935...

Aún en el colegio, una mañana de abril en la que el cielo despejado después de una lluvia torrencial de primavera nos daba la bienvenida, la Hermana Angustias nos preguntó qué libro nos llevaríamos a una isla desierta. Yo reflexioné la respuesta como si de verdad mi decisión fuera tomada en cuenta en el futuro poco probable de acabar varada apartada de la civilización. Elegir solo uno me parecía criminal, ¿cómo iba a leer el mismo libro toda la vida? «Acabaría escribiendo otros yo misma», pensé, «para no estar obligada a releer la misma historia una y otra vez». Tras haberlo sopesado bien, levanté la mano, ajena al resto de alternativas que habían dado mis compañeros.

—Un manual de supervivencia —respondí, orgullosa, cuando la monja me dio la palabra. De todas las opciones que tenía, decidí que esa era la más eficaz: podría saber cómo encender fuego para no morir de hipotermia, cómo construir una cabaña para resguardarme de las lluvias torrenciales que asolaban los trópicos, conocer los hábitos de los animales para saber el mejor momento de cazarlos... La regla de madera surcó el aire con un silbido agudo, como un machete de explorador, golpeándome la coronilla y cercenando limpiamente mis ilusiones.

—La respuesta correcta es: La Biblia —dijo la Hermana Angustias, abriendo los brazos, con la regla todavía en la mano—. Para que, en los

momentos de dificultad, podamos encontrar consuelo en las palabras del Señor.

Yo me encogí en el pupitre, rascándome el huevo que me estaba saliendo en lo alto de la cabeza. «No creo que las palabras del Señor puedan resguardarme de la lluvia o darme de comer», pensé para mis adentros. Nunca llegué a ser exploradora. Al menos, de parajes en el mundo real. Nunca descubrí tierras lejanas provista de unos prismáticos y una brújula, pero sí acompañada de un marcapáginas y un lápiz. Recorrí miles de mundos pasados y futuros, visité ciudades reales e inventadas, gracias a estos preciosos guardianes de historias. Durante muchos años, las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza. «Azucena, pronto florecida...». Durante muchos años me lo creí, hasta que conocí el club del Café Europa, y ahí cambió totalmente mi visión del mundo. Aunque hasta ahí todavía queda mucha historia...

Supongo que fue durante aquellos primeros años cuando comencé con mis pequeños rituales lectores: oler los cantos de los libros, anotar el mes y año de lectura en la portadilla, esquina superior derecha, con un lápiz negro de mina fina; destacar, con el mismo lápiz, aquellas frases o pasajes que me habían gustado... No recuerdo habérselo visto hacer a nadie y no sabría decirte de dónde viene.

Con el paso frenético de las hojas del calendario, las dos torres de libros que ocupaban mi cabeza iban aumentando su tamaño: la de libros ya leídos y la de libros por leer. Durante mis años de juventud leí absolutamente de todo: libros más y menos conocidos, de cientos o incluso miles de páginas, en un solo volumen, por fascículos. Todo aquel conjunto de páginas que pasaba por

mis manos entraba en mi cabeza. Así que no es de extrañar que con tal trasiego de visitantes pasaran, llegado el momento, las historias de amor.

Llegaron en esa edad en la que las hormonas toman las riendas de tu vida sin pedir permiso ni perdón, en la que la existencia abandona la simpleza y diversión propias de la infancia, tomando el matiz rebelde e inconformista de la adolescencia. Las divagaciones sobre cómo será el hombre de tu vida se comparan inevitablemente con los príncipes y nobles que pueblan las páginas de los libros; caballeros que, desgraciadamente, son más abundantes en esas páginas que en la vida real. En aquellos tiempos, tumbada en mi cama, con un libro abierto sobre el pecho y la mirada perdida en las vigas del techo, divagaba acerca de si aparecería el hombre de mi vida o si se cumplirían los temores de mi madre. ¿Me convertiría en una Madame Bovary? ¿En Julieta? ¿Elizabeth Bennet? ¿Dulcinea?

Años después de aquellas divagaciones, la respuesta caminaría hasta mí en una fiesta, trastocando mi vida por completo.

Desde el día que habían recorrido los diferentes títulos de su biblioteca, la complicidad entre Gabriela y la señora Parks fue creciendo, suavemente, de forma casi imperceptible. Una semilla que de un día para otro parece no haber sufrido cambio alguno y con el paso de los meses llega a convertirse en un árbol de raíces estables y tronco fornido.

Sin embargo, inevitablemente, el día llegó. Un jueves de finales de noviembre se puso a llover. La lluvia caía sin prisa, sin pausa, dando la sensación de que no iba a parar nunca. Una lluvia flotante, reacia a llegar al suelo, levitando en el aire como una cortina húmeda, sin llegar a caer. Los nubarrones sumieron al cielo en una mezclanza de grises durante toda la mañana, ralentizando la rutina: los autobuses llegaban tarde, el ritual para salir de casa se volvía más lento, el trabajo adquiría un matiz pesado.

En el autobús de camino a casa de la señora Parks, Gabriela colocó el paraguas entre sus piernas, para evitar molestar y mojar a otros pasajeros. «Que no se te olvide», se dijo a sí misma. Gabriela odiaba los paraguas. Bueno, odiar era una palabra demasiado fuerte. No le gustaban nada, porque siempre se los olvidaba. Daba igual que fueran grandes, pequeños, de colores vivos o con una cuerda para engancharse en la muñeca: se los dejaba en todos lados.

Por suerte, cuando se bajó del autobús seguía lloviendo, así que era difícil no acordarse. Caminó encogida bajo el paraguas, las orejas inmersas en sus auriculares, hasta que se detuvo unos segundos ante el portón de entrada, percibiendo cómo los azulejos que deletreaban El Olivar emanaban un aire melancólico bajo las gotas de lluvia.

—¿Hola?

Hacía un par de semanas que la señora Parks le había enseñado el increíble escondite para la copia de la llave (a nadie se le ocurriría nunca mirar detrás del buzón), lo que le permitía a Gabriela entrar sin obligar a la anciana a levantarse para abrirle la puerta. Nadie respondió ante su saludo y la casa estaba sumida en sombras: entre el otoño que hacía los días más cortos, las contraventanas todas cerradas y las nubes que bloqueaban los pocos rayos provenientes del sol, en el vestíbulo parecía que era noche cerrada.

Gabriela cerró la puerta de entrada con cuidado, con miedo a que un ruido brusco perturbara el silencio. Antes de dirigirse con pasos sigilosos hacia la sala de siempre, dejó el paraguas en el paragüero. La lámpara bañaba con una luz cálida e insuficiente la estancia, ligeramente sumida en la oscuridad. Allí encontró a la señora Parks, sentada en su sillón, con las manos cruzadas sobre el regazo y la cabeza girada hacia el gran ventanal que servía de pista de carreras a las gotas de lluvia que caían sin tregua.

—Buenas tardes, señora Parks. ¿Cómo está? —La mujer ni siquiera hizo ademán de haberla escuchado.

Gabriela se quedó parada. «¿Qué hago? ¿Me siento?». No quería ser maleducada, pero si no iba a recibir una contestación, tampoco le parecía coherente seguir insistiendo y no merecía la pena pasarse dos horas enteras de pie. Ante la falta de respuesta y con el paso de los segundos, reunió el coraje para sentarse. Se instaló con cuidado, como una madre que acaba de dejar al bebé dormido en la cuna, solo que la señora Parks estaba bien despierta, con la mirada absorta a través de los vidrios que daban al jardín, de aspecto aún más desolador con aquel tiempo.

Gabriela se fijó en los ojos de su anfitriona, que parecían estar inmersos en otros tiempos, en otra vida. Sumida en un mutismo inquebrantable, entendió

las palabras de María. «Lo suyo parece de otro mundo». Y tenía toda la razón. La señora Parks parecía una estatua, su disfraz solamente echado a perder por una respiración superficial, prácticamente imperceptible, y el parpadeo de unos ojos que la mantenían en el mundo de los vivos. Tras unos minutos de contemplación, se resignó. Ese día no habría lectura. Sin embargo, ella tenía práctica con su padre: realizó el mismo protocolo al que estaba acostumbrada. Escogió a conciencia una lista de reproducción (poniéndose los cascos en este caso para no perturbar a la anciana), y se dejó invadir por la música.

Así pasaron casi una hora, una sumergida en acordes y ritmos y la otra en sus recuerdos. Cuando las agujas del reloj estaban a punto de alinearse en la vertical, la señora Parks se giró hacia Gabriela. La joven había cerrado los ojos y vocalizaba con pasión la letra de una canción de una banda estadounidense, meneando la cabeza al ritmo de una batería especialmente intensa. El volumen de la música estaba lo suficientemente alto como para que la anciana pudiera percibir el sonido sin ser capaz de discernirlo.

La mujer se quedó embobada admirando la pasión de la joven intérprete. Giró la cabeza hacia el ventanal un segundo antes de que Gabriela abriera los ojos, todavía moviéndose al son de la música. La señora Parks pensó que quizás era el momento y, sin darse tiempo a reflexionar mucho, soltó la pregunta. La joven la vio mover los labios, pero el volumen revienta-tímpanos de sus auriculares le impidió escuchar el mensaje. Se quitó rápidamente el casco derecho.

—¿Perdón?

—¿Qué escuchas? —Gabriela, ojiplática, escuchó la voz de María en su cabeza. «En esos días, ni lo intentes. La señora ni habla, ni te mira».

—*The kids aren't alright*, de The Offspring —respondió rauda Gabriela, que no quería romper la magia—. ¿La conoce?

—Mmmm. No me suena, no soy yo mucho de música.

Gabriela no supo qué responder a eso y el silencio se instauró de nuevo entre las dos.

—El otro día comentaba que los libros son máquinas del tiempo y del espacio, que la transportan a otros mundos —comentó la joven en voz alta, con tono suave, un solo casco puesto, mirando por la ventana. La anciana se giró hacia ella—. Yo siento que la música es una cápsula del tiempo.

—Algunas canciones tienen la capacidad de llevarme al pasado, a momentos específicos de mi vida cuando salieron o que las escuché por primera vez; o de recordarme la persona que me la enseñó —continuó, la vista concentrada en las gotas de lluvia que competían unas contra otras por el cristal—. Puedo pasar años sin escucharlas, pero la letra está tan fresca como si las acabara de escuchar ayer.

Todavía le sorprendía esa capacidad de la música y las canciones, cómo podían venir a la cabeza, así, sin más, después de años sin haberlas escuchado por última vez. Aparecen en nuestra mente de forma tan nítida como si tuviéramos una radio sintonizada directamente al cerebro en la emisora correcta. Ahora, con las maravillas de internet, Gabriela corre a la biblioteca para buscarlas en la web y disfrutar de la melodía completa. Poder escuchar la canción que tienes en la punta de la lengua es un placer equivalente a rascarse una picadura de mosquito en un punto inaccesible en medio de la espalda, el primer trago de agua fresca en una mañana intensa a pleno sol o acostarse recién duchada tras un día agotador con un juego de sábanas limpias acariciándote la piel.

Se le vinieron a la mente canciones de su infancia y adolescencia, momentos de su vida que, aunque no estaban tan lejos, parecían haber pertenecido a otra persona, de tan diferente que era ahora mismo la Gabriela adulta de la niña de trenzas largas y rodillas magulladas. Canciones de Regaliz o los éxitos del verano del 82, que sonaban en el viejo Ford Fiesta familiar en sus interminables viajes a las playas del Mediterráneo, cuando todavía disfrutaban de unos días de vacaciones en familia; *La cosa más bella*, de Eros Ramazzotti resonando sin parar cuando cumplió dieciocho años o *Suavemente*, de Elvis Crespo, que le recordaba el día en que decidió dejar la universidad.

La ambivalencia de las canciones las ata indiscutiblemente al recuerdo de ciertas personas. Una mala experiencia con alguien puede estropearle de por vida la canción o el artista que te dio a conocer, y viceversa. *Caminante no hay camino* de Serrat siempre le recuerda a Cristina, porque era ella quien le había descubierto la canción; cada vez que escucha *Every breath you take* de The Police se le viene a la mente su madre, tarareando la melodía mientras hace las labores de la casa; y por descontado, Queen, que se había ligado tan irremediabilmente al recuerdo de su padre que no era capaz de escuchar sus temas. A veces, cuando su mente navegaba por derroteros infinitos, se ponía a pensar en qué canciones habría dejado en la vida de otras personas. Qué flores habría plantado, sin quererlo, en otros jardines.

Gabriela volvió en sí de sus cavilaciones y se encontró con la señora Parks mirándola con una sonrisa discreta. Rápidamente sus mejillas se tornaron de un rojo carmesí.

—Perdón, perdón, que me he puesto a divagar y no vea... —se excusó.

—Tranquila, me alegra saber que no soy la única que divago en esas direcciones —confesó, manteniendo la sonrisa triste, mirando hacia las estanterías—. Las canciones son cápsulas del tiempo, así que solo nos pueden llevar al pasado. Los libros son capaces de eso y mucho más.

Gabriela sonrió, orgullosa de que la señora Parks hubiera roto su pacto de silencio (una batalla ganada), y divertida por su terquedad (la superioridad moral de la literatura).

Tras ese breve intercambio de palabras, el silencio tomó el relevo. Gabriela se colocó el otro casco y volvió a sumergirse en la música. De vez en cuando miraba a la anciana, cuya mirada parecía menos triste que hacía unos instantes, antes de haber roto su mutismo. «Bueno, tampoco seas soberbia, que tú tampoco vas a cambiar a nadie», se reprendió a sí misma. Las agujas avanzaron irrefrenables y cuando los cucos salieron a dar su espectáculo, la joven se levantó y se puso a recoger sus cosas.

—Hasta la semana que viene, señora Parks.

—Hasta la semana que viene —respondió la anciana, dubitativa, mirando todavía hacia el jardín. Cuando la joven tenía la mano ya puesta en el pomo de la puerta, la anciana se armó de valor—. ¿Gabriela?

—¿Sí? —Se frenó. La señora Parks se giró hacia ella.

—¿Algún día te importaría enseñarme alguna de las canciones que te gustan? —El pecho de Gabriela se llenó de una calidez sin igual.

—¡Claro! ¡Para mí es un placer! —respondió Gabriela, pletórica—. ¿El martes?

—El martes —confirmó la anciana.

El martes sustituyeron el café postlectura por una sesión de música. Había sido una tarea titánica. Pedirle a un melómano hacer una lista con sus diez canciones favoritas era como pedirle a un lector empedernido elegir sus cinco libros favoritos de todos los tiempos: sería capaz de redactar tal listado, pero sin llegar a estar conforme nunca con el resultado.

A Gabriela le daba miedo aburrir o atosigar por partes iguales. Sabía que la gente no era tan apasionada de la música como ella y le daba miedo asustar a la anciana. Una lista de 48 minutos y 34 segundos de duración. Una cifra que le parecía aberrantemente baja para mostrar toda su música favorita, pero lo suficientemente aceptable como para no hartar a la mujer.

Gabriela decidió llevar aquel día una sudadera con El Olivar escrito en grandes letras anaranjadas en la espalda, botín que había encontrado de casualidad en una tienda de segunda mano e instantáneamente le había recordado a su nueva amiga. Se quedó unos segundos hurgando en la mochila, de espaldas a la señora Parks, para que las letras fueran bien visibles. Sin embargo, al darse la vuelta, a pesar de que la mujer tenía los ojos clavados en ella, no emitió ningún comentario.

—¿No le gusta mi sudadera?

—El color es bonito —apuntó la anciana.

—¿Y lo que pone por detrás? —Gabriela le dio de nuevo la espalda para concederle una segunda oportunidad, pero, al girarse, vio que la mujer tenía el rostro crispado y las manos se retorcían una sobre la otra—. El Olivar, como su casa.

Las facciones de la anciana se relajaron al instante.

—¡Ah, sí, sí! Muy ingenioso.

Gabriela, decepcionada de que no le hubiera hecho tanta ilusión como a ella la coincidencia, acercó los sillones, y colocó el reproductor de música entre ambas, en equilibrio en uno de los reposabrazos. Compartieron auriculares: la experta en música, con el derecho; la novata, el izquierdo. Juntas, escucharon con los ojos cerrados algunos temas de David Bowie, Aretha Franklin o Nino Bravo. Para el final, Gabriela había dejado un fragmento de una de sus piezas favoritas.

El concierto para violín de Sibelius se dividía en tres movimientos. Solo había puesto el tercero, que duraba unos siete minutos, porque la obra entera duraba casi cuarenta. Cuando empezaron a sonar los envites de los violines, no pudo evitar fisgonear y abrió un ojo disimuladamente. Una lágrima solitaria se deslizaba por la mejilla de la anciana y la joven se sintió realizada. No todo el mundo era capaz de emocionarse con la música clásica y habitualmente se la catalogaba como esnob. A ella le gustaba la música clásica no por darse aires, sino porque le parecía un lienzo en blanco, una invitación a pintar. En las canciones de música clásica, las armonías, las coordinaciones y todos los elementos eran tan claros, tan pulcros, que daban ganas de llorar de emoción; de emoción al ver que el ser humano era capaz de hacer cosas tan puras, de pensar que, en algún lugar del mundo, una persona había decidido ponerle cuerdas a una caja de madera, otro hacerle agujeros a un tubo y otro pegarle golpes a una piel de cordero bien estirada; y así, poco a poco, habían creado la música. Consideraba mágico el hecho de que el ser humano hubiera decidido que el mundo era tan bello que no se podía expresar solo con palabras, que necesitaban un lenguaje más directo, un camino allanado hacia el alma: eso era la música, la forma más pura y más paradisíaca que existe de comunicarse, el lenguaje universal.

—Hay canciones que me gustan por el ritmo y otras, por la letra —se explicó Gabriela una vez acabó la lista de reproducción—. Algunas ni las entiendo, pero la música me anima a bailar o conecta con mi alma de una forma especial que no soy capaz de explicar.

«La letra llega al corazón; la música, al alma», susurró tan bajo que ni siquiera la señora Parks pudo oírla.

—Con los libros pasa igual —coincidió la anciana, recostándose en el sillón—. A veces son superfluos, para pasar el rato; otros, te gustan por el uso del lenguaje, cómo el escritor juega con las palabras como un malabarista, para representar exactamente lo que quiere decir, con frases preciosas. Otras veces el contenido es simple, frases directas, pero el mensaje cala profundo o la intriga te mantiene en vilo hasta el final. Y luego están los enrevesados que no sabes por dónde cogerlos y los superfluos que se te olvidan enseguida.

Las mujeres rieron juntas.

—Al final la música y los libros van a ser más similares de lo que aparentan —dijo Gabriela con una sonrisa pícaro.

—Pues ya solo queda que le cojas el gusto a leer —respondió la dueña de la casa, con un guiño cómplice.

Ya en la calle, todavía con el regusto del buen momento que había pasado, Gabriela se paró en seco. La conversación que tuvieron aquella primera tarde en la que tomaron café juntas le volvió a la mente y, con ella, una idea empezó a tomar forma en su cabeza. Una idea descabellada, algo alocada, quizás hasta imposible... ¿Seguro? Miró su reloj. Las siete y algo. La biblioteca cerraba a las diez. Le daba tiempo, al menos, para la primera parte del plan. Además, su madre a esas horas seguro que no estaba en casa, estaría aprovechando su tarde libre para ir al hospital. No sabía si su plan

funcionaría, pero la sola posibilidad de éxito le despertó mariposas en el estómago, una sensación que le resultaba extraña después de tantos años de sequía, y le dio la energía necesaria para acelerar el paso. Unos minutos después, subía las escaleras de la biblioteca de dos en dos.

—Azucena, por favor, ven hoy al baile —me imploró Adelina aquel día desde el suelo, arrodillada con gesto suplicante, las dos manos agarrándose con tanta fuerza que los nudillos se le estaban poniendo blancos.

—Adelina, sabes que ese tipo de eventos NO me gustan.

—Solo una vez, por favor —me pidió de nuevo, postrándose totalmente, tocando el suelo con la nariz, como si fuera un esclavo pidiendo clemencia. Aguantó unos segundos con la cara pegada al suelo, solo para incorporarse con las manos juntas de nuevo y un dedo índice levantado. Insistió—. Vente solo una vez, una, y te dejaré en paz. A menos que le cojas el gusto y sigas viniendo...

Había dicho esta última frase susurrando, lo suficientemente alto como para que yo la escuchara, y cuando giré la cabeza hacia ella, me guiñó un ojo, rompiendo su posición de rezo mientras ladeaba un poco la cabeza.

Gracias al influjo de mi padre, a la falta de voto de mi madre y a mi testarudez, se me permitió acceder a estudios superiores: estudié Farmacia. Era ahí donde nos habíamos encontrado Adelina y yo. Mi compañera de habitación en el colegio mayor venía de una ciudad pequeña en el sur. Su madre había fallecido en el parto, dejando a su padre viudo desde muy joven. Él, viéndose incapaz de amar a otra mujer como había amado a Teresa, la madre de Adelina, decidió no volver a contraer matrimonio. Adelina fue criada por una de sus tías, que velaba por ella hasta que su padre salía del trabajo. Siempre supo que la mujer que cuidaba de ella no era su madre, porque, aunque sutiles, las diferencias respecto al trato procurado hacia sus hijos biológicos eran imposibles de esconder. Quizá por compartir el carácter transgresor, quizá por ser ambas desconocedoras de la sensación que producía

el amor materno, quizá por compartir año de nacimiento, aquella chica de pecas rebeldes y yo nos llevamos bien desde el primer momento.

Coincidíamos en muchas cosas, excepto en la extraversión: Adelina adoraba salir al mundo, ser vista y hacerse ver, interactuar y abrirse con desconocidos (en todos los sentidos).

—Pero ¡Adelina! —la reprendía cuando, a altas horas de la noche, me despertaba, tras haberse escabullido silenciosamente por los pasillos evitando a las monjas, para contarme las peripecias de su última salida.

—No me vengas con sermones, Azucena, que solo eres dos meses mayor que yo.

Yo, con miedo a colgarme el cartel de mojigata, me callaba y escuchaba con fingido interés a Adelina, quien tenía un don único para contar historias. Volví de mis recuerdos para encontrarme con las manos de Adelina rodeando las mías, y su cara muy cerca de mi nariz.

—¿Vendrás?

Unas semanas después ahí estábamos las dos, vestidas con nuestras mejores galas, en uno de los diferentes bailes que se organizaban para celebrar El Pilar. Según me había comentado con emoción Adelina mientras nos preparábamos, «todo el mundo va a estar ahí», y tenía razón. Yo miraba en todas direcciones como un cervatillo perdido en medio del bosque, sin separarme mucho de mi compañera de habitación, mi única referencia aquel día, que sonreía con ligereza haciéndose la interesante, aunque por dentro estuviera bullendo de excitación.

—Mira esos chicos de allí —me dijo en un momento dado, cubriéndose la boca con la copa. Un gesto más que innecesario, porque, entre la gente y la música, era tarea imposible el simple hecho de mantener una conversación.

Miré sin ningún disimulo en la dirección que me indicaba con los ojos y vi a un grupo de cuatro o cinco jóvenes que rondarían nuestra edad, todos prácticamente iguales: traje negro, camisa blanca, zapatos lustrados. Charlaban animadamente, sus palabras ahogadas en la algarabía reinante. Me fijé en sus caras. Reían y hablaban con energía, en sus gestos, en sus expresiones. Excepto uno de ellos. Aunque su cuerpo estaba conformando el círculo de amigos, su mirada estaba ida, perdida en otros menesteres. Era hábil, y disimulaba fácilmente con sus compañeros, haciéndoles creer que estaba metido en la conversación, pero yo podía ver en su expresión que su mente no estaba ahí. Algo sintió, o simplemente se giró, despertando de la ensoñación, y nuestros ojos se encontraron. Yo me di la vuelta bruscamente, azorada. Adelina no se había dado cuenta de nada porque charlaba con otras chicas. Disimulé e intenté meterme en la conversación, hasta que, suavemente, una mano se posó en mi hombro.

—Buenas tardes, señoritas —saludó el chico, dejando que sus ojos se hundieran en el precario círculo que formábamos. Luego me miró y me ofreció su mano, la cual se mantuvo inmóvil en el aire, esperando mi respuesta—. ¿Me permite?

Yo busqué con ojos asustados los de Adelina, que me devolvía la mirada con la emoción de mamá cierva viendo a cervatillo dar sus primeros pasos. En una conversación muda, únicamente alimentada con miradas y que duró unas milésimas de segundo, yo le transmití mi incertidumbre y miedo, preguntándole si estaría bien; ella me respondió que esto también era una aventura, que ya bastantes había vivido entre las páginas, y que algún día tendría que vivir la primera en el mundo real.

Acepté cortésmente la mano del joven y nos dirigimos a la pista de baile. Mi falta de experiencia no hacía más que alimentar mi nerviosismo, y patalear sobre la pista de baile intentando mantener el equilibrio no ayudaba mucho. Sin embargo, el joven galán solo sonreía, e intentaba adaptarse a mis movimientos para no tropezar ni pisarme. Digo pisarme porque yo a él le pisé varias veces. Un hombre de pelo cano y gafas de pasta se paseaba por la pista con la cámara en mano. Nos pidió una foto. Yo estuve a punto de rechazarla, pero él fue más rápido y extendió el brazo, unido al mío por nuestras manos entrelazadas, hacia el objetivo de la cámara. Su sonrisa contagió a la mía, mezcla de desconcierto y nerviosismo. Tras la instantánea, el cámara se desvaneció rápidamente, presto a immortalizar más momentos felices.

Cuando acabó la canción, todo el mundo estalló en aplausos hacia la orquesta. Yo respiré, liberada por fin de mi tortura. Desvié la vista de los músicos y me encontré con esos ojos oscuros, profundos, que me miraban con deseo. Era una sensación a la que no estaba acostumbrada. El joven debió percibir mi desconcierto a través de mis rasgos y sonrió aún más. Yo le devolví la sonrisa, esta vez sincera.

—¿Qué tal? —me preguntó Adelina entre dientes, conteniendo la emoción, cuando volví con el grupo. Rayos... Sabía que aquella noche no me dejaría dormir hasta que no le hubiera contado todos y cada uno de los detalles del encuentro, con pelos y señales.

—Fatal, le he pisado varias veces.

—Pero te ha sonreído al final, que lo he visto... —Me pegó un ligero golpe con el hombro y escondió una sonrisa socarrona detrás del vidrio casi vacío del vaso.

Es verdad que me había sonreído. Yo también me serví del vaso para ocultar mi sonrisa tonta. Bajando los escalones del casino al acabar la velada, rodeada de vestidos y trajes de gala, me giré inconscientemente hacia atrás, intentando verle una última vez. Entre tanta gente era imposible y me sentí ligeramente decepcionada.

En cuanto cerramos la puerta de la habitación, Adelina me avasalló a preguntas, como había anticipado. ¿Y cómo era? ¿Bailaba bien? ¿Te dijo algo? ¿Nada? ¿Y se despidió? ¿Tampoco? ¿Y cómo se llamaba el galán misterioso? Pues... No sabía. En ese momento me di cuenta de que no habíamos cruzado palabra, y que yo no sabía su nombre ni él el mío, aunque tampoco hizo falta.

Unos días después, al volver de clase, la monja encargada de la portería me dijo que había una carta para mí. Me extrañó mucho: había recibido hacía menos de un mes una carta de mi padre y me preocupó que fueran malas noticias. Cuando tuve la carta entre mis manos, y vi el «Azucena Rodríguez Vega» pulcramente escrito en el reverso, aspiré un aroma que me resultaba conocido y sonreí. El galán había conseguido encontrarme, a pesar de todo.

Norman. Se llamaba Norman.

Nos carteamos varios meses a pesar de vivir en la misma ciudad. Llegó a conseguir el teléfono de mi padre y le llamó para pedirle permiso para una cita. En aquel primer encuentro, sin contar el baile en la fiesta, me llevó al lago y comimos sentados en la orilla. Justo antes de acabar, sacó un regalo de la espalda.

—Son anotaciones que he hecho mientras lo leía, de pasajes que me gustan —me explicó, mientras señalaba ligeros trazos a lápiz en las páginas y yo pasaba las hojas del libro, maravillada. Años después me enteré de la mentira:

Norman nunca había leído ese libro ni ninguno de los que me ofrecería durante los meses de noviazgo, se los había robado a su hermana.

Las anotaciones eran de ella, pero el miserable sabía hacer muy bien de galán. Cuando le preguntaba por alguno de los pasajes señalados, se excusaba, rascándose la nuca y sonrojándose. «Leo tanto que las historias se mezclan en mi cabeza y ni me acuerdo». «No quiero decirte lo que pienso para no influenciarte». «Simplemente me gustó mucho».

Aquel día llegamos demasiado tarde al colegio mayor, sobrepasando casi dos horas el toque de queda, y nos escabullimos por una de las puertas del servicio. Se asomó él primero y tras confirmar que no había moros en la costa, se giró y me plantó un beso en los labios. Su lengua ansiosa recorría mi boca con prisa, buscando examinar todos sus recovecos. La mía, inexperta, se dejó hacer, abrumada por su primer baile. Fue él el que rompió el beso y me miró con deseo.

—Cuídate, mi vida —se despidió, y desapareció corriendo.

Yo subí corriendo a las habitaciones, de puntillas, con los zapatos en la mano. Mágicamente, Adelina estaba dormida, así que pude acostarme evitando el interrogatorio. Durante una semana tuve el «cuídate, mi vida» repitiéndose en mi cabeza. No había disfrutado mucho ese primer beso, pero el solo recuerdo me ponía los pelos de punta.

Seguimos carteándonos y teniendo citas. En uno de sus arrebatos, muchas décadas después, Norman me confesó que pagaba a uno de los chicos del internado para escribir aquellas cartas apasionadas y profundas, que él solamente las leía antes de enviarlas para evitar quedar en evidencia, como le pasaba cuando le preguntaba por las anotaciones de los libros.

Nuestra relación se fue estabilizando y, tras la graduación, cuando mis padres vinieron a recogerme, Norman le pidió la mano a mi padre. Este aceptó. La mosca, atraída por el olor dulzón del almíbar, había aterrizado en una charca fresca, al abrigo del sol y del viento.

Cuando me casé, me di cuenta de que Norman me había enseñado solo su cubierta y yo, inexperta, no supe ver más allá. Como los libros, las personas hay que abrirlas para saber lo que hay dentro. Que unas tapas bonitas, con detalles en oro y forradas de terciopelo, guardando una letra fina y elegante, pueden esconder una historia siniestra; del mismo modo que un libro ajado, sucio o incluso sin tapas, puede guardar todo lo contrario. Para poder saber la historia que cuenta, hay que abrir el libro. Abrir un libro nunca es una mala decisión; seguir leyendo, en ocasiones, sí puede serlo. Norman me enseñó, sin saberlo, que hay determinados libros que hay que saber dejar a un lado. Lástima que con él no fuera lo suficientemente rápida. En abril de 1932 nos casamos. La mosca no se da cuenta de que ese almíbar realmente es un fluido que produce la propia planta carnívora en la que ha aterrizado, cuyo único objetivo es descomponer los tejidos y digerir la presa poco a poco, hasta que ya es demasiado tarde.

Yo era la mosca.

—Perdone la pregunta, pero con todo el dinero que tiene usted, ¿me puede repetir qué hacemos aquí?

Gabriela y la señora Parks caminaban agarradas del brazo con paso tranquilo entre la multitud. Hacía un par de semanas, la mujer le había preguntado si estaba libre el domingo por la mañana para participar en un recado especial. Cuando la anciana le había explicado en qué consistía el «recado especial», Gabriela había fruncido el ceño, pero disponible estaba, así que había accedido.

Los domingos se montaba en uno de los pueblos cercanos un mercadillo de segunda mano, un rastro en el que los particulares vendían todo aquello que ocupaba espacio en la casa y que durante años no hacía más que coger polvo. Tras el austero cordón policial y la valla de metal que evitaban el paso de vehículos, peatonalizando por una mañana una de las calles principales del pueblo, ambas mujeres se encontraron paseando entre puestos improvisados en maleteros de furgonetas, mesas plegables o en el suelo mismo, la mercancía posada sobre sábanas blancas para protegerla de la suciedad del asfalto. Con la señora Parks agarrada del brazo, Gabriela llevaba un carro de la compra con la mano libre e iba viendo cómo la gente intentaba vender ropa de bebé, juguetes de niños, vinilos, muebles antiguos, ropa, zapatos, licor, relojes, ropa interior, material deportivo, estatuas, sellos... De todo.

En un mercadillo se venden recuerdos. Los libros de la infancia de un hijo, la ropa de cuando era bebé, la raqueta de tenis que pidió por Navidad y nunca usó. El vestido que llevaste a esa boda y no quieres volver a usar, los sellos que coleccionaba tu abuelo con tanto esmero y que para ti son simples recortes de papel. Casetes que ya no se fabrican de grupos que ya no se

conocen para jóvenes que los quieren para decorar sus salones retro. La bicicleta estática que, tras un par de usos, acabó convirtiéndose en un perchero algo peculiar. Recuerdos bonitos o dolorosos. Promesas sin cumplir. Aficiones que no se pueden mantener.

A pesar del riesgo de organizar tal evento en pleno mes de diciembre, hacía un día soleado y despejado. La gente, bien equipada con abrigo y bufandas, disfrutaba de una de las últimas mañanas al aire libre, antes de que las temperaturas bajaran demasiado como para atreverse a deambular en plena calle. Un paseante cualquiera habría pensado que veía a una abuela y su nieta, las dos caminando agarradas del brazo, con ritmo tranquilo: esta peculiar pareja se mimetizaba con el resto de viandantes. Gabriela miraba con ligero interés todos los puestos. Nunca había sido una persona a la que le gustara ir de compras y, aunque alguna vez había pasado por el rastro, nunca había entrado voluntariamente. La intención de comprar algo era inexistente, pero la curiosidad le llevaba los ojos de un lado a otro. Desde artilugios que tenían pinta de antiguos, pero ni una sola idea de para qué servían, hasta muebles horrorosos, pinturas, colchones...

—¡Allí! —señaló la señora Parks. Gabriela giró la cabeza.

La anciana no se había andado con tonterías. Sabía bien lo que buscaba y, con la astuta mirada de quien repetía por aquellos lares, no tardó en encontrar el objetivo del día. Se acercaron sin alterar la velocidad hasta un puesto vigilado por una mujer de mediana edad. Sobre una mesa plegable gris, los recuerdos de una vida se exponían a subasta. Ropa de bebé, algunas viejas casetes y unos cuantos libros. Al llegar al borde de la mesa, la señora Parks repitió la estrategia en voz baja.

Ojearon juntas los libros, pero ninguno de ellos captó la atención de la anciana. Con una sonrisa y un gesto de la mano se despidieron de la mujer, que ya atendía a otro posible cliente.

Siguieron andando y no tardaron en encontrar otro puesto con varios libros. A lo largo de la mañana, Gabriela se dio cuenta de que, en la gran mayoría de puestos, por no decir en todos, había libros. En algunos solo había dos o tres, quizá regalos poco acertados o descartes de una biblioteca personal, mientras que otros parecían librerías enteras, con hasta tres y cuatro mesas llenas hasta arriba de tomos en buen estado.

—Si alguno te llama la atención, te acercas a enseñármelo; si no, pasamos al siguiente puesto. ¿Vale?

Gabriela asintió. La «estrategia» de la señora Parks era bastante sencilla, al menos, en teoría, ya que la joven no sabía exactamente lo que quería decir «llamar la atención». Ella escogía los libros atraída por el título y les daba la vuelta con una sola mano para leer la sinopsis, si es que tenían: estaba descubriendo que algunos de los libros más antiguos no tenían sinopsis, y otros, ni siquiera el título marcado en la portada. La señora Parks, sin embargo, se centraba mucho en la portada. Cuando se creía a salvo, pasaba las páginas dejándolas fluir unas tras otras, una carrera ya determinada, para que el olor de aquellas historias despechadas le hablara en aquella mañana invernal.

—¿Este?

De vez en cuando, la anciana le tendía un libro para descifrar sus misterios. La señora Parks sentía la fuerza del libro, su olor, y luego era tarea de Gabriela desvelar su contenido, leyendo el título en voz alta y la sinopsis,

en caso de que la tuviera. Cogió el libro con la mano libre y, al girar, vio que era un romance entre...

—Uf, no, no. Romance no. Últimamente no me están gustando mucho...

—Este tiene buena pinta, pone que está basado en una historia real — comentó mientras levantaba el libro que sujetaba en la otra mano, una novela corta, de unas trescientas páginas, con una mujer de espaldas en la portada y la puerta de Brandeburgo de fondo—. Es la vida de una mujer en la Alemania nazi que trabajaba de espía para el gobierno francés...

—Mmm... —La anciana lo tomó entre los dedos, sopesándolo con las manos, como si a través del peso del papel pudiera conocer el peso de la historia, sus entresijos. Recorrió los grabados del título con las yemas de los dedos, como si un idioma similar al braille pudiera susurrarle los detalles de aquella vida novelada. Disimuladamente se lo acercó a la nariz para poder inspirar su aroma y parece que le gustó, porque tras echarle una segunda mirada a la portada, emitió su veredicto—. ¡Sí! Nos lo llevamos.

Lo dijo en plural, como si Gabriela hubiera tenido vela en ese entierro, cuando simplemente se encargaba de leerle las sinopsis y arrastrar el carrito de la compra que se iba llenando poco a poco.

Con el paso de los puestos y de los minutos, Gabriela se dio cuenta de que daba igual si parecía una buena historia o no. Si el tacto y el olfato, si la intuición daba el visto bueno, atrás quedaba cualquier otro criterio objetivo o subjetivo. Algunos libros los escogió la anciana en persona, sin ningún tipo de ayuda. Venía en esas ocasiones cargada hasta arriba, los lomos de los libros dejando entrever solamente su pelo blanquecino y poniendo en riesgo su ya precario equilibrio.

—¿No es más cómodo llevar un par de bolsas de plástico? —había insinuado la joven, cuando vio aparecer a primera hora de la mañana a la anciana con un carrito de la compra viejo y desgastado.

Unas horas después, el propio peso del carrito le había dado la respuesta. No quería ni imaginar qué hubiera implicado tener que llevar todo eso a cuestas con las asas de plástico clavándose en las palmas de las manos, cortando todo riego sanguíneo necesario para que sus dedos pudieran funcionar con normalidad.

—Este tiene buena pinta. La autora se llama A. S. Byatt.

—¡Ay! —saltó de alegría la anciana. Se giró hacia el chaval de unos dieciocho años que controlaba el puesto sentado detrás de las mesas de plástico, parcialmente cubierto por una pila de cintas de VHS—. ¡Dime que tienes más libros de ella!

—Pues no sabría decirle, señora. —El chico se rascó los rulos negro azabache con la mano derecha, sujetando el cómic con la otra, ladeando la cabeza—. Tendría que preguntarle a mi madre. Estos libros son suyos, así que no tengo ni idea...

La señora Parks se liberó del brazo de Gabriela para sacar del bolso una pequeña libreta beis, con anillas plateadas y hojas rayadas, y un bolígrafo. Con una letra pequeña y apretujada, garabateó unos números en una de las hojas, que después arrancó y entregó al chico.

—Te dejo mi número de teléfono. Pregúntale a tu madre si cuenta con más ejemplares, y, si es el caso, dile que me llame, por favor. ¿Te acordarás?—. El chaval pareció sopesar la idea, la mirada perdida en la hoja de papel.

—Claro, sí, sí. Sin problema. —Con un gesto despreocupado, dobló la hoja en dos y la guardó entre las páginas del cómic. Si Gabriela tuviera que

apostarse algo a que esa hoja acabaría perdida en medio del mercadillo, debajo de la suela de algún fanático de los artículos de segunda mano, no habría salido mal parada.

El chico le tendió el ejemplar de *Naturaleza muerta* y les deseó buen día a ambas. Gabriela se descolgó la mochila del hombro y metió el libro en uno de sus bolsillos. El carro de la compra pesaba horrores y quería empezar a equilibrar un poco la carga.

La señora Parks nunca regateaba ni caía en las ofertas de 2 x 1. Si un libro le interesaba, pagaba el precio que aparecía marcado a lápiz en una de las páginas iniciales; y, si por el contrario, no le llamaba la atención, no se lo llevaba ni regalado. Aunque acabaran comprando más de cuarenta libros aquella mañana, todos tuvieron un porqué, y, en unas cuantas ocasiones, la decisión estaba más que clara. De entre todas las cosas, la anciana amante de los libros tenía un punto débil.

—Dime qué pone, por favor. —La señora Parks se acercó, solícita, con un libro que acababa de comprar entre las manos. Gabriela lo cogió, abierto por la portadilla, en la que un trazo a pluma aparecía justo debajo del título impreso en el papel amarillento, un breve prólogo añadido por su antiguo dueño.

—«Te deseo feliz Navidad. Los mejores deseos de parte de tu tío».

La debilidad de la señora Parks eran las dedicatorias. Como le explicó un día a Gabriela en la mesa del comedor, una dedicatoria podía cambiar totalmente un libro.

—Piénsalo. Primero de todo, cuando dedicas un libro a alguien, es porque es especial para ti. Puedes no regalar nada, regalar un libro o regalar un libro dedicado. Las tres opciones son bien diferentes y dejan claras tus intenciones.

Regalar un libro dedicado... —La mujer le ofreció una mirada ferviente, agarrando con pasión la taza de café que tenía entre las manos—. Es harina de otro costal. No se lo haces a cualquiera y, sabiendo que esas palabras van a quedar grabadas, están elegidas con mimo. Luego está también el libro. ¿Por qué ese libro y no otro? Es una pregunta que me intriga siempre, y es por ello que necesito comprar los libros dedicados. Es como una de esas muñecas rusas: una historia dentro de otra historia.

—Bueno, muy especiales no serían esas personas si los que lo reciben acaban vendiendo el libro en un mercadillo —intentó contraatacar Gabriela, que no comprendía del todo esa entusiasta emoción por cuatro palabras garabateadas en las páginas iniciales de un libro.

—No siempre es el receptor del mensaje el que vende el libro —respondió la mujer, bebiendo un sorbo de café—. A veces la gente fallece, o se muda y ese libro se queda traspapelado... Y otras veces, sí, tengo que darte la razón, a la otra persona no le hace tanta ilusión esa dedicatoria como la que se molestó en escribirla. Sin embargo, las dedicatorias pierden todo su sentido si no tienen a quién ir dirigidas, así que... —Le dirigió una mirada traviesa—. La dedicatoria no sabe a quién está dedicada. Si su destinatario original no la apreció lo suficiente, me gusta sentirme como si fuera su destinataria adoptiva, su «madrastra literaria».

En eso estaba pensando Gabriela cuando le tocó superar los tres escalones de la entrada con el saco de cemento en el que se había convertido el carro de la compra, sumado a los dos o tres libros que llevaba a la espalda. Cuando llegaron a la gran biblioteca, Gabriela hizo cálculos en su mente. Miró hacia el carro de la compra, luego a la mochila posada en el suelo, para después recorrer con la mirada las estanterías llenas del salón: le pareció una tarea

inviabile incluso antes de empezar. «Pero si no hay ni un solo hueco, ¿dónde los va a meter?». El tiempo, una vez más, le acabó dando la razón a la señora Parks. Con la mano experta de quien es conocedor de su fortuna y de su entorno, movió libros con destreza, abriendo y cerrando cajones, reorganizando baldas con la ayuda de Gabriela, hasta que creó huecos allá donde no los había. Después de varias maniobras dignas del mejor prestidigitador, era imposible decir que la casa tenía cuarenta y tres nuevos inquilinos, tan camuflados como estaban entre los antiguos residentes. «Si me lo dicen, no me lo creo», pensó Gabriela, sin saber todavía cómo había hecho la señora Parks para encajonarlos todos.

—Algunos tienen otros vicios —siguió reflexionando la señora tras explicar su devoción por las dedicatorias y encogerse de hombros—, el mío es la lectura.

—Hombre, de todos los vicios que permiten evadirse del mundo real —bromeó Gabriela— creo que ha escogido el más sano.

—No sé yo si decirte el más barato...

Ambas rieron al unísono y el eco de su alegría rebotó entre los guardianes de historias, los que hacía años que poblaban aquellos muros y los recién llegados.

De repente, bajaron la intensidad de las luces y los arcos de la orquesta empezaron a moverse más lento. Los primeros compases de un vals de Johann Strauss inundaron la sala. Movidos por un interruptor, los asistentes a la fiesta se apresuraron a dejar las bebidas y buscar a sus respectivas parejas. Mi grupo se disolvió. Mientras posaba con cuidado mi copa, prácticamente llena, en una de las bandejas ofrecidas por uno de los solícitos camareros que recorrían la sala, vi a Norman acercándose hacia mí, ajustándose el traje y ofreciéndome una mano caballerosa. Yo la cogí, siguiéndole el juego, y nos dirigimos a la pista de baile. Él, con su mano dulcemente apoyada en mi cintura, me miraba a los ojos, sonriendo, y se deslizaba con la misma gracia de siempre. Yo había mejorado desde aquella primera vez y mis pies, más sueltos, no le pisaron ni una sola vez. Si por arte de magia apareciera de nuevo aquel fotógrafo que nos robó la instantánea unos años atrás, la foto no habría sido muy diferente.

—Estás preciosa esta noche —me susurró al oído, cuando el ritmo del vals se volvió tan lento que apenas nos movíamos, acompasándose nuestros cuerpos con las hojas de higuera mecidas suavemente por la brisa del brotar de la primavera.

Yo sonreí por fuera y lloré por dentro. Una parte de mí, la más hipócrita, disfrutaba de aquellas fiestas, ya que bajo las luces de la sala y rodeados de tanta gente divirtiéndose, Norman volvía a ser el chico atento del que me enamoré, el detallista, sonrisa perenne. Como en un baile de máscaras, sabía que la magia se perdería una vez traspasáramos la gran puerta de madera que comunicaba con el exterior, que la máscara con la sonrisa falsa se quedaría

abandonada en uno de los asientos del coche y que Norman volvería a ser el hombre serio y frío que habitaba en nuestra nueva casa.

Por eso, durante unas horas, prefería fingir. Durante unas horas elegía vivir en mi cuento de hadas particular, en el que, bajo aquella luz tenue y envueltos por el resto de parejas que poblaban la pista de baile, una pareja joven, feliz, con una bonita casa, él con un puesto de trabajo envidiable y ella a punto de quedarse embarazada, juntos con toda una vida por delante bailaban enamorados al son de los violines. Parecía un sueño, un cuento con final feliz. Si hubiera sido real, me habría quedado a vivir ahí toda la vida. Desgraciadamente, los cuentos de hadas solo existen en la imaginación y en la boca de quien los cuenta. Una vez cierras el libro y levantas la vista, el mundo real cae como una losa pesada y fría, desamparada.

En ese tipo de fiestas, la gente solo se fija en la portada. Critica, envidia y alaba los adornos, la caligrafía con la que está escrito el título, el vestido de esta, el traje de aquel... Pocos buscan abrir el libro, leer la historia. Tras la boda, nos habíamos mudado, empujados por la expansión de la empresa en la que Norman había empezado a trabajar. Le habían ofrecido un puesto como encargado en la nueva sede y él, adicto al éxito y a los reconocimientos, ni siquiera me consultó la decisión. Con el cambio de ciudad, me vi aislada de todos los que conocía: me carteaba a menudo con mi padre, pero no era lo mismo y perdí el contacto con Adelina, que también se casó. Norman tenía sus compañeros de trabajo, no como yo, que pasaba mucho tiempo en casa: me sentía sola. De vez en cuando se me iban los ojos a mi diploma enmarcado y añoraba aquellos años de libertad. Rodeada de los libros que tanto quería, los únicos que no me habían abandonado, me refugiaba en mundos que no existían para soportar la pena.

Cuando fuimos a vivir juntos, Norman cambió progresivamente su forma de ser, hasta volverse irreconocible. Aquel galán que me había cortejado durante meses, que me hacía sonreír y me besaba con dulzura con la mano cariñosamente posada en mi nuca, se quedó guardado en un cajón. Le sustituyó un hombre serio, más centrado en su trabajo que en su familia, cuyo carácter se fue agriando a medida que fracasaban nuestros intentos por engendrar un hijo, un tema que acabó convirtiéndose en terreno prohibido. No mencionábamos nada sobre ello, incluso nuestros infructuosos intentos cada noche se realizaban sin intercambiar palabra. Como mujer, sentía que estaba fallando en mi cometido y los comentarios de Norman solo apoyaban esta idea. Inconscientemente empecé a evitarle, de forma similar a como había visto hacer a mi padre con mi madre. A falta de despacho en el que esconderme, hundía mi cabeza en los libros, para evitar lo máximo posible cualquier tipo de conversación. Me volví una extraña en mi propia casa.

Norman siempre colocó las apariencias en un pedestal privilegiado, por ello el paripé hacia los ojos ajenos en los eventos, para no dar de qué hablar, por miedo a perder su buena imagen. Él, que siempre había conseguido todo lo que quería en la vida, también veía temblar su cometido como marido. ¿Aún no tenían hijos? ¿Qué les pasaría? Se esmeraba en guardar las apariencias en público, intentando acallar los cuchicheos. Simplemente tardábamos un poco más de lo normal, no era nada grave. Nos queríamos. Al menos, aparentemente. Él hacía como que me apreciaba y yo, solícita, que era correspondida. A través del salón nos cruzábamos miradas y él me sonreía. Yo añoraba aquella primera vez en la que aún no había caído en tretas ni engaños.

—Azucena, entonces, ¿vendrás?

Yo emergí del estanque de mis recuerdos, cogiendo aire y girándome hacia el grupo de ojos que me miraban, expectantes. Eran las mujeres de los compañeros de trabajo de Norman. Solía acercarme a ellas en este tipo de eventos, fingiendo involucrarme en las conversaciones, cuando realmente estaba pensando en mis cosas.

—¿A dónde?

—¡Al café de los jueves! Todos los jueves organizamos un café para charlar de nuestras cosas, ya sabes —me dijeron, con un gesto en el hombro y un guiño cómplice—. Va a hacer ya varios meses que vives por aquí y nunca has venido. Esta semana toca en casa de Sonso. Vendrás, ¿no?

—Sí, sí, claro —respondí, sin haber hecho mucho caso al mini discurso de Margarita, mientras seguía un poco mareada por mis ensoñaciones y el peso de las ilusiones perdidas.

—Veis, os lo dije —comentó al resto del grupo, que correspondió con un asentimiento general y cambió de tema, volviendo rápidamente a los cuchicheos.

Con el final de la fiesta, los músicos recogieron sus instrumentos; los camareros, las copas y platos vacíos; y los invitados, su modestia y falsas palabras. Norman y yo salíamos del brazo cuando Margarita se acercó para confirmar que nos veíamos el jueves. Yo sonreí.

—Hasta el jueves. —Aunque la reunión no encabezara mi lista de preferencias, al menos me haría cambiar de aires y quizás incluso podríamos sacar buen tema de conversación, alejadas de la mirada controladora de nuestros maridos.

Ya en el coche, pensé en el hecho de que Margarita se hubiera acordado de mí. Una pequeña luz se encendió en mi interior, abrazándome con su calor. Se

me escapó una sonrisa, que se escondió rápidamente en el cuello de mi chaqueta. Quizás no estaba tan sola como pensaba. Con el rabillo del ojo vi a Norman, sentado en el otro extremo de los asientos traseros, con la mirada perdida por la ventanilla.

—¿Qué hay el jueves? —me preguntó, sin dejar de mirar hacia el exterior.

—Las mujeres de tus compañeros del trabajo quedan los jueves para charlar y hacer labores.

—Bien —comentó él, escueto—, así harás amigas y aprenderás a ser buena esposa. Tienes mucho trabajo por delante.

Durante varios días esperé la cita con impaciencia. Por fin tenía algo que rompería la monotonía de los días y, aunque me daba pena dejar a mis compañeros los libros, sabía que me estarían esperando cuando volviera. Una de las chicas del servicio me acompañó hasta la casa de Manuel y Sonsoles. Cuando llegué, solo había dos o tres mujeres de pie, charlando en un pequeño grupo. Al traspasar el umbral, se giraron hacia mí.

—¡Hombre, Azucena! ¡Qué alegría! Bienvenida.

Tras los dos besos protocolarios, la anfitriona se propuso enseñarme la casa. El salón principal era una estancia amplia, luminosa, con los muros cubiertos por tapices y los muebles repletos de diferentes adornos exóticos. En todas las estancias de la casa, los tapices se erguían como los principales protagonistas, a excepción de la cocina. María Sonsoles me iba explicando por encima de dónde venía cada uno de ellos, pero una exploradora siempre tiene un sexto sentido en guardia, y mientras ella estaba inmersa en las diferencias entre la seda bizantina y la lana inglesa, pude ver con el rabillo del ojo una gran estantería en lo que parecía el despacho de su marido. Ya de

vuelta en el salón principal, unas jovencitas acababan de preparar la vajilla sobre la mesa.

—Perdón que no esté lista aún, una de ellas derramó todo el café y tuvieron que cambiar el mantel. A veces me pregunto si lo hacen aposta, sinceramente... —dijo, echando con una mirada despectiva al grupo de chicas que estaban terminando de colocar las tazas y los aperitivos.

Unos minutos más tarde, llegaron las últimas invitadas, y pudimos por fin instalarnos alrededor de la mesa. Parecía que los sitios ya estaban asignados, así que esperé pacientemente para sentarme la última, ocupando la silla que quedó libre. Las jovencitas sirvieron café y luego se retiraron, dejándonos solas. Yo sentía una ligera expectación. Al estar en un ambiente totalmente femenino, sin la sombra de nuestros maridos acechando por las esquinas, pensé que quizás mi anfitriona y sus amigas se atrevieran a tocar temas más sensibles de lo habitual, más profundos, y no solo cotilleos y habladurías. Para mi desasosiego, estaba totalmente equivocada: los temas eran los mismos que durante las fiestas, solo que sin miedo a ser escuchadas, cambiando los susurros a media voz por voces a pleno pulmón.

—Pues las malas lenguas dicen —empezó Teresa, cogiendo la taza de café y cruzando las piernas, relamiéndose con la exclusiva que estaba a punto de soltar— que la mujer de Emeterio no puede tener hijos y que están pensando adoptar uno, pero recién nacido para que no se note el cambiazo. —Coronó la bomba con un sorbo de café, ocultando momentáneamente la cara.

El chismorreó desató los comentarios cruzados, que como en un duelo propio de las películas de vaqueros, iban y venían sin darme tiempo a reaccionar, aunque tampoco es que tuviera ganas. Siendo mi vida social prácticamente inexistente y mi interés por la vida pública más pequeño aún,

desconocía los nombres que se citaban en aquel momento. Me incliné hacia Margarita, que gracias a Dios estaba sentada a mi derecha.

—Emeterio es el responsable principal de SA González, una de las vidrieras más importantes de toda España —me susurró.

—Gracias —le susurré de vuelta, con una sonrisa cómplice.

La conversación siguió en un tono parecido, sacando los trapos sucios de toda la clase alta local y con Margarita haciendo de intérprete. Después de un rato, mi cerebro desconectó. Empezó a vagar por las profundidades de mi mente, que, gracias a los años de experiencia, se había vuelto bastante extensa, y por suerte para mí, tras veinte años de búsqueda, aún no había encontrado sus límites. Mientras mi cerebro se encontraba a la deriva en los mares de mis pensamientos, una barca se acercó hacia él. En ella, Julio Verne en persona, con su barba blanca y sus ojos claros, dejó de remar para dedicar un saludo a mi cerebro cuando se cruzaron cada uno en una barca. Fue entonces cuando volví en mí al salón de María Sonsoles y la busqué con la mirada. Estaba sentada un par de sillas a mi derecha. Me incliné hacia atrás para conseguir vía libre entre mi potencial interlocutora y yo.

—¿Sonsoles? —Se giró hacia mí con una sonrisa—. ¿Dónde me habías dicho que estaba el baño?

Me escabullí de la mesa sin hacer ruido. Empujé con disimulo la puerta del despacho y me deslicé dentro. Frente a la librería de Manuel fui orientando mi cabeza de un lado a otro para poder leer los títulos de los lomos. Un par de ellos llamaron mi atención. Saqué el primero de ellos con cuidado. Era un tratado de económicas. Deslicé sus páginas ante mi cara, aspirando el aroma a humo y tabaco. Probablemente ese volumen acompañaba a su dueño en largas noches de trabajo. Curioseé un poco el contenido, en algunas partes

comprensible, en otras, demasiado avanzado para mis conocimientos. Devolví el libro con cuidado al hueco que había dejado huérfano entre sus congéneres. Luego cogí el otro que me había llamado la atención: *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne. Miré la portada con gesto nostálgico, como quien revisa fotos antiguas. Estaba encuadernado en terciopelo color esmeralda, con unos detalles de un barco en la portada y de una cueva en la contraportada. Lo abrí, aspirando nuevamente el olor. Ese libro olía a infancia y libertad. Lo cerré con mimo. Evoqué vagamente el día que leí *Viaje al centro de la Tierra*, y el recuerdo arrancó una sonrisa a mis labios. Lo dejé con cuidado en su sitio, sin necesidad de verificar su contenido. Conocía la historia de principio a fin. Simplemente me había hecho gracia verlo allí, rodeado de tanto libro técnico. Un explorador con chaleco y sombrero en medio de una reunión de economistas. Seguí revisando por encima el resto de libros hasta que una voz a mi espalda me sobresaltó.

—Azucena, ¿estás bien? —Margarita había aparecido silenciosamente en el quicio de la puerta del despacho y me miraba con las cejas fruncidas.

—Sí, sí, perfectamente —respondí, con el corazón acelerado, cerrando el tomo que tenía entre mis manos y devolviéndolo disimuladamente a su sitio —. ¿Por qué?

—Como tardabas tanto el volver del baño, pensábamos que te había pasado algo...

Yo sabía que estaba siendo demasiado indulgente con este «pensábamos» (probablemente nadie más en la mesa se hubiera percatado de mi ausencia), pero aun así agradecí una vez más su preocupación por mí.

—¡Ah, no, no! ¡Tranquila! Al volver del baño me llamó la atención la librería y simplemente quería echarle un vistazo, pero ya he acabado.

¿Vamos?

De vuelta a la mesa, efectivamente, mis sospechas eran ciertas: nadie en la mesa se había percatado de mi ausencia. La charla seguía con su verborrea habitual.

Al volver a casa y comentar la sesión, Norman decidió que era buena idea que siguiera asistiendo. «Quizás así aprendes algún truco para quedarte embarazada». Algunas de las mujeres de la empresa lo estaban y otras ya tenían hijos. Una parte de mí se consolaba diciéndome que por lo menos era una manera de poder salir, mientras la otra se lamentaba de no poder estar en casa tranquila, en vez de tener que escuchar barbaridades. Pocas veces abría la boca. Aprendí a mimetizarme con el entorno, convertirme en un mueble más; recuperé las habilidades que había adquirido durante años en el despacho de mi padre y las puse en práctica. En ocasiones imitaba los gestos del resto, riéndome cuando las demás lo hacían o poniendo cara de interesante cuando el chisme subía de tono. Era un cactus en medio de un campo de delicadas florecillas. Desentonaba totalmente, molestando en ocasiones con mis espinas y mi apariencia diferente, y por eso intentaba hacerme lo más pequeña posible.

Las únicas pertenencias personales que me llevé de casa de mis padres fueron mis libros, incluidos algunos que mi padre disimuló furtivamente en el ajuar que mi madre había dejado preparado, una mezcla de ejemplares de su colección personal y otros comprados específicamente para la ocasión. Durante muchos años, la casa no tuvo nombre, solo fue después de la muerte de Norman que le puse El Olivar. Luego comprenderás por qué.

Recorriendo los pasillos por primera vez, encontramos la salita. Al ser un espacio tan reducido, demasiado pequeño para un buen despacho, le pregunté

a Norman si podía utilizarla yo. En aquellos momentos los votos del matrimonio estaban recientes y Norman mantenía aún su carisma.

—Mmmm, claro. —Dubitativo, no las tenía todas consigo, hasta que se le ocurrió una idea—. Podrías utilizarla como habitación para el niño.

—Yo había pensado algo más como... una sala de lectura. O un pequeño despacho, quizás pueda postular para un puesto en alguna de las empresas locales. —Norman frunció ligeramente el ceño.

—Pero ¿para qué necesitas una sala de lectura? Puedes leer en cualquier parte. Mejor guardarla para el bebé, o para poner la máquina de coser y esas cosas —dijo obviando mi propuesta de buscar un trabajo. Luego me acarició la barbilla—. Bueno, no tenemos ninguna prisa, ya veremos lo que hacemos con ella. ¡Acabamos de llegar!

Finalmente, la máquina de coser estuvo unos cuantos años en esa habitación y mi propuesta de encontrar un trabajo fue eclipsada por la maternidad, aunque quedaran unos cuantos años para llegar a ella. Tendría que esperar aún más años para ver esa habitación cubierta de libros, tal y como está ahora.

Las semanas pasaron y un jueves cualquiera, saliendo de una de aquellas soporíferas reuniones, me di cuenta de que mi vida estaba adquiriendo una monotonía que hubiera hecho temblar a aquella exploradora que se hacía castigar por la implacable regla de la Hermana Angustias. Necesitaba volver a respirar, aunque aún no sabía cómo.

Caminando junto a Candela, una de las chicas del servicio que me acompañaba para no volver sola a casa, una idea se me pasó por la cabeza: no era gran cosa, pero una exploradora necesitaba conocer lugares nuevos, por banales que fueran. Le comenté a mi acompañante que quería aprovechar el

buen día que hacía para dar una vuelta más larga de lo habitual antes de volver a casa. Decidida, me puse a caminar intentando elegir calles por las que no hubiera pasado nunca. En el poco tiempo que llevaba allí me había acostumbrado a pasar siempre por las mismas calles, buscando los recorridos más cortos y eficaces. Descubrí locales que no había visto nunca, tiendas preciosas y edificios con magníficas barandillas de metal, con diseños intrincados pintados de blanco. En una de esas calles nuevas para mí, un pasaje estrecho con una mercería que hacía esquina, pasamos por delante de un café. Un cartel en la vitrina llamó mi atención y me quedé unos segundos de pie en la acera, mirándolo.

Esa noche, en la cama, la imagen del cartel aún daba vueltas en mi cabeza. Lo haría durante varias semanas, hasta que decidí actuar.

Una tarde de febrero, cuando Gabriela llegó a El Olivar, la puerta estaba entreabierta para ella. Entró gritando un «buenas tardes» hacia el interior. Deliberadamente, se entretuvo en el pequeño vestíbulo de entrada: había llegado algo pronto y aún faltaban unos minutos para las cinco. Hoy era primordial la puntualidad germánica. Tras remolonear unos instantes, llamó a la puerta de la salita con los tres toques de costumbre. Saludó a la señora Parks. La tarde anterior habían terminado una novela de Susan Hilton bastante finita, que no les había llevado más de tres días, y Gabriela se ofreció para elegir el próximo viaje literario.

—Es que el otro día vi un título que me intrigó un montón y tengo curiosidad por saber de qué va la historia —se excusó.

—Sí, sí, claro. Sin problema. Te dejo elegir. —La señora Parks se quedó sentada mientras Gabriela disimulaba entre las estanterías, ya que sabía con toda seguridad dónde estaba el libro que quería coger. Se hizo un poco más la remolona y finalmente sacó uno de los volúmenes, unas setecientas páginas, las pastas de color dorado y con ilustraciones de pequeños dragones azules en la portada.

La señora Parks torció el gesto: ese libro le sonaba de algo.

—¿Cómo se titula?

—*El legado de Dornibur*. —Al escuchar el título, la señora Parks mostró su descontento.

—Ya te dije hace un par de meses que ese libro...

El *ring* del teléfono la cortó a media frase, un invitado bastante maleducado. Sin embargo, la señora Parks agradeció en esta ocasión la interrupción. «Menos mal», pensó para sus adentros, mientras se levantaba y

se alejaba lentamente de la situación. No entendía por qué la chica lo había vuelto a coger, si la última vez había dejado bien claro por qué no quería leer ese volumen en especial. Y no era porque no hubiera libros donde escoger... «¿Es que no me prestó atención la otra vez?». Al llegar al aparato, que llevaba ya un rato sonando, la señora Parks descolgó con parsimonia.

—¿Sí?

—«Las murallas de la ciudadela habían caído, pero nuestros cuerpos seguían en pie. La única verdad...».

La señora Parks se separó el auricular de la oreja, mirando la rejilla por la que salía la voz con gesto confundido, el entrecejo en tensión. Volvió a pegarse el auricular. La persona al otro lado de la línea no había dejado de hablar, pero utilizaba un tono extraño. No tenía el soniquete de los vendedores de publicidad, ni utilizaba frases o preguntas cortas como se esperaría en una conversación telefónica. Más bien, parecía que estaba... leyendo.

—«... correteaban entre los destrozos, luchando con espadas de madera y lanzándose sortilegios inventados. Clye y Digrad aparecieron en la estepa, uno de cada lado. Caminaron con paso tranquilo y una vez llegaron al centro, se estrecharon las manos primero, acabando en un abrazo emotivo después».

Fue sobre todo la mención de los dos personajes principales, una pelirroja guerrera y un escriba de cuerpo orondo y barba lapidaria, la que dio la última pista a la señora Parks. La primera había sido ese tono inconfundible, esa voz que parecía sacada de la escena de un teatro. Al escuchar esa tonalidad pronunciar esos dos nombres sus neuronas conectaron y le asignaron por fin una cara a la voz que salía a través del auricular. Una voz que, a pesar de los años pasados, era inolvidable. Solamente la ligera distorsión de la línea

telefónica y la certeza casi plena de que nunca la volvería a oír la habían hecho dudar, pero ahí estaba de nuevo.

—¿Iván?

—¡Hombre, señora Parks, menos mal! —Iván se rio—. Un poco más y me leo el primer capítulo de una sentada. Me alegro de que se acuerde de mí.

—Pero ¡cómo no me voy a acordar de ti! —exclamó la mujer, mirando hacia la entrada, la cara del joven volvía a su mente—. ¿Quién te ha...? ¿Cómo has...?

—Hombre, hombre... —se rio el joven—, dejando a la señora Parks sin palabras, ¡todo un logro! Esta noche cuando llegue a casa me voy a colgar una de mis antiguas medallas al cuello.

—¿Por qué me has llamado? —consiguió articular, cogiendo el auricular con mimo, acunándolo entre sus manos, como si así cogiera las manos de Iván entre las suyas, sonriendo al recordar el buen humor del que presumía.

—Un pajarito me ha dicho que tenía usted un libro pendiente por leer, y no le iba yo a dejar con la intriga de saber cómo acaba, ¿no? —respondió socarrón al otro lado del teléfono.

Fue entonces cuando la señora Parks se dio cuenta. Giró sobre sus talones y vio a Gabriela de pie, apoyada en el quicio de la puerta, brazos y piernas cruzadas, y una sonrisa pícaro en el rostro. La joven se permitió hasta guiñarle un ojo.

—¿Y esto? —preguntó la señora, levantando el auricular con una mano y señalándolo con el índice de la otra.

—Hace tiempo fui a la biblioteca y me leí la primera parte, *Dornibur* —explicó Gabriela, encogiéndose de hombros y acercándose hacia la señora

Parks—. Y la verdad que la autora deja el final bastante el aire... Yo no me quería quedar con la intriga de saber lo que pasa en la segunda y tercera parte, así que me supuse que usted tampoco. Y si yo no le podía leer el libro, pues había que buscar a Iván, ¿no?

Gabriela había obviado mencionar la pena tan grande que le había transmitido la anciana cuando le había dicho que esa saga la había empezado a leer con Iván y, aunque no se lo dijera literalmente, que o la leía con él o con nadie. Ya le parecía bastante triste estar rodeada de tanto libro sin poder leerlo por sus problemas de vista, como para que encima tuviera libros «descatalogados».

La boca de la anciana se ensanchó en una gran sonrisa, pura, sincera, una vez que la sorpresa dejó de hacer efecto; una sonrisa imposible de contener, un reflejo de lo que siente el alma. Unas lágrimas de emoción quisieron hacer su aparición estelar para coronar el momento que estaban viviendo en aquel pasillo, pero la voz desde el teléfono volvió a hacer acto de presencia.

—Bueno, siento cortar el rollo emotivo que estaréis teniendo en este momento —interrumpió Iván por la línea—, pero solo tengo un par de horas de descanso en el trabajo y este libro no se va a leer solo.

La señora Parks se rio. Iván seguía siendo el mismo bufón de siempre, un chaval (quizás ya no tan chaval), atrevido y diestro con las palabras. Directo.

—Espera —interrumpió ahora Gabriela, haciéndole un gesto con la mano abierta a la mujer. Cogió el auricular del teléfono de cable y se lo pegó a la oreja—. Vamos a hacerlo más cómodo. Llámame al móvil, que así nos podemos sentar en la salita.

Tras obtener la aprobación de Iván, Gabriela colgó y segundos después sacó el móvil vibrando del bolsillo, que ya tenía el letrero de «Iván señora

Parks» en la pantalla.

—¡Hombre! ¡Cuánto tiempo! —saludó de nuevo Iván al descolgar.

A Gabriela se le escapó una sonrisa. En los meses que había chateado con él por Facebook ya se había dado cuenta de cómo era, pero cada vez era capaz de sorprenderla un poco más. Decididamente, ese chaval era un pelín payaso. Le extrañaba que se hubiera sentido atraído por el teatro, cuando lo que de verdad le pegaba era el circo.

Las dos mujeres se instalaron en sus respectivos sillones. Gabriela posó el móvil encima de la mesita, junto a la lámpara, y le dio a un botón.

—Te he puesto en altavoz. Así es más cómodo y te podemos oír las dos —explicó Gabriela al aire.

—Perfecto. ¿Retomo entonces desde el principio, señora Parks? —La señora Parks asintió con la cabeza, hasta que se dio cuenta de que Iván no podía verla.

—Sí, sí, por dónde quieras.

—Instálense entonces. Despegamos.

Iván dejó en ese momento de lado toda la socarronería y puso un tono serio, no solemne, pero sí pausado y calmado. Empezó de nuevo su narración, con la que había saludado a la señora Parks cuando esta había descolgado el auricular. La mujer cerró los ojos, con el libro de rigor en las manos, y se dejó llevar, una leve sonrisa todavía fijando sus labios. Gabriela, en la otra butaca, atendía a la lectura con el libro abierto en su regazo, siguiendo el texto como los estudiantes que siguen el recital de la maestra. Se le hacía ligeramente extraño estar siguiendo el texto y no tener que leer en voz alta.

Iván tenía un don, sin duda. Gabriela nunca había acudido al teatro, pero se le notaban las tablas: recitaba el texto sin faltas, sin traspiés, como si se lo conociera de memoria. Envidió su técnica. Ella, a pesar de llevar meses leyendo en voz alta en aquel mismo butacón, se seguía trabando a veces o tenía que volver a empezar la frase porque se había perdido entre tanta coma y tanto sentido. La envidia hizo crecer una pequeña semilla en su interior: seguro que Iván se había leído el libro antes y por eso recitaba con tanta fluidez. La semilla pereció rápidamente, ahogada por la realidad: sencillamente tenía más experiencia en la tarea, una voz cautivadora y más talento. No se iba a fustigar con eso.

Tras unas cuantas páginas, Gabriela levantó brevemente la mirada y vio que la señora Parks no era capaz de quitarse la sonrisa serena de paz que decoraba sus labios. Envidiosa, cerró también los ojos e, imitando el ejemplo de la anciana, se dejó llevar por la voz de Iván.

Un par de horas después, cuando el reloj de cuco dio las siete, Gabriela abrió los ojos. «Guau», se sorprendió, «sí que se ha pasado rápido». Cuando era ella la que leía, la sequedad en la boca y el cansancio que se iban acumulando le iban haciendo consciente del paso del tiempo, por mucho que estuviera disfrutando la historia. Se dio cuenta de que así, con los ojos cerrados, era como estar viendo una película. Totalmente inmersa en la historia, se había imaginado claramente a los personajes y los escenarios, como cuando era ella la que leía para sí misma.

—Y con esto y un bizcocho... hasta mañana a las ocho no, que trabajo. Hoy porque era un día especial y le he pedido a un *compi* que me cubriera durante esta hora. Ya miraré cómo me organizo los turnos. Voy a intentar hacerlo todo lo a menudo que pueda, hasta que acabemos el libro, pero no

podré llamar todos los días. Además, ¡la conferencia nos va a costar un ojo de la cara!

—Por eso no te preocupes —le tranquilizó la señora Parks—, la llamada corre a mi cuenta.

—Bueno, ya la llamaré otro día entonces y la pongo al día. ¡Buenas tardes, querido público! —Y colgó.

Incluso una vez que su voz ya no se oía en el ambiente, las buenas vibraciones que había transmitido Iván seguían flotando en la estancia. Gabriela separó la mirada del móvil, que había cogido para metérselo en el bolsillo, y se encontró de frente con los ojos de la señora Parks, que la miraban agradecidos. Las lágrimas que antes habían intentado salir parecían querer volver a escaparse.

—Muchísimas gracias... —La mujer dudó un instante. Respiró profundamente—. ¿Te puedo dar un abrazo?

—¡Claro! —Gabriela se levantó y se inclinó hacia la mujer, que la rodeó con los brazos, apretándola suavemente contra sí.

—Gracias —volvió a decir la mujer otra vez, susurrando en el pelo de Gabriela, de forma que las palabras fueron ininteligibles para la joven—, hacía años que nadie había tenido una sorpresa así conmigo.

Gabriela disfrutó aquel abrazo con los ojos cerrados. Al abrirlos, se miró la muñeca y la hora que daba el reloj. ¡El autobús!

—¿Mañana, a la misma hora? —preguntó, separándose rápidamente de la anciana.

—Si quieres, mientras estemos con este libro no hace falta que vengas. Puedo sacar una silla a la entrada y escuchar por el auricular.

—¡No, hombre, no! —refutó Gabriela—. Ahora que yo también estoy enganchada al libro, ¡quiero saber cómo acaba! Además, no se está tan mal del otro lado de la lectura —bromeó.

La señora Parks asintió, haciéndole un gesto para que se marchara: la chiquilla iba a perder el bus. Aun cuando la joven ya se había ido, la anciana seguía degustando el sabor que había dejado la historia en su mente y la voz de Iván en sus oídos. La historia y el gesto de Gabriela. Arrellanada en su sillón, se regocijaba en la sensación que había dejado aquel gesto en su ser. No había mentido. Hacía años que nadie había tenido un detalle de esa índole con ella, una sorpresa de esas características. La última persona que había tenido un detalle así ya no estaba en este mundo, y, al recordarla, se le llenaron los ojos de lágrimas, esta vez amargas. Lloró una mezcla de lágrimas de alegría por volver a escuchar la voz de Iván y saber que aquella chiquilla la tenía en tan alta estima; y lágrimas de tristeza por aquellos que ya no estaban y que nunca volverían. Una vez todas las gotas saladas encontraron su camino fuera del cuerpo y rodaron sin freno por sus mejillas, la señora Parks se levantó para coger un pañuelo y borrar todo rastro de sentimientos de su cara.

Mientras estaba en la habitación, sonándose los mocos, pensó que la chica debía de haber removido viento y marea para poder encontrar al chaval, sabiendo encima que se había mudado al extranjero.

Realmente tampoco había sido tan complicado. Con una pizca de suerte, las maravillas de internet y la facilidad de tener dos apellidos tan característicos como Rojo y Borbón, a Gabriela le había costado solamente un par de visitas a la biblioteca.

Con uno de los ordenadores, se había inscrito en una nueva plataforma llamada Facebook y había tecleado «Iván Rojo Borbón» en la barra de búsqueda. Al principio se descorazonó un poco, al no aparecer resultados. ¿Y si quizás no se había inscrito? Hacía poco que había llegado a España... Probó entonces solo con el primer apellido: Iván Rojo. Ahí tuvo más suerte: demasiada. Salió una lista interminable de nombres, pero Gabriela, determinada a encontrarle, fue entrando uno por uno en todos los perfiles. Si la señora Parks no se equivocaba, Iván había nacido en León y había estudiado enfermería en la Universidad de Málaga. No podría haber muchos así.

Fue entrando en varios perfiles. Algunos no tenían fotografía y otros ningún dato sobre lugar de estudios o de nacimiento. Así que la segunda pizca de suerte fue que Iván, el Iván que Gabriela estaba buscando, lo había puesto todo: dónde había nacido, en qué instituto había estudiado, dónde había hecho enfermería e, incluso, foto de perfil. Gabriela, sin vergüenza ninguna, ya que su perfil era totalmente anónimo, le escribió al chaval sonriente que aparecía en la foto, que sería ya un treintañero, un mensaje algo peculiar. Por suerte, y sobre todo por su forma de ser, Iván no dudó en responder a un mensaje de un usuario recién registrado, sin foto de perfil y sin seguidores, que le preguntaba si hacía unos años leía para una anciana que vivía en una antigua casa llamada El Olivar. Dando gracias a Dios por no confundirse de Iván, Gabriela recibió rápidamente una respuesta. Tras una breve charla y confirmar que estaba hablando con el «verdadero Iván», le preguntó si sería posible que leyera ese libro para la señora, y él aceptó encantado.

Como actualmente estaba trabajando en Suecia y sería bastante complicado desplazarse solamente para unas cuantas sesiones de lectura,

decidieron hacerlo por teléfono. Iván se buscó la vida para conseguir el libro en español, lo que le llevó varios meses y, en cuanto lo tuvo, escribió a Gabriela. A Iván le venía muy bien porque esa franja horaria en el trabajo era bastante tranquila: no solían tener tratamientos que poner y como mucho solo había papeleo a rellenar. Era tan tranquilo que incluso algunos compañeros leían en la sala destinada al personal, aunque ninguno quería que el jefe de planta llegara y les pillara *in fraganti* (aunque no tuvieran igualmente nada mejor que hacer). Se organizó con Killian, uno de los compañeros de trabajo con los que mejor se llevaba, para que le cubriera las espaldas durante ese par de horas.

Luego solo tuvieron que esperar hasta que Iván consiguió el libro, y rápidamente se organizaron para ese jueves. A partir de ese día, Iván advertía a Gabriela por un mensaje de su disponibilidad y desde ahí organizaban las sesiones con la señora Parks. El resto de días, la anciana accedió a empezar un libro diferente para no tener que depender del enfermero para disfrutar de una tarde de lectura.

Durante las sesiones con Iván, Gabriela lanzaba de vez en cuando miradas furtivas a la anciana, y se le contagiaba la expresión de felicidad que coronaba su rostro. Pensó si también sonreiría cuando leía ella, y si el hecho de escuchar la voz de Iván le llevaba a unos años en los que hubiera sido más feliz. Entre cuestiones organizativas, Gabriela e Iván chateaban sobre temas más personales. Cuando se le ocurrió preguntar por detalles de la vida de la señora Parks, Iván estaba igual de perdido que ella. «En las sesiones nos dedicábamos a leer o a hablar de libros», respondió él ante la pregunta. A Gabriela siempre le sorprendía la falta de información que dejaba caer la mujer sobre su vida personal. Aún no tenía claro si era viuda, quizá nunca hubiera llegado a estar casada. ¿Tendría hijos? ¿Por qué no tenía fotos de

ellos? Una chispa de intriga se encendió en su interior, iluminando una pregunta que se hacía cada vez más incisiva.

¿Quién era realmente la señora Parks?

Nunca había estado en un club de lectura. Es más, normalmente solo comentaba los libros que leía con mi padre, y a veces ni siquiera eso. Sin embargo, tras haber visto el cartel que anunciaba un club de lectura femenino, me apasionó la idea de juntarme con otras mujeres que tuvieran los mismos gustos que yo, las mismas aficiones; poder conversar de los libros que leía. Me parecía una idea espectacular.

El libro que aparecía en el cartel era *La metamorfosis* y por lo que le habían dicho a Candela, la chica que me acompañaba aquel día y que había enviado a preguntar, había que llevar un ejemplar propio, como suponía. Me acerqué yo misma a la Librería Central. Tuve la suerte de que aún contaban con un ejemplar, el último libro que quedaba de una comanda que habían realizado recientemente.

Para mi regocijo, el club de lectura coincidía con la reunión semanal de las otras mujeres de la empresa: los jueves por la tarde. Me alegré de tener una excusa para evitar esas reuniones banales, aunque sentí una pizca de pena, sobre todo por Margarita.

La noticia bullía de emoción en mi interior, deseosa por salir. Sin embargo, no tenía a quién contárselo. Si Norman se enteraba, tenía la sospecha de que se enfadaría muchísimo, y Margarita, la única de las mujeres con la que tenía la suficiente confianza como para hablar de esas cosas, quedaba descartada. Si un día por descuido se le escapaba con el resto, Norman se acabaría enterando. No quería cargarla con esa responsabilidad.

Un miércoles por la tarde, el día antes de mi primera asistencia al club, comencé a leer el libro. No había querido cogerlo antes, ya que en el cartel especificaban que en esa primera sesión solo se comentarían los tres primeros

capítulos, y desconfiaba de mi capacidad de autocontrol. ¿Sería capaz de leer solo tres capítulos y luego dejar el libro posado a un lado? Pues sí. Tirando de mucha disciplina, acabé esos tres capítulos y dejé el libro posado en la mesita, para evitar la tentación de tenerlo entre las manos y querer seguir leyendo. Levanté la vista. Candela estaba limpiando el polvo, de espaldas a mí. En un momento dado, bajó el plumero y se quedó embelesada mirando los libros que recorrían las estanterías.

—Si quieres leer un día uno, te lo presto sin problemas. —Mi comentario la sobresaltó y se giró con los ojos como platos, pidiendo perdón con las manos—. No, no, tranquila. Lo digo totalmente en serio.

Candela se quedó unos segundos más conteniendo la respiración, y cuando vio que iba en serio, se relajó y sus facciones se suavizaron. Tras unos instantes, se volvió a girar hacia la estantería, con el plumero cayendo suavemente a su costado, y dijo una frase con tono triste. Le pedí que la repitiera.

—Dije que me encantaría, señora, pero que no sé leer. —Abrí los ojos como platos—. Solo fui un par de años a la escuela.

Ese día descubrí que Candela y yo teníamos la misma edad. El tiempo, sin embargo, no había sido indulgente con ella y a sus veinticuatro años parecía que me sacaba diez o quince. Ese día, gracias a la confianza que le había dado mi comentario y a que Norman estaba fuera en una reunión de trabajo, me confesó que venía de un pueblo en la montaña, en el que se había dedicado desde que tenía uso de razón a cuidar a sus hermanos pequeños, cumpliendo el papel de madre, fallecida al dar a luz al benjamín de la familia. Con tres niños a su cargo, de cuatro, dos y unos pocos meses, dejó la escuela, apenas con ocho años, y aunque había aprendido ya unas cuantas letras, la falta de

uso había terminado por borrarlas de su mente. Cuando sus hermanos crecieron, decidió bajar a la ciudad para poder conseguir más dinero, ya que el trabajo de su padre no daba para alimentar a los cinco. Tener trabajo le permitía a su padre, por un lado, tener una boca menos que alimentar, y por otro, un sueldo aparte con el que completar la economía familiar, contribución a la que Candela no fallaba ni un solo mes, desde hacía seis años.

Después de su confesión, una mezcla de pena y vergüenza se entremezclaron en mi interior. A mis ocho años, mis únicas preocupaciones era no hacer enfadar a mi madre ni a las monjas. Me imaginé teniendo que cuidar a tres niños con esa edad y me recorrió un escalofrío. Aunque no fuéramos amigas, me sentí tremendamente orgullosa de ella. Llevaba trabajando desde los dieciséis años para sacar adelante a sus hermanos y me reveló con una sonrisa que los tres acudían a la escuela. Envalentonada por su propia sinceridad y a pesar de que la diferencia social que nos separaba (o precisamente gracias a ella), le conté mi intención de acudir al club de lectura. Cauta, no mostró demasiada emoción, aunque sus labios se curvaron formando una sonrisa. «Qué bien», me dijo.

En ese mismo instante, se me ocurrió una idea. Le pedí que me cubriera para ir al club de lectura: si alguien le preguntaba, incluido Norman, tenía que decir que estaba tomando café con las mujeres del bufete. Al oír su nombre, Candela se puso en tensión y contuvo la respiración. Entendía su miedo. Si conmigo era severo, con el personal de servicio aún más. Sin embargo, le hice una oferta que merecía la pena el riesgo.

—Si tú me cubres, yo dedico todos los días un rato a enseñarte a leer. — Los ojos de Candela se iluminaron y esta vez sí mostró una sonrisa sincera,

emocionada. Me cogió las manos con ansia. Las soltó al instante, las mejillas rojas por la vergüenza de un gesto tan espontáneo.

—¿De verdad?

—De verdad. Será nuestro club de lectura particular —respondí yo, con una sonrisa.

Candela se echó a mis pies. La levanté rápidamente: no quería montar una escena y que el resto se enteraran. Le hice prometer que sería un secreto entre ella y yo. Asintió rápidamente, con un gesto cerrándose la boca con llave y luego simulando que la lanzaba lejos, lo más fuerte posible. Estaba pletórica.

Candela me cubrió durante meses. Yo iba al club de lectura, mientras Norman y el resto del servicio pensaban que estaba tomando café con las mujeres del bufete. En las pocas ocasiones en las que Norman llegaba antes del despacho y preguntaba, Candela era la que respondía. Ella era la que «sabía» todos los detalles, por si Norman se ponía a preguntar, cosa que era totalmente improbable. Nunca se le ocurriría hablar con sus asociados de otra cosa que no fueran negocios. O, al menos, nunca se le ocurriría preguntar por nosotras.

En resumen, mi coartada estuvo a salvo tras la indiferencia de Norman respecto a todo lo que tenía que ver conmigo, exceptuando el tema de tener hijos, asunto que siempre levantaba asperezas entre ambos. Así, tras meses de estar perdida en mi propia vida y sin saber por qué me levantaba cada mañana, me armé de valor y acudí al club de lectura.

Aquel primer día empujé la puerta, haciendo sonar la campanita que colgaba del techo, dispuesta a delatar a cualquier cliente que entrara en el café. En esa ocasión, el tintineo fue totalmente inútil, ya que todas las asistentes estaban dispersas en grupos, enfrascadas en unas conversaciones

que se desarrollaban animadamente. Aspiré con fuerza el aroma de la estancia, agarrando con decisión mi ejemplar de *La metamorfosis* y calmando mis nervios. Una mujer salió de la parte trasera de la barra dando palmadas, sin darse cuenta de mi presencia.

—¡Venga, que son las cinco! ¡Empezamos!

Yo, un poco perdida, miré discretamente al resto para saber qué tenía que hacer. Siguiendo el ejemplo de las demás, cogí una de las sillas puestas a nuestra disposición en una de las esquinas del café y me coloqué en círculo. A pesar de estar sentadas, las otras seguían charlando en susurros, como los alumnos que esperan en clase la llegada de la profesora. Yo miraba atenta todo lo que me rodeaba, asimilando todos los detalles de aquel día y con un temblor incontrolable en la pierna derecha, muestra de mi nerviosismo. La mujer que había llamado al orden fue la última en sentarse.

—Bueno, chicas, vamos a empezar —dijo, mientras estiraba las tablas de su falda y posaba un ejemplar encima de las rodillas—. Primero de todo, gracias por asistir a estas sesiones. Sin ustedes, nada sería posible. En segundo lugar, veo que tenemos caras nuevas. Bienvenidas —remarcó, dirigiendo una sonrisa acogedora a mí y otra a una chica con vestido azul claro de escote redondo y pelo oscuro semirecogido, sentada un par de sillas a mi izquierda—. El mes pasado leímos *Fortunata y Jacinta* y para esta ocasión hemos elegido *La metamorfosis*, de Franz Kafka. Habíamos previsto leer los tres primeros capítulos. Vamos a leer algunos fragmentos para ponernos en situación —dijo, cruzando las piernas y abriendo el libro, buscando una página en concreto—. ¿A alguien le gustaría empezar? ¿Dejamos el turno a las nuevas?

Un asentimiento general nos puso en el punto de mira. La chica de azul y yo nos miramos.

—Empiezo yo. —Hacía años que había esperado tener una oportunidad parecida, de poder hablar y leer libros con otras personas como yo, y no la quería desaprovechar.

Cuando empecé, me di cuenta de que había perdido el ritmo de leer en voz alta. Haciendo memoria, recordé que la última vez que lo había hecho era cuando las monjas nos obligaban a leer determinados pasajes de la Biblia en el estrado. Hacía años que no había «practicado». Aunque en mi mente sonaba fluido, en el aire sonaba a trompicones, como si la fluidez se hubiera quedado enganchada entre mis dientes. Sobrepassando la molestia que me generaba no estar haciéndolo bien, me concentré en el texto. Sorteé como pude el desafío y sonreí nerviosa cuando llegué al punto que me habían marcado.

El resto me miraron con sonrisas benevolentes y paseé la mirada por todas ellas, agradecida. Sin embargo, mis ojos se quedaron enganchados en una de aquellas miradas, como si de un anzuelo se tratase. Unos ojos azules, casi transparentes, me sonreían desde la otra punta de la sala. Una joven con vestido largo rojo, maquillaje modesto y que emanaba paz de una forma difícil de explicar era su dueña.

Leímos otros pasajes de los tres primeros capítulos y los comentamos en voz alta, siguiendo las preguntas de la maestra de ceremonias cuando el intercambio decaía. Más o menos todas las mujeres hablaban por igual, cediéndose los turnos. Una niña pequeña gritaba de emoción dentro de mí, aunque por fuera mantuviera la compostura. Hacía tantos años que buscaba algo así, un grupo en el que me sintiera realmente integrada. Las otras

mujeres compartían puntos de vista muy interesantes, y se formaban pequeños debates amistosos, en los cuales, sin lugar a dudas, la mujer de rojo llenaba el espacio más que el resto: hablaba de una manera tan calmada, como si tuviera tan claro que lo que decía era una verdad rotunda —con pasión pero a la vez con entereza— que encandilaba al resto. «Qué ingenioso», pensé en un par de ocasiones. «Qué bien habla», me decía cada vez que una compañera recuperaba el turno.

De repente, el reloj dio las siete. ¡No podía ser! ¡Se me había pasado volando! En comparación con las otras reuniones, en las que el tiempo parecía alargarse en longitudes que desafiaban las leyes de la física, en esta ocasión tenía la sensación de que hacía solo unos minutos que había alzado la voz para leer. Me sentí tan bien habiendo podido expresar mi punto de vista en algunas ocasiones y escuchando al resto en otras, que deseaba quedarme en aquella sala para siempre. Desgraciadamente, el resto de mujeres se levantaron para colocar las sillas en un rincón y tuve que seguirlas. Como un pequeño *déjà vu*, volvieron a formar corros, charlando de nuevo sobre el libro y sobre sus vidas.

En esta segunda ocasión ya no permanecí al margen y me integré en un grupo conformado por mis vecinas de silla. Varias de las mujeres se acercaron a nuestro pequeño grupo para presentarse y yo les agradecí el gesto. Era muy considerado por su parte. Entre comentarios y presentaciones pasaron los siguientes minutos, hasta que la mujer de rojo se paró frente a mí.

—Creo que aún no nos han presentado —dijo ella, con la sonrisa más pura que he visto hasta hoy. Aún no lo sabía, pero ese iba a ser un momento clave en mi vida. Un antes y un después porque, tras conocerla, todo en mi vida

cambió. Nos dimos dos besos, le dije mi nombre—. Encantada, yo soy Eleanor.

Cautivada, nos quedamos un rato charlando, hasta que la dueña del local nos echó amablemente. «Como me pillen con el local aún abierto, ¡me llevo una bofetada de las buenas!». Al no saber a qué hora acabaríamos, le pedí a Candela que no viniera a recogerme, en parte también para que pudiera cubrirme si Norman preguntaba por mí. Eleanor y yo volvimos caminando hacia nuestras respectivas casas y descubrimos con sorpresa que no vivíamos lejos la una de la otra. La conversación se mantuvo animada hasta una esquina, cuando inevitablemente tuvimos que separarnos.

—Azucena, ha sido un placer —me dijo, tendiéndome la mano.

—El placer es mutuo —respondí yo, estrechándosela. No era ninguna formalidad. De verdad, acababa de conocer a una de esas personas que no se olvidan en la vida. Eleanor se convertiría en mucho más que eso y aún no era consciente.

Cuando llegué a casa y, cumpliendo mi parte del trato, le comenté toda la sesión a Candela mientras le enseñaba las vocales: A, E, I, O, U, le hablé también de las chicas a las que había conocido y sobre todo de Eleanor.

—Tiene pinta de ser una mujer encantadora —dijo Candela.

—Pues sí —dije yo, encandilada con aquellos ojos azules y esa aura única.

Esa misma noche, cenando, no me podía sacar al club de la cabeza, tampoco a Eleanor. Inconscientemente, se me escapaba la sonrisa tonta, que intentaba esconder cuando Norman levantaba la cabeza de su plato. Había estado en una reunión hasta tarde y había llegado a casa de malas pulgas. Por lo visto no había salido muy bien... Al menos, no se había enterado de mi ausencia. Estaba tan pletórica con la experiencia que hasta se me pasó por la

cabeza comentarle mi aventura. «Seguro que le parece hasta bien», pensé, ingenua. Él mismo cortó mis intenciones.

—Esta noche, antes de dormir, lo vamos a volver a intentar. No quiero excusas —me avisó, mientras se metía otra cucharada de sopa en la boca.

Mi aplomo cayó al suelo. Después de ese aviso, se me quitaron las ganas de todo: de comer, de contarle, de decirle. Se me borró la sonrisa de un plumazo. Asentí con la cabeza gacha y seguí comiendo la sopa, que se quedaba atrapada en el nudo de mi estómago. Había aprendido que era mejor no darle razones para estar enfadado, menos aún si después nos íbamos a la cama juntos. Aunque esta vez su enfado no dependía de algo que yo hubiera hecho, sabía que lo pagaría conmigo.

A la hora de acostarnos, me levantó el camisón con desgana y me tumbó en la cama, abriéndome las piernas con autoridad. Me penetró sin avisar, violentamente. Yo ahagué un gemido de dolor. Clavé la vista en el techo, contando las juntas de los retales del techo, esperando que se pasara más rápido. De repente se me vino a la mente Eleanor, esos ojos cálidos, esa sonrisa mullida, cómo hablaba, su forma de llenar la sala solo con su presencia, cómo transmitía a través de sus palabras...

El recuerdo de Eleanor me sirvió como evasión. Cuando Norman terminó, tan solo unos eternos minutos después, se dejó caer a mi lado, exhausto. Tras unos instantes, se levantó, se puso el pijama y se acostó. Esperé unos minutos para levantarme yo también, para asearme e ir al baño. Cuando salí, él ya se hacía el dormido. Aproveché para irme a la salita y leer un poco: quería despejar la mente antes de dormir.

Apostada en el sillón, con la luz de la mesita como única compañera en aquella noche oscura, cogí el ejemplar de *La metamorfosis*. Me di cuenta de

que, al seguir leyendo la historia, se me venían a la mente las palabras de Eleanor comentando el texto. Sus gestos, sus expresiones. Leí unas cuantas páginas y cuando los párpados empezaron a ganar la batalla, guardé el libro en uno de los cajones y apagué la luz.

Me metí en la cama con sigilo, evitando despertar a Norman, y me dormí pensando en lo bien que me lo había pasado aquella tarde en el club de lectura. Y en Eleanor. Me dormí pensando en Eleanor.

Después del fin de semana, el lunes se levantó lloviendo. Otra vez. «Hasta aquí», pensó Gabriela.

El mes de marzo había empezado con pleno: la primera semana había llovido de lunes a domingo, sin descanso, y aunque Gabriela no fuera una persona que apreciara especialmente el calor, sentía que tantos días consecutivos de lluvia le estaban minando la moral. Unos días la lluvia golpeaba con fuerza tejados y toldos, y otros era tan fina que parecía flotar en el aire. Pasando los dedos por su piel para confirmar que aún no le habían salido escamas, levantaba la vista al cielo, solo para encontrarse con el mismo lienzo grisáceo de los últimos días.

La que peor lo estaba llevando era la señora Parks. Tras el tercer día consecutivo de lluvia, cuando su energía terminó y ni siquiera tenía ganas de escuchar música, acabó resguardándose en aquel mutismo que le era tan reconfortante en los días húmedos y en el que se acabaría quedando encerrada si la situación no cambiaba.

Con todo el carácter que tenía, lo amable que era, todo el conocimiento que atesoraba ese menudo cuerpo y la poquita vida que le quedaba por delante (había que ser sinceros), no estaba para dejarse controlar por los fenómenos meteorológicos. Que le dolieran los huesos o las articulaciones era una cosa, pero estar anclada al sillón de su propia casa, sin derecho a moverse ni a vivir, simplemente por la culminación del ciclo del agua sobre su cabeza, era una injusticia.

Gabriela no sabía qué le había pasado a la señora Parks con la lluvia y tampoco quería saberlo. Ella también había vivido momentos difíciles, imposibles de compartir con los demás, a pesar de que dieran vueltas y

vueltas en su cabeza un día tras otro. Así que la joven hasta se alegró cuando, al finalizar su turno en el bar, seguía lloviendo con ganas. Era una lluvia directa, pesada, sin viento que la hiciera cambiar de rumbo, que caía con fuerza sobre los adoquines de la calle y retumbaba sobre los techos de los coches.

Pasó rápidamente por casa. Bajó al trastero. «Espero que me acuerde de dónde está», se dijo a sí misma. «Hace ya... al menos veinte años». Al traspasar la puerta metálica, le dio al interruptor y una solitaria bombilla parpadeó un par de veces antes de dignarse a emitir una triste luz blanquecina. «Parece que mamá también hace tiempo que no baja por aquí». En las estanterías se amontonaban recuerdos: libros infantiles, cajas de zapatos llenas de *por-si-acasos*, ropa demasiado pequeña, maletas jubiladas, cuadros con recuerdos demasiado grandes. Gabriela respiró hondo y se dirigió a una de las estanterías de la derecha. Trepó con dificultad por las baldas hasta que pudo alcanzar lo que quería. Tiró de ello.

Por la calle, podía sentir cómo la gente se giraba al verla pasar, con un gesto de desconcierto en la mirada. Ella, protegida por sus cascos y la música que siempre le acompañaba, hacía oídos sordos a aquellas miradas. El sentimiento que la inundaba por dentro y le impedía perder esa sonrisa que la había acompañado desde el trastero le resultaba desconocido. Quizás no totalmente, pero tras tantos años escondido bajo el polvo, al haberlo sacado desde lo más profundo de su ser, como si también hubiera estado guardado en aquel trastero, rodeado de recuerdos de tiempos en los que la inocencia no conocía límites, tenía la sensación de que nunca lo había sentido en sus carnes. Incluso así, decidió abrazarlo como a un viejo amigo. Después de años de haberse encerrado en sí misma y sentirse culpable por lo que hizo, después de todos esos años de remordimientos, sentía que podía volver a

hacer feliz a alguien, y aunque le parecía una sensación con un punto narcisista, le hacía sentirse tan bien que le daba igual.

—Pero ¿qué haces?

La señora Parks había girado la cabeza, dirigida hacia el ventanal que mostraba aquella lluvia que parecía no tener fin, para encontrarse a Gabriela, recién llegada a la salita, equipada con nevera de playa, un hinchable, toalla, sombrilla, un chubasquero y la determinación en su mirada.

—Ya me he cansado de que los días de lluvia le amarguen la existencia y le impidan hacer lo que más le gusta en este mundo. —Cogió aire—. Lo que fuera que le pasara con la lluvia ya fue, ya pasó. No lo puede cambiar ni volverá. El día que inventen las máquinas del tiempo, tiene vía libre para volver al pasado y cambiar lo que pasó. Pero aunque sea una putada, aún no existen. Así que, hasta entonces, no se va a quedar encerrada en sí misma estando rodeada de tantos libros en los que puede evadirse. —Gabriela le tendió un chubasquero—. Así que vamos a salir y verá que la lluvia no puede hacerle daño.

La mujer la miraba con una dureza que no había sacado en todos los meses que se conocían. Gabriela sabía que la terapia de choque podía salir muy bien o muy mal. Esperaba que sucediera lo primero. La anciana volvió a mirar por la ventana, perdiéndose entre las finas gotas de lluvia. Gabriela dejó de respirar. Intuía que si la anciana se cerraba en banda podía ser algo que estropeará la relación tan buena que tenían; pero, del mismo modo, sabía que o lo hacía de este modo o nunca podría ayudarla. Así que le dejó su tiempo.

—¿Qué llevas? —preguntó, sin despegar los ojos del cristal.

—En la toalla, un libro, y en la nevera, helado de pistacho: su preferido. —Había hecho una breve visita al almacén y dentro del gran arcón frigorífico

había encontrado kilos y kilos de helado de pistacho. Bajó la vista al suelo, donde había dejado apoyada la sombrilla y la nevera azul—. Para que se le haga más llevadero el mal trago.

La anciana seguía mirando hacia el exterior. Aquello que lleva años hundido está escondido entre corales, viejo y oxidado, y es difícil arrancarlo del fondo marino sin que se lleve cosas por delante. Inspiró profundamente. Vino a su mente el detalle que había tenido con Iván y ahora, en su breve monólogo, había visto en sus ojos claros un brillo que creía perdido y que no sabía si volvería a ver alguna vez en su vida. Después de tantos años, alguien volvía a tenerle el aprecio suficiente como para querer hacerla feliz. Espiró en silencio.

—¿Dónde?

—En el quiosco de música que hay en el parque del ensanche.

—¿Y si me quiero volver a casa? —La mujer se giró y clavó los ojos en Gabriela, quien ocultó su nerviosismo. Estaba regateando. Si tiraba demasiado alto, no habría trato.

—Le doy media hora: si en media hora desde que nos hayamos sentado en el quiosco sigue queriendo volver a casa, cogemos el bus y nos vamos.

Se acercó con la mano tendida hacia la anciana. Esta miró la palma que se le ofrecía como si fuera un salto al vacío, un punto de no retorno. Mirando aquella palma desnuda, la señora Parks viajó décadas al pasado y recordó aquel primer día, aquel apretón de manos. Sabía que era imposible. La chica no podía saberlo. Las únicas personas que estaban al tanto estaban todas ya muertas, y eso le daba algo de sosiego. No tenía modo de saberlo, no tenía manera de estar al corriente, así que tomó aire profundamente. No merecía la pena enfadarse con ella porque no lo sabía e incluso quizás, así, lo volvía un

acto de amor más puro y verdadero. Querer sanar aquello que no había roto. Una idea se instaló en su mente, un rayo de sol atravesando los nubarrones a través de la tormenta: lo hacía por ella. Se la estrechó con fuerza.

—Abríguese bien, por favor, que hace frío —dijo Gabriela, sin soltarle la mano— y no quiero que mañana tenga una pulmonía por mi culpa. Le espero en la entrada.

La mujer se levantó con dificultad del sillón. Por el pasillo, Gabriela relajó los hombros, liberándose de la tensión que había acumulado inconscientemente. Soltó el aire de los pulmones. No las había tenido todas consigo de llegar a convencerla.

Minutos después, la señora Parks, ataviada con un largo chubasquero y unas botas de agua negras que parecían para estrenar, esperaba en la entrada. Su nervosismo salía de su cuerpo a través del pie derecho, que tapeteaba el suelo sin descanso, y sus ojos, que saltaban de un lado al otro de la habitación como saltamontes en una noche de verano. La joven la recibió con una sonrisa y fue hacia la puerta. Con la mano ya en el pomo, la anciana abrió la boca, dispuesta a frenar a la joven con una última pregunta.

—Usted confíe en mí —la cortó Gabriela antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, con la puerta ya entreabierta y una mirada cargada de empatía.

Cerró la boca y soltó aire. Dio un paso mientras Gabriela sujetaba la puerta con su cuerpo. La anciana se inclinó sobre el paragüero para coger un gran paraguas negro con volantes.

Ya en la calle, cada una bajo su paraguas, la señora Parks avanzó con pasos vacilantes bajo la lluvia, seguida de cerca por Gabriela. Su respiración era muy superficial y sus lágrimas estaban preparadas para saltar en cualquier

momento. Gabriela la miró. Cerró los ojos un segundo y se vio a sí misma, unos años atrás, con el mismo temor en los huesos y el nudo en el alma. Actuó con delicadeza.

En el bus, algunas personas las miraban hoscamente. Gabriela iba inmersa en su música y evitaba devolver cualquiera de esas miradas. La señora Parks, su mente sumergida en los recuerdos, sus ojos perdidos en las gotas que corrían por los cristales, respiraba lentamente para evitar perder la compostura.

El camino de la parada de bus al quiosco de música era breve, y para satisfacción de Gabriela, no había nadie en la calle ni en el tenderete. Ayudó a bajar a la anciana del bus y subieron los pocos escalones que separaban la acera del espacio reservado para la orquesta con lentitud.

Gabriela instaló su campamento. Colocó el patito hinchable en el reborde que ocupaba la circunferencia del tenderete, como asiento para la señora Parks: el culo no se le quedaría plano ni tampoco frío. La sombrilla, justo detrás, para evitar que alguna ráfaga de viento cambiara el curso de la lluvia y la pudiera mojar. A su lado, tarrina de helado y cuchara. Ella se instaló en la silla de playa, coja, medio rota, pero que todavía hacía su función, con el libro de poemas acunado entre las manos y protegido por la toalla de las gotas saltarinas que se atrevieran a entrar en el recinto.

Con las dos mujeres instaladas, Gabriela animó con un golpe de barbilla a que la anciana abriera la tarrina de helado. Una vez esta tuvo la cuchara en mano y el postre cubierto con un paño para evitar el frío en la otra, Gabriela abrió el libro.

Una mirada como permiso para empezar. Un asentimiento mudo como confirmación. Unos ojos bien abiertos para concentrarse en el texto y los

otros cerrados para concentrarse en la voz y contener unas lágrimas amargas que pugnaban por salir.

La lluvia se mantuvo constante, fiel a un pacto inexistente con ambas mujeres, y retumbaba con fuerza en el techo metálico del tenderete. Así pasaron un par de horas, Gabriela leyendo y la señora Parks, primero escuchando y comiendo helado de pistacho, y una vez que la tarrina se terminó, solo escuchando y llorando. Gabriela no sabía por qué lloraba la anciana y, aun así, no era razón para frenar su tristeza. Dejó que la mujer llorara todo aquello que guardaba, todo aquello que tanto le costaba expresar en palabras.

Cuando el libro se acabó, Gabriela cerró la tapa, dejando que el ruido de la lluvia sirviera como epílogo, ambas mujeres respirando como una sola, al compás de las gotas desordenadas que caían sin cesar unas detrás de otras sobre sus cabezas.

Minutos después, la señora Parks abrió los ojos, enrojecidos por todas las lágrimas derramadas, y fue recibida por una sonrisa de Gabriela, que, silenciosamente, celebraba el logro de la anciana. La mujer se levantó de su asiento improvisado, contorsionándose para poder darle un abrazo mientras seguía sentada en la precaria silla de playa.

—Enhorabuena —susurró Gabriela, la cabeza hundida en el cuello de la anciana.

Gabriela dejó que fuera la señora la que rompiera el abrazo y acto seguido se pusieron a recoger el pequeño campamento en silencio.

Bajando los seis escalones que las llevarían de nuevo a la altura de la acera, mientras la señora Parks seguía debatiéndose entre el pasado y el presente, su pie izquierdo resbaló en la superficie mojada. Cayó de culo,

rebotando en los escalones restantes, perdiendo el paraguas en el proceso y acabando en el suelo, en medio de un charco enorme que se había formado por un desnivel en los adoquines.

Gabriela, que se había quedado rezagada echando un breve vistazo para confirmar que no se habían olvidado nada, bajó trotando los escalones para llegar hasta la señora Parks, la preocupación y la culpa pintándole el rostro. Viejos temores la sacudieron como una ola gigante y volvió a ver un fogonazo de luz delante de sus ojos. El destino, o la vida, hicieron que ella también resbalara, con todos sus bártulos incluidos, y fuera a caer a un par de metros de la anciana.

Ambas mujeres, en el suelo, una sentada y otra tumbada boca abajo, se miraron. En una pregunta recíproca para la que no les hizo falta abrir la boca, se confirmaron mutuamente que se encontraban ilesas. Acto seguido, una carcajada de las de chiste malo, de las de lágrimas en los ojos y dolor de barriga, salió por sus bocas, amenazando con llevarse todo por delante.

La lluvia las empapaba de pies a cabeza. La risa les impedía pensar en nada más. En un esfuerzo titánico por seguir respirando mientras aquella carcajada liberaba toda la tensión, les empezaron a doler las sienes y los ojos se pusieron a llorar, de risa en esta ocasión. Cuando una abría los ojos y miraba a la otra, sus miradas se encontraban, sirviendo de combustible a esa carcajada que volvía con más fuerza. Gabriela no recordaba la última vez que se había reído con tanto ímpetu. La señora Parks dudaba que alguna vez lo hubiera hecho.

La lluvia incesante desde primera hora de la mañana había evitado que cualquier viandante se cruzara con semejante escena, aunque si hubiera ocurrido, el susodicho se hubiera alejado, temeroso de cruzarse con dos

personas que no andaban bien de la cabeza. O al menos, eso parecía. Dos mujeres, una joven y otra anciana, una vestida para ir a la playa y otra con una tarrina de helado vacía en la mano, que, sentadas en el suelo, se mojaban la una a la otra como dos niñas traviesas jugando en el mar, emitiendo unas carcajadas imposibles de parar.

Y sin duda hubiera acertado, porque ninguno de nosotros anda bien de la cabeza, pero, en este caso, con sus más y sus menos, ambas mujeres estaban en buen estado. Simplemente estaban pasando uno de los mejores momentos de su vida.

Después de pegarse una buena ducha y secarse el pelo, Gabriela se acostó pletórica, orgullosa de que su idea hubiera funcionado. Instantes antes de quedarse dormida, agotada por las tensiones del día y por las carcajadas pasadas por agua, la voz de la señora Parks aún susurraba en su cabeza.

«Aquí, bajo el cielo, la lluvia no suena tan fuerte».

Ni siquiera en el colegio o en mis años con Adelina había sentido en mi piel una versión tan pura de mí misma. Había encontrado un sitio en el que realmente podía ser yo misma, sin límites ni ataduras. No tenía que fingir interés ni decoro, podía ser sincera y transparente. Tras años de soledad impuesta, me costó unas sesiones adaptarme a esa verborrea pasional y a esa comunicación desenfadada. Después de años de silencio y responder a lo que se me preguntaba, pude empezar a compartir mis opiniones e ideas con otras personas, y dejar a los seres de mi cabeza en paz, que ya bastante habían escuchado. Por fin era la gota de agua en medio de la charca: imperceptible y transparente, totalmente integrada con el resto.

En esa etapa tan feliz de mi vida se me venía a menudo la frase de mi padre a la cabeza. «Pronto florecida...». Gracias a algunas de las chicas del grupo, aprendí inglés. Me enseñaron que Azucena en inglés es *lily* y, por casualidad, hay un escarabajo de los lirios o escarabajo rojo de las azucenas, *lily beetle* en inglés. Después de tantos años, vi la luz y me di cuenta de que mi padre estaba ligeramente equivocado, como pocas veces lo había estado en su vida. Yo no era un lirio, era un escarabajo de la azucena, un *lily beetle*, con caparazón firme y alas fuertes, que volando había llegado a un jardín en el que se encontraba cómodo, en el que tenía flores de las que absorber, con luz y calor, rodeado de otros escarabajos como él, con los que podía compartir experiencias y conocimientos de otros jardines que no había conocido; con los que podía crecer.

Los jueves me acostaba con una sonrisa en la cara, con la expectación infantil deseante de que el tiempo pasara lo más rápido posible para que volviera a ser jueves de nuevo. El tiempo, premonitorio, discurría lentamente;

un reloj de arena cuyo interior había sido sustituido por miel y el mejunje, espeso, no se dignaba a tocar el fondo. El destino caprichoso estaba intentando mandarme un mensaje, y yo, necia, todavía no lo comprendía. No entendía que el hecho de que el tiempo pasara más lento me permitía un disfrute más largo y, en vez de aprovechar aquel paréntesis, azuzaba al caballo con brío intentando que corriera con más ahínco. Si hubiera conocido el destino, seguro que habría disfrutado más de aquellos días de espera, nervios y encuentros. Por desgracia, nuestra vida no es un libro al que podamos echar un rápido vistazo al final para saber cómo acaba. Lo que nos lleva, inevitablemente, a sufrir las consecuencias de nuestro desconocimiento y apuro por querer tener más y tenerlo todo ya.

A veces, el ansia me podía y me leía más capítulos de los que tocaban para la meta. No estaba acostumbrada a leer en grupo, así que, cuando comentábamos, tenía cuidado de no desvelar ningún detalle de capítulos posteriores. Opinaba con placer en los debates, sentía una camaradería que había echado de menos en mis años de estudiante. En esta clase, todas compartíamos una sola asignatura durante varias semanas, de libre asistencia: aquellas que no se sintieran atraídas por el libro en cuestión, eran libres de faltar. Para participar en el club en sí no se requería ningún tipo de aportación económica, aunque las bebidas corrían a nuestra cuenta. En el fragor de la dialéctica, a veces pedíamos dos o incluso tres consumiciones, café o té para las más pudorosas, y cerveza o una copa de vino para las más atrevidas.

Y luego estaba Eleanor: aunque ya disfrutaba de por sí de las sesiones, mis ojos se desviaban inconscientemente buscándola. Mientras leía tranquila en mi casa, su cara se aparecía en mi mente, sonriente y con esos ojos celestes que parecían esconder todos los misterios del universo detrás de ellos. Yo comencé a conocerla poco a poco, a todo el mundo se le llenaba la boca

hablando de ella. Hija de inmigrantes británicos, se había casado el año pasado con Julián, un hombre de buena planta y mejor sentido del humor, el mayor de cuatro hermanos. Con el paso de las semanas, el placer de conocernos parecía mutuo. Ella también se acercaba para charlar y, en ocasiones, la pillaba mirándome a mí igual que yo la miraba a ella. Nos sonreíamos.

La casualidad de vivir en la misma dirección nos regalaba unos minutos de conversación una vez se había acabado la sesión en el Café Europa, y aquella conexión que se empezó a formar entre ambas nos regalaba una hora de charla, o a veces incluso más, de pie en aquella esquina, saltando de un tema a otro. El hilo de la conversación nos unía impidiéndonos regresar a nuestras respectivas casas, la afinidad nos pegaba los pies al pavimento y soltaba nuestra lengua que, aún fresca a pesar del debate en el club de lectura, tenía ganas de más.

Para saciar esta sed inagotable, Eleanor y yo empezamos a quedar a menudo para pasear, ir a tomar un café, o simplemente leer juntas, una al lado de la otra, en un silencio lleno de historias. Descubrí una afinidad difícil de igualar, en la que ambas podíamos estar en la misma habitación, sin hablar ni mirarnos, pero la simple presencia de la otra llenaba el ambiente de una manera única e inimitable.

Cuando Eleanor confió lo suficiente en mí, me enseñó su «lugar secreto». Un claro, lleno de olivos pequeños, con un gran olivo en el centro. En primavera, cuando las temperaturas veraniegas empezaban a hacer acto de presencia, cogíamos un mantel de picnic y nos los llevábamos ahí, con un par de libros. Pasábamos horas y horas tumbadas a la sombra del gran olivo, comentando nuestras lecturas mutuamente y picoteando lo que hubiéramos

preparado para comer o leyendo en silencio, disfrutando la una de la otra arropadas por la brisa. En esas ocasiones, decíamos que estábamos en casa de alguna otra, de Teresa o de Margarita, para evitarnos problemas: a Julián no le gustaba que Eleanor anduviera sola por el campo, y a Norman, que yo anduviera sola en general. Yo seguía teniendo confianza ciega en mi confidente dentro del servicio, quien sí conocía nuestra ubicación real.

Candela progresaba a pasos agigantados. Era una alumna aplicada y trabajadora, que le robaba horas a la noche para repasar lo que habíamos visto durante el día.

—Vale, la G y la J. El sonido /j/ —le explicaba yo, forzando como si se me hubiera quedado una flema en la garganta— podemos escribirlo de varias maneras: ja, je, ge, ji, gi, jo y ju. Todos ellos se pronuncian /j/. Y para el sonido /g/ tenemos ga, go, gu y gue, gui. Quizás hay alguna excepción, pero *grosso modo* es así.

—Pero si pongo una U, sonará «güe», ¿no?

—Pues en este caso no. Para que suene «güe», tendrías que ponerle dos puntitos encima de la U. Por eso se escribe «paraguas» y «paragüero». ¿Ves? —Le mostré una hoja de papel en la que acababa de garabatear ambas palabras, con una letra más grande de la que estaba acostumbrada a hacer. Con ella me tenía que esforzar a hacer la letra mejor, porque con lo pequeña que la suelo hacer, a Candela le costaba leerla bien.

Fuimos en alguna ocasión a comprarle cuadernos de caligrafía, que insistía en pagar con parte de su sueldo, y yo accedía, sabiendo que al mes siguiente su salario sería unas pesetas más elevado. Me inventaba excusas rocambolescas para justificar esa subida, a las que Candela se veía incapaz de rechistar: en casa, era Norman el que llevaba la economía familiar.

Cuando su nivel fue lo suficientemente alto, le dejé que cogiera alguno de los libros que sujetaban las estanterías. Al principio, era yo la que le recomendaba los más sencillos, para evitar frustraciones y seguir con ese progreso ascendente, envidia de cualquier cohete. Llegó un momento en el que ella misma sabía elegir sus lecturas, en función de la dificultad del texto y de la cercanía respecto a sus preferencias.

Los días que Candela aparecía con profundas ojeras, producidas por sustituir las horas de sueño por sesiones de lectura y de estudio, y cuyo cansancio le dificultaba realizar las tareas del día con normalidad, me asaltaba la duda de si estaba haciendo lo correcto. Esas dudas se disipaban rápidamente cuando, en los momentos en los que nos encontrábamos a solas, me comentaba con entusiasmo lo que estaba leyendo.

—Señora, usted sabe que en ese libro el príncipe se casa con una campesina. Es difícil de creer... —me decía, frunciendo los labios y mirando la contraportada de un libro que acababa de terminar.

—En los libros todo es posible, Candela —le respondía yo—. No hay límites ni fronteras. No hay clases ni estatus. En los libros, un plebeyo puede acabar siendo rey y viceversa, por eso son mágicos. Y quizás, incluso, hasta la más rocambolesca de las ideas que hayas leído en un libro puede hacerse realidad...

Mientras tanto, Eleanor y yo hablábamos sin cesar, incapaces de quedarnos sin tema de conversación. Cuando no era la literatura, era la música, ya que ella era una apasionada, sobre todo del violín, o sino el arte y la pintura. Aprendí mucho de ella, ya que en estos últimos temas yo era una ignorante con diploma. Me enseñó conceptos básicos, como las figuras musicales o los principales estilos de pintura. Nos sentábamos durante horas en su salón, con

el plato del gramófono girando sin descanso, enseñándome sus piezas favoritas de música clásica. Los horizontes de nuestras conversaciones se ampliaron sin límites y después de explorar los temas del día a día, empezamos a hablar de la vida, de nuestras inquietudes más profundas y de nuestros temores más oscuros, sentadas en la mesa del comedor, de mi casa o de la suya, después de que yo hubiera reunido el coraje de invitarla a casa y ella hubiera hecho lo propio unos días más tarde.

—He visto que hay una prueba para un puesto de secretaria para una empresa que abre nueva sede en la ciudad. ¿Nos presentamos juntas? —me preguntó un día, con la emoción pintada en los ojos.

—Norman no creo que me deje —respondí yo, retorciendo la servilleta entre los dedos hasta que las puntas tomaron un color rojo intenso. Solté la tela—. La última vez que le comenté la posibilidad de buscar un trabajo me dijo que mi sitio estaba en casa. Que, si no, cuando llegaran los niños, a ver cómo lo iba a hacer...

—Vaya... Es verdad que quizás para mí tampoco es el mejor momento, pero según lo vi me acordé de ti... —Una gran sonrisa se formó rápidamente en mi cara—. Y respecto al tema de los niños, no te preocupes tanto, mujer... Quizás es culpa de Norman, ¿no? ¿Cómo sabes que eres tú la culpable de que no consigas quedarte embarazada?

Eleanor era la única persona, además de Norman y mis padres, que estaba al tanto de mis dificultades para engendrar un hijo.

—Pues no lo sé. Lleva intentándolo tanto tiempo y no para de comerme la moral con que algo estaré haciendo mal... —Seguí retorciendo la servilleta entre las manos.

—No sería el primer caso de hombres que tienen problemas de fertilidad, o que son estériles directamente —respondió Eleanor, dándole un sorbo a la taza de té que tenía frente a ella.

—Ya... No lo sé. —Tragué saliva—. Sinceramente..., me da miedo que sea una especie de señal: que no esté destinada a tener hijos, que no sea buena madre. La mía no lo fue.

—El ser humano le tiene miedo a lo desconocido, por naturaleza —me tranquilizó ella, alargando una mano encima de la mesa para agarrar la mía con ternura—. Sabes que el miedo es solamente una reacción de protección del cuerpo. No son más que sustancias y hormonas que van por la sangre y llegan al cerebro.

—Pero tú no tienes miedo —repliqué, dejando que el calor de su mano envolviera mis dedos y mirando su barriga de siete meses.

—Sí que me da un poco de miedo... No ser buena madre, no saber cuidar bien a mi hijo, que un día me necesite y yo no sepa estar ahí para él... Pero lo hago con miedo. Porque la idea de traer una vida a este mundo eclipsa todo lo demás —me confesó, los ojos brillándole de emoción y acariciándose la barriga con suavidad—. Algún día tú también tendrás hijos, Azucena, ya lo verás.

Eleanor era una brisa leve entre el calor atronador del desierto, la primera bocanada de aire tras estar sumergida más de lo deseado bajo el agua. Era la persona que daba luz a mi vida personal mientras mi vida familiar se desmoronaba. El día que dio a luz a Paul, un niño precioso de pelo rubio y potente berrido de casi cuatro kilos de peso, me volvió a coger la mano con dulzura cuando me incliné hacia su cama para darle la enhorabuena.

—No te preocupes —me dijo, con el sudor del parto todavía cubriendo su piel y una sonrisa cansada pero sincera—. Cuando tengas tu primer hijo, yo estaré allí para ayudarte. Te lo prometo.

En la vida, todo va y viene. Un café en la encimera se acaba quedando frío. Después del verano, viene el invierno; y tras varias horas de luz, siempre llega la oscuridad. En los momentos de penumbra parece que la luz solo ha sido un espejismo. Parece irreal que el cielo que ahora mismo es de un negro denso y profundo haya sido capaz de ser liviano, azul, anaranjado e incluso malva.

La increíble tarde bajo la lluvia con la señora Parks había sido la cresta de una ola, pero por preciosas, hermosas y majestuosas que sean las olas, acaban rompiendo. Algunas con más fuerza que otras, todas acaban cayendo, deshaciéndose en millones de gotas de agua y arrasando sin contemplaciones lo que pillan a su paso.

Que se aproximara el aniversario del accidente no ayudaba nada. O, quizás, era lo único que aportaba a esa tristeza desmedida. Una marea negra, densa y oleosa, que embadurnaba todo lo que tocaba, cubriéndolo de un negro compacto y pesado, sin dejar pasar la luz. Gabriela odiaba definir como «aniversario» la conmemoración de algo triste. El inexorable paso del tiempo era una losa encima de su espalda, que se iba volviendo más pesada con cada día que pasaba y le transmitía la sensación certera y la vaga certeza de que nada merecía la pena.

Con la fecha maldita acercándose por el paso ineluctable de las hojas del calendario, las viejas heridas sangraban, abiertas de nuevo, y todo dolía más: los gestos, las miradas, las palabras. En esos días, todo le recordaba a él. Abril también empezó con lluvia.

—Hace varios días que no subes, corazón...

Ese día tenían mucho lío en el bar. Se habían llevado la fiambarrera para comer algo rápido antes de seguir con el turno de la tarde.

—A él le hace bien cuando vas a verle —insistió su madre—. Todo el mundo dice que está mejor después de que le hayas visitado.

Gabriela sintió una mezcla de ira y tristeza creciendo dentro de sí misma. Tenía ganas de decirle que ella iba demasiado. Que después de estar todo el día trabajando en el bar, currando sin parar, era una locura subir a verle o ir a rezar a la capilla. Que, llegando de madrugada la mayoría de las noches y abriendo el bar de buena mañana todas las jornadas, no dormía lo suficiente. Pero el nudo que tenía en la garganta le impedía el paso del aire y estaba apretado tan fuerte que, si abría la boca, tenía la sensación de que lo único que saldría sería un quejido, o peor, un torrente de lágrimas imposible de contener.

—¿Subirás hoy?

Gabriela asintió en silencio. Acabó su plato y lo llevó al lavavajillas. Por suerte entraba un cliente.

En el bus de camino al hospital, sus cascos perecieron definitivamente. Gabriela pasó varios minutos con una fijación enfermiza dándole vueltas al cable, intentando sin éxito múltiples combinaciones para que volvieran a funcionar, hasta que la rabia y la exasperación dieron la batalla por perdida.

Ya en el edificio, subió por las escaleras hasta la tercera planta y recorrió un pasillo que le era tan conocido como si fuera su propia casa. Al llegar a la habitación 312, dio tres ligeros toques en la puerta y entró sin esperar respuesta.

En la cama, su padre estaba con los ojos cerrados. Gabriela se sentó en un butacón con la tapicería azul cobalto carcomida por el tiempo y las malas

noticias, encajonado entre la ventana y la pared, aquel en el que tantas horas habían pasado entre ella y su madre. Puso en funcionamiento un pequeño reproductor que estaba en una de las repisas de la habitación. El sonido inconfundible de la trompeta y la voz ronca de Louis Armstrong ocultaron por turnos el silencio asfixiante que amenazaba con destruirlo todo. Gabriela cerró los ojos.

Casi una hora después los abrió y vio que su padre tenía los ojos abiertos. Se le quedó mirando un rato, pero él no la veía. Miles de pensamientos bulleron dentro de su cabeza, burbujas de una olla al fuego que buscaban la superficie. Su padre volvió a cerrar los ojos. Gabriela se levantó y salió de la habitación.

Ya en el pasillo, tragó saliva con dificultad. Llamó al ascensor, concentrándose en su respiración mientras veía cambiar los números en la pantalla. 5, 4, 3. La puerta del ascensor se abrió con un pequeño timbre. Ante ella, apareció María acompañada de dos niños pequeños.

—¡Hombre, Gabriela, cuánto tiempo! ¿Todo bien?

María tenía razón. Por horarios, no solían verse en casa de la señora Parks y, si lo hacían, simplemente cruzaban un pequeño diálogo cordial. «Hola. ¿Qué tal?». «Bien, ¿y tú?». «Bien también, gracias. ¡Hasta luego!». Y punto. El hospital era el último sitio en el que quería encontrarse a alguien conocido.

—¿Qué haces por aquí?

Otro día Gabriela habría mentido. Habría salido con alguna excusa barata o con evasivas, pero ese día no tenía energía, ni siquiera para mentir. No se le ocurrió hacerle la misma pregunta de vuelta o investigar quiénes eran aquellos dos niños que tanto se le parecían, así que, escueta en palabras, le contó por encima qué hacía allí. Como suponía, la cara de María cambió

rápidamente. Adquirió esa mirada de condescendencia que no soportaba. Por suerte, el ascensor llegó a la planta baja y Gabriela se escabulló rápidamente. Ni siquiera dijo adiós.

Volvió a montar en el bus para ir a casa de la señora Parks, con la lluvia cogiendo fuerza. «Ojalá llegue pronto la noche», era en lo único en lo que pensaba, recostada en uno de los asientos de la parte de atrás, la mejilla apoyada contra el frío cristal. Sin embargo, aún quedaban muchas horas para que se acabara el día. En días como esos, Gabriela se daba cuenta de que lo que más odiaba de ser adulto era tener que estar. Siempre. Independientemente de su estado, físico o mental. Tener que seguir funcionando a pesar de que lo único para lo que tenía energía era ponerse en posición fetal en la cama y llorar. Allí, en la parte trasera del autobús, intentó dejar fluir las lágrimas. Ni siquiera fue capaz. Y eso, de alguna manera, la enfadaba aún más. No valía ni para estar triste.

En esos días a Gabriela la inundaba la nostalgia de la infancia, en la que la fiebre te podía regalar un día sin clase, con mamá haciéndote tu comida favorita y una mañana viendo dibujos en el sofá. En la vida adulta, no hay tiempo. El mundo gira sin parar y tú tienes que seguir girando con él, aunque sea arrastrándote, por miedo a que te arrolle. La vida adulta tenía muchos beneficios, pero en la balanza, junto con las responsabilidades, Gabriela no sabía si merecía la pena. Un adulto era un tren que, a pesar de estar en ruinas en su interior, con cables colgando, chispeantes, sujetos con cinta adhesiva de mala manera, en cuanto llegaba a una estación cambiaba rápidamente el cartel frontal, sin tiempo a descansar. «Próxima parada...».

Caminando bajo el paraguas los metros que la separaban de la casa, Gabriela intentó convencerse de que un poco de lectura podría distraerla, pero

ni el mejor de los libros podía entretener a los demonios que formaban parte de ella. Durante la sesión, Gabriela se trabó varias veces y se perdió otras tantas. Tuvo que tomar más agua de la habitual y, para su desasosiego, parecía que el nudo de su garganta se volvía cada vez más espeso, detalle que no le pasó desapercibido a la señora Parks.

—Gabriela, hoy te noto un poco triste. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. La vida era una mierda; solo tenía ganas de llorar y tumbarse en la cama hasta que el tiempo pasase y la vida se solucionara. Le agobiaba que el mundo no dejara de girar, que la arrollara a su paso y que, a pesar de ello, continuara girando y la llevara a rastras sin detenerse, aunque la viera ensangrentada y sin ganas de continuar en él.

Eso es lo que Gabriela tenía ganas de responder. Pero era muy largo, y si abría la compuerta, nada la separaría de ese embalse de sentimientos que llevaba años guardando. Con vía libre, todo saldría a presión y no sabía lo que podía pasar. Si le contaba por qué estaba triste, tendría que desvelarle su secreto y no estaba dispuesta a pasar por eso. Así que cerró la boca y el nudo de su garganta se apretó un poco más. Optó por la solución más cómoda.

—Sí, todo bien. Solo un poco cansada, no se preocupe.

A las siete y cinco, Gabriela estaba ya de camino a la parada del autobús. Había salido apresuradamente, ansiosa por llegar a casa y meterse en la cama. Tras unos segundos en la calle, fue consciente de las gotas de lluvia que le caían sobre la cabeza. Echó la mano al bolsillo lateral de la mochila para sacar el paraguas plegable, pero su mano tocó el vacío. «Mierda». Desanduvo el camino recorrido y volvió refunfuñando a El Olivar. Alargó la mano para sacar la llave de repuesto y no se molestó en avisar en voz alta: la tormenta

caía con fuerza, así que la señora Parks probablemente no la oyera y solo iba a coger su paraguas.

Sin embargo, en el recibidor, con la mano tendida hacia el paraguas apoyado contra el zapatero, Gabriela tuvo un presentimiento. Algo difícil de explicar, pero palpable, como si su corazón latiera de manera diferente. Con el fragor de la tormenta a toda máquina, la luz de la salita se escapaba por la puerta entornada hacia el pasillo y la guiaba como un faro.

Avanzó por el pasillo enmoquetado en silencio. Con el corazón golpeándole en el pecho, Gabriela se inclinó hacia la puerta entreabierta conteniendo la respiración. Dentro, pudo ver cómo la señora Parks, con un libro entre las manos, leía con parsimonia, pasando las páginas con calma, recostada en su sillón. Unas gafas, abandonadas a un lado, parecían un elemento más de la decoración. Conmocionada, sintiendo que algo se rompía dentro de ella, Gabriela se quedó congelada en el marco de la puerta. Pasaron los minutos. Después de un cuarto de hora, la señora Parks dejó el libro a un lado con un suspiro, cogiendo un pequeño set de costura que estaba disimulado en una esquina. Abrió la caja con parsimonia y, sin un atisbo de duda, cogió un carrete de hilo, enhebrando la aguja a la primera, sin ni siquiera guiñar los ojos. Fue en ese mismo instante cuando la marea negra terminó su avance, habiendo cubierto todo en tinieblas bajo sus tentáculos. La bola de nieve que llevaba rodando durante varios días, haciéndose más y más grande, llegó al final de la colina e impactó contra la falda de la montaña, explotando violentamente en mil pedazos.

—¡USTED! —gritó Gabriela, empujando la puerta y sobresaltando a la señora Parks, que se creía sola en casa—. ¡¿Me está diciendo que todos estos

meses que he venido a leer para usted no tenía ni un mísero problema en la vista?!

La señora Parks abrió la boca para responder, anonadada, pero Gabriela estaba desatada y la onda expansiva aún no había llegado a su fin. Su dedo acusador temblaba mientras señalaba a la anciana. Ahora entendía los mandalas perfectamente pintados, sin salirse ni una sola vez de la línea, o la letra minúscula cuando la señora Parks tenía que escribir alguna nota: todo había sido una farsa.

—¿Me está diciendo que después de todo lo que he hecho por usted, encontrar a Iván, ayudarla a superar su miedo a la lluvia, venir como un puto corderito a leerle por las tardes durante meses no ha sido capaz de decirme la verdad, de ser sincera conmigo y confesarme que tiene la vista perfecta?! ¿Que todo es un maldito teatro? —Gabriela soltó una risa irónica—. Lo único que le pasa es que se siente sola y está más sola que la una porque los únicos que la soportan son sus amados libros... No le queda nadie. Qué triste que tenga que pagar a alguien para que le haga compañía. Pues mire lo que le digo...

Gabriela interrumpió su monólogo para rebuscar con rabia en su mochila, sacando el último sobre con dinero que la señora Parks le había dado a final de mes. A pesar de la negativa, la mujer le daba uno cada treinta días, como compensación por sus servicios. Lo lanzó con rabia hacia la anciana, que estaba en estado de *shock* y no sabía cómo reaccionar. Tenía la boca entreabierta y la lluvia caía con fuerza a su espalda.

—¿Que aquí tiene su maldito dinero! ¡Váyase a la mierda! ¡No pienso volver nunca más!

La joven salió pegando un portazo que retumbó por toda la casa. En la calle, sus lágrimas, incapaces de salir, le quemaban dentro de los ojos y el nudo se cerró, impidiendo el paso del aire. Fue andando hasta casa. Cuando llegó, empapada, el paraguas abandonado en el vestíbulo de una casa con entrañas de papel, su madre aún no había llegado. Mejor. En su habitación, soltó sus cosas y cerró la puerta. Cogió uno de los cojines de su cama, verde con flecos blancos en cada uno de sus vértices, y comenzó a descargarle golpes. Derecha, izquierda. Cada vez más rápido. Derecha, izquierda. Cada vez con más ímpetu. Derecha, izquierda. Rompió a sudar. Descargaba los puños con fuerza, intentando liberar esa rabia que tenía imbuida en la piel, que la quemaba por dentro y amenazaba con abrasarle las entrañas. Cogió el cojín y hundió su cara en él, gritando con todas sus fuerzas, hasta quedarse sin aire. Una, dos, tres veces. Sus manos se crispaban cogiendo los bordes, su cuerpo temblando de rabia.

Tras el tercer grito acallado por el cojín, el nudo en su garganta se rompió con un chasquido y Gabriela por fin rompió en llanto. La tensión abandonó su cuerpo y cayó al suelo como un títere privado de sus hilos.

Hundiendo la cara en el colchón, Gabriela lloró por todo y por todos. Por las mentiras, por las emociones rotas. Por lo que podía ser y no había sido. Por la incertidumbre que le traía el futuro, por el esfuerzo y la vida adulta. Por no poder volver al pasado y no poder saltar al futuro. Por tener que estar y no mostrar y por estar siempre fuerte a pesar de estar rota por dentro. Cuando oyó a su madre entrar, trepó en silencio a la cama, acurrucándose con el cojín entre los brazos y siguió llorando, su ropa empapada cubierta por las sábanas.

Gabriela sentía que cuanto más lloraba, más salía. En algún momento de la noche le venció el sueño, acunada por estelas saladas y envuelta por una marea negra que se camuflaba entre las sombras.

A la mañana siguiente, mientras abría el bar con el sol saliendo por el horizonte, Gabriela se arrepentía de todo lo que había pensado la tarde anterior y lo que le había dicho a la señora Parks. Se le subían los colores al pensar en el portazo que había dado al salir y en cómo la había tratado, a una anciana de noventa y pico años.

Durante varios días, las últimas palabras que le había dirigido a la señora Parks daban vueltas en su cabeza, como una ambulancia con la sirena estropeada. «¡No pienso volver nunca más!». Una sirena que no le dejaba pensar con claridad y que la asaltaba en cualquier momento, incluso trabajando.

—Pero, niña, ¿te pasa algo? —Gabriela miró sin comprender a Paco, un cliente de los de toda la vida, hasta que la sirena se apagó momentáneamente y le permitió utilizar su cerebro. Paco hacía años que iba religiosamente todas las mañanas al bar a tomarse un café solo, sin azúcar ni tapa.

—Perdona, Paco, era para otra persona —mintió mientras retiraba el zumo de naranja que acababa de posar delante de él.

—Ay, ay, ay... —El hombre apoyó el codo en la barra, acercándose como si fuera a contarle algún secreto—. Tú llevas unos días bastante despistadilla... —Una sonrisa pícaro tras un dedo que la apuntaba, acusador—. Tú estás enamorada...

Ojalá, Paco. Ojalá. Gabriela no estaba enamorada, pero desde la pelea (si es que se podía llamar pelea cuando solo una de las partes era la que golpeaba) sufría una mezcla de traición, añoranza y tristeza en su corazón. Traición porque la pregunta seguía dando vueltas en su cabeza: ¿por qué no había sido sincera con ella? Ella, que se había presentado voluntaria para

ayudarla. Vale, le había estado pagando, pero ¿tanto costaba ser sincera? ¿María sabía la verdad? ¿Le estaría ocultando más cosas? Cuando le venían ese tipo de preguntas, se decía que la señora Parks realmente no le debía nada... Pero, de igual modo, Gabriela sentía que sí. Le dolía mucho esa falta de confianza y de sinceridad hacia ella, era lo único que la impedía volver y disculparse.

La añoranza de tiempos mejores también la asaltaba por las tardes: los buenos momentos, escasos en su vida en los últimos años, reaparecidos en compañía de la anciana la acribillaban como balas de cañón: las charlas con el café delante escuchando música juntas, el mercadillo, las llamadas de Iván, superar su fobia a la lluvia... En unos pocos meses, había fraguado una tierna amistad con la anciana. Era peculiar tener una amistad con alguien que le triplicaba la edad. «La señora Parks ha vivido tres veces mi vida», pensó Gabriela una de esas noches en las que sus ojos se negaban a cerrarse. Ya bastante intensa le había parecido su vida con veintiocho años como para pensar en vivir tres veces más cosas. Pensó que había muchos detalles de la vida de la señora Parks que desconocía, igual que la anciana respecto a ella. Ambas eran una caja de secretos, solo que hasta el momento ninguna de las dos se había dado cuenta.

¿Cómo estaría la señora Parks ahora? ¿Estaría disgustada también? ¿Le habría encontrado una sustituta? Por lo poco que le había contado de sus hijos, uno ya había fallecido y los otros dos vivían demasiado lejos para visitarla. Con esa edad, desgraciadamente, la mayoría de amigos o conocidos tendrían que estar fallecidos ya. «Tiene que ser muy triste abrir la agenda de números de teléfono y ver que la mayoría están muertos», pensó para sí. Se sintió egoísta. «Siempre lo estropeo todo». Miró hacia la foto que tenía enmarcada en la mesita de noche. La marea negra que cubría su piel desde el

incidente se volvió más espesa, la oprimió con fuerza. Intentaba lavarse con fuerza en la ducha, pero ahí estaba: invisible y sofocante.

Los días perdieron la ligereza que habían ganado gracias a sus visitas a El Olivar y, sin su cita lectora particular, Gabriela volvió por completo a la rutina que tenía antes de conocer a la anciana. Empezó a hacer más horas en el bar y a subir con más frecuencia a ver a su padre, para alegría de su madre, rellenando los huecos que normalmente aprovechaba para leer para la señora Parks. Por las noches, el sueño la había abandonado y durante horas miraba el techo con la esperanza de que su cuerpo aprendiera a dormir de nuevo. Se había acostumbrado a leer antes de acostarse, básicamente uno de los pocos momentos en los que tenía unos minutos libres para ella. Le gustaba el silencio de la noche. Sin embargo, cuando las voces vienen de dentro, es en la noche cuando suelen hacer acto de presencia.

Una de esas noches, sus ojos se desviaron un segundo del techo para mirar a la mesita de noche. En ella, *El señor de las moscas* le lanzaba una mirada feroz, que atravesaba incluso la oscuridad de la medianoche. Era un libro muy entretenido, además finito, pero su legítima dueña era la señora Parks, y cuando intentaba acabarlo, el olor de las páginas le recordaba quién se lo había prestado. Tras pasar varias noches sin leer, decidió que era suficiente. Una cosa era estar enfadada con la mujer y otra que eso la impidiera hacer cosas que disfrutaba, bastante penosa era su vida ya. Se dio la vuelta en la cama, esforzándose por dormir.

Cuando acabó su turno en el bar al día siguiente, fue hasta la biblioteca a pie, rumiando pensamientos inútiles en su cabeza mientras los cascos estropeados colgaban inertes de sus orejas.

—¿Qué tal, Gabriela? ¿Va todo bien? —le preguntó Belén con varios libros entre los brazos cuando el destino decidió que se encontraran cara a cara en los escalones de entrada—. Hacía tiempo que no venías y pensé que...

—Sí, sí, Belén, no te preocupes —la interrumpió ella, cortante, evitando la mirada condescendiente de la bibliotecaria—. Todo va bien —mintió, suspirando imperceptiblemente. Sabía cómo iba a acabar la frase y le daba mucha rabia. Qué manía de que cada vez que estuviera triste tuviera que ser por él.

—Vale, vale —respondió Belén, sin creer del todo las palabras que contrastaban con un ceño fruncido y la falta de luz en su mirada—. Si te hace falta cualquier cosa me dices, ¿vale?

Gabriela escuchó la última frase mientras se alejaba por el pasillo. Se refugió en el silencio de la biblioteca y estuvo vagando un buen rato, mirando los títulos y sacando de vez en cuando algún libro cuya portada llamaba su atención. Sin embargo, todos volvían rápidamente a su sitio. Ninguno de ellos le resultaba lo suficiente interesante.

En el pasillo de libros locales, uno de los lomos llamó su atención. Se puso de puntillas para cogerlo, pero en el proceso hizo que otro cayera al suelo, quedando boca abajo, las páginas abiertas por la mitad. El ruido la sobresaltó y miró a ambos lados del pasillo, sintiéndose culpable por perturbar el silencio sagrado propio de la biblioteca.

Confirmando que nadie la había visto, apoyó el que acababa de coger en una de las baldas más bajas y se agachó para coger el que estaba en el suelo. Al darle la vuelta, leyó inconscientemente parte del texto que había aparecido y uno de las frases le saltó violentamente a la cara. «No dejes que un grito sea

lo último que escuche de tu boca: si te ha escrito una carta, merece al menos que le dejes explicarse». Gabriela se quedó un segundo congelada y, cuando pudo reaccionar, volvió a mirar a ambos lados. Seguía sola. Volvió a leer la frase. «No dejes que un grito sea lo último que escuche de tu boca». Miró hacia el techo, pero la cámara de seguridad que perforaba una de las esquinas de la sala apuntaba en la dirección opuesta. Cerró el libro con cuidado, deteniéndose un segundo en el título, que no le decía nada especial, y dobló las tapas suavemente para volver a dar forma al libro tras la caída. Lo dejó en la estantería.

Hora y pico después entraba en casa, todavía dándole vueltas a la frase que se le había aparecido como por arte de magia. «¿Belén sabría algo? Imposible. No le he hablado a nadie de la señora Parks, solo a papá». Cuando fue a soltar las llaves encima de la mesa de la cocina, un sobre blanco, sin sello y con su nombre escrito a mano en el frente, la saludó. El corazón de Gabriela batió desbocado en su pecho, evocando un momento similar sucedido muchos años atrás. Las únicas cartas que recibía eran de propaganda o del banco. Depositó la mochila sobre una de las sillas y cogió la carta con las dos manos. Gabriela fue abriendo a duras penas el sobre, con poca maña. Intentó utilizar un cuchillo, pero con el mismo resultado. Se armó de paciencia y finalmente tuvo la carta entre las manos. Desplegó la hoja. La letra prieta y pulcra de la señora Parks se plantó ante ella. Leyó rápidamente las líneas. Una, dos veces. Una tonelada de suspense se instaló en sus hombros. La parte de «tengo muchas cosas que contarte» le intrigaba sobremanera. Vale, sabía que había cosas que la señora Parks no le había contado, ¿pero tantas? Leyó una tercera vez la nota y se fijó en la fecha límite. Giró el papel y miró el sobre. Ninguno de los dos tenía la fecha puesta.

No sabía cuándo había mandado la señora Parks la carta. La frase que se le había aparecido en la biblioteca volvió a su mente. Bajó corriendo al bar.

—¡Hola, Paco! ¡Mamá! —Gabriela se apoyó en la barra y levantó el sobre ultrajado en el aire—. ¿Cuándo me llegó esta carta?

Flora miró de refilón el sobre que levantaba su hija en el aire mientras trajinaba con la máquina de café.

—Ay, hija, ni idea. Hoy abrí el buzón porque había muchísima publicidad dentro y menos mal que me dio por revisar que no había ninguna carta entre medias. Un poco más y la tiro a la basura.

Mierda. Si la señora Parks había enviado la carta al poco de tener la discusión, solo quedaba un día para que se cumplieran las dos semanas.

—Esta tarde no me puedo quedar. ¿Te las puedes arreglar tú sola?

—¿Todo bien? —le preguntó su madre, girándose totalmente hacia ella, con gesto preocupado en la mirada.

—Es algo muy importante, ya te explicaré —intentó tranquilizarla—. ¿Puedes?

—Sí, sí, tranquila...—Su madre la miró con una mezcla de miedo e inquietud—. Ten cuidado.

Gabriela no oyó la última parte. Cogió su mochila de uno de los taburetes del bar y salió corriendo. Si se daba prisa, quizás le daría tiempo a coger el seis.

Con el paso de los meses, todo fluía como la seda: Norman seguía ajeno a mi secreto, en el club de lectura iba descubriendo historias interesantísimas y Candela ya leía sin problema libros sencillos.

El primer jueves de octubre de 1935, Eleanor no acudió al club de lectura. A todo el mundo le pareció raro, ya que ni siquiera había faltado cuando había dado a luz a Paul. El bebé nos acompañaba en las sesiones, escondido en su capazo, sin emitir un mísero ruido. Parecía que a él también le gustaba la literatura. A mí me había confiado que tenía un compromiso esa tarde con Julián y que por eso no podía ir.

—¿Y en qué consiste el compromiso? —pregunté yo, trajinando en la cocina.

—Pues la verdad que no lo sé —me dijo ella, de pie al lado de la ventana, con la mirada perdida hacia la calle—. Cosas del trabajo, me ha dicho Julián, y yo tampoco he querido preguntar mucho más.

Yo asentí. Di gracias en silencio por que el trabajo de Norman no le exigiera ese tipo de compromisos. Quizás incluso sería capaz de acudir solo, cosa que no me importaría en absoluto.

—Quedamos si quieres el viernes y te cuento lo que hayamos comentado —la tranquilicé yo, sentándome a la mesa con una taza para cada una.

—Me parece genial —me dijo ella, con una de sus maravillosas sonrisas, aceptando la taza que la ofrecía y sentándose frente a mí. Me miró a los ojos—. Gracias, Azucena. Eres una amiga de las de verdad.

No te voy a mentir, cuando me dijo que no iba, me dieron ganas de no ir yo tampoco. Le había cogido tanto aprecio que ir sin ella no tenía el mismo valor. Quizás no habláramos durante la sesión, pero solamente el poder

mirarnos desde lados opuestos de la sala, recibir una sonrisa suya o poder meterle una pullita... Me alegraba la tarde.

Ese día estuve a punto de llegar tarde. Cuando empujé la puerta, las chicas estaban colocando las sillas en círculo. Me uní al resto y me senté. Más dispersa que habitualmente, los ojos se me iban inconscientemente al sitio que solía ocupar Eleanor, hoy presidido por Raquel, una de las veteranas del grupo.

En varias ocasiones tuve que pedirle a Rocío, sentada a mi derecha, que me dijera por dónde íbamos, y echaba vistazos discretos al reloj, cuyas agujas parecían no querer avanzar. Al final, mientras recogíamos las sillas, yo estaba deseando irme a casa. Sin la compañía de Eleanor estaba un poco perdida, ya que acostumbrábamos a salir de las primeras después de cruzar cuatro palabras con el resto. Una mano inocente se apoyó en mi hombro, frenándome.

—¿Qué tal? ¿Sabes cómo le ha ido a Eleanor con su prueba? —Fruncí el ceño—. Sí, tenía hoy la prueba para ese puesto de secretaria. Era hoy, ¿no?

Pero Eleanor tenía un compromiso con Julián y la empresa...

—Eleanor..., ¿nuestra Eleanor?

—¡Sí, claro! ¿Qué Eleanor va a ser? —se rio Mariluz, golpeándome de nuevo el hombro. Se giró hacia la barra—. Ángeles, era hoy la prueba de Eleanor, ¿no?

—Sí —confirmó Ángeles, mientras dejaba las tazas vacías sobre el mostrador—, creo que algo comentó de que era hoy, que por eso no podía venir.

Una idea empezó a enfocarse en mi cabeza. Era muy raro, por no decir imposible, que Eleanor no supiera algo y no se atreviera a preguntárselo a su marido, sumado al hecho de que nadie más había faltado a pesar de que los maridos de algunas mujeres del club eran compañeros de Julián. Recordé aquella conversación en mi casa y, aunque las fechas cuadraron en mi cabeza, quise confirmar mis sospechas.

—¿Y de qué es la prueba? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Uy, hija, no sé. Creo que me dijo que buscaban una secretaria y hacían una serie de pruebas para elegir entre las candidatas. —Ángeles me hizo un gesto vago con la mano—. Yo soy mujer de letras, ese tema científico me suena a chino...

—¿Eleanor no te dijo nada? Vosotras que estáis siempre juntas... —Julia se había unido a la conversación para lanzar una pregunta que sintió como un jarro de agua fría.

No, no me había dicho nada. Bueno, sí, me había dicho una verdad a medias, y eso dolía incluso más que una mentira. Entendí por qué Eleanor no me quiso especificar de qué tipo de compromiso se trataba. Me sentí traicionada y triste: sabiendo que yo me había abierto en canal con ella, no tenía derecho a mentirme así. Me dolía tanto que sí se lo hubiera dicho al resto y a mí no...

—Ay —fingí, con una mano en la frente—, es que estoy tonta. Cuando me habló de la «prueba» pensé que quería decir del papel de la habitación de Paul, que me dijo que Julián lo había encargado en Italia y le llegaba esta semana. No caí en lo otro.

—Ay, ya decía yo —soltó Mariluz con una risa— que era imposible que no te hubiera dicho nada.

Ya. Imposible. Sentí que el estómago se enredaba sobre sí mismo, formando un nudo. Me despedí rápidamente del grupo y salí por la puerta, irritada. Caminé hasta casa con paso acelerado, la mente dándole vueltas al tema, enfadándome más con cada paso que daba. Quizás fue una reacción desmedida, pero desde que había comenzado el club de lectura, Eleanor se había convertido en el pilar fundamental de mi vida. Y ahora este acababa de bascular.

Me metí enfurruñada en casa. Candela notó mi descontento.

—¿Todo bien hoy, señora Parks?

—Sí, sí, Candela, todo bien, tan solo me duele un poco la cabeza... —Le tendí el abrigo—. Hacemos mañana la sesión de lectura, ¿vale?

Me metí rauda en la habitación, sin darle tiempo a responder. Tras el baño, pedí a las chicas del servicio que le dijeran a Norman cuando llegara a casa que estaba enferma. No tenía ganas de hablar con nadie y menos con él.

Yo no era ninguna llorica, así que, cuando vieron que me había acostado a media tarde, debieron de preocuparse realmente por mí. Cuando Norman llegó a casa, le oí hablar en el recibidor, luego los pasos que venían hasta la habitación. Yo había cerrado las contraventanas, la habitación estaba totalmente a oscuras.

Me hice la dormida: respiraciones largas y profundas, brazos relajados. Norman se inclinó hacia mí y posó su mano en mi frente. Notaba sus dedos finos sobre la piel. La mantuvo quieta unos segundos y luego la retiró. Salió de la habitación.

No me dirigió la palabra esa noche, ya fuera porque me creyera realmente dormida o porque no quería molestarme. Le di las gracias en silencio. A la hora de dormir se puso el pijama y se acostó en su lado de la cama. A los

minutos de apagar la luz de la lamparita, ya estaba roncando. En ese momento le envidié. Yo di vueltas y vueltas en la cama y en mi cabeza, haciéndome mil preguntas sin respuesta. O, al menos, no era yo la que tenía las respuestas. Me planteé levantarme e ir a leer un rato a la salita para coger el sueño, pero tampoco es que tuviera muchas ganas y tampoco quería romper mi «coartada».

Seguí en mi batalla particular con el sueño hasta que en algún momento de la noche me quedé dormida.

Al día siguiente, Eleanor llamó a casa. Recordé que habíamos quedado para que le contara lo que habíamos comentado, pero no tenía ningunas ganas de verla. Seguí con mi pretexto de estar enferma y pedí al servicio que no me pasaran ninguna llamada. La pobre llamó todos los días para preguntar por mi estado. Cuando oía que llamaba, tenía ganas de contestar, pero el maldito orgullo que se había instalado sobre mis hombros me atenazaba las manos, impidiéndome responder. El recuerdo de que todo el mundo estaba al corriente del motivo de su ausencia aplastaba mis ganas de oír su voz.

Al jueves siguiente decidí no asistir al club de lectura, con la disculpa de que todavía no me encontraba en plena forma. De joven, la cabezonería y yo éramos buenas amigas, aunque, por suerte, nuestra relación se ha enfriado con los años. Eleanor volvió a llamar esa tarde, para interesarse una vez más por mi estado y darme los ánimos de todas las del grupo. Una de las chicas del servicio me pasó el recado.

Los días pasaron y el orgullo se fue diluyendo. Tantos días sola en casa me recordaron a los tiempos en los que no conocía el club de lectura, y me sentí desgraciada. Dándole vueltas a la situación, me di cuenta de que seguía enfadada con Eleanor, pero que la echaba de menos. Me había acostumbrado

a hacer tantas cosas a su lado que hacerlas yo sola me sabían a poco. Me tomaba una taza de café mirando a la silla vacía frente a mí con la única conversación del sonido de mis pensamientos, y me parecía extraño; cuando estaba leyendo y levantaba la vista, la butaca vacía a mi lado parecía abarcarlo todo... Esos días sin Eleanor me permitieron valorarla mucho más. En una de las sesiones de lectura, Candela me preguntó si ya estaba mejor. Había rechazado que cualquier médico viniera a verme.

—Yo creo que ya se me ha pasado, Candela, gracias por preguntar.

—No será algo contagioso, ¿no?

Sonreí por dentro.

—No, a menos que el orgullo extremo y la infantilidad puedan compartirse por ósmosis...

—¿Ósmosis? —Frunció el ceño—. Eso suena feo.

—Que he sido una idiota, Candela. —Cerré el libro—. Me he enfadado con la persona que más me quiere en el mundo por una tontería...

—Ah... —Candela miró al suelo, encogiéndose de hombros—. Bueno, si solo es eso, tiene fácil solución.

Dos semanas después de enterarme de que Eleanor me había ocultado cosas, volví al club de lectura. Me cuidé mucho de llegar la última, justo cuando estaba a punto de empezar la sesión, para evitar tener que hablar con ella. Aunque estaban ya a punto de sentarse, la mayoría me dirigieron la misma mirada o me hicieron gestos con la mano, preguntándome silenciosamente si ya estaba bien. Yo respondí a todas con la misma sonrisa tranquilizadora. Eleanor, a través de la sala, me lanzó una mirada preocupada, a la que yo hice ojos ciegos.

Escudándome en estar todavía en periodo de recuperación, pasé la sesión en un rol pasivo y me dediqué a escuchar las opiniones del resto. O, al menos, a intentarlo. Mi cabeza tenía otros planes escritos en grandes folios blancos luciendo una marca de agua escrita con tinta roja en todas sus páginas que rezaba «ELEANOR» en grandes letras mayúsculas.

Al acabar, en el trasiego de las sillas moviéndose, Eleanor vino rauda hacia mí, esquivando a las mujeres que intentaban interesarse por mi estado y, sin darme tiempo a decir nada, me cogió del brazo y me arrastró a un cuartucho de la parte de atrás del bar que hacía las veces de almacén. Me metió dentro y después pasó ella, cerrando la puerta tras de sí. Me echó una mirada que hablaba por sí sola, luego se cruzó de brazos.

—Ni que fuéramos marido y mujer. —Al volver a encontrarme frente a ella, todo el rencor y el orgullo que pensaba olvidados volvieron en tromba. Me crucé de brazos yo también.

—Llevas un par de semanas enfadada conmigo. —Bajó los brazos y su expresión se debatió entre el enfado y la súplica.

—¿Por qué no me dijiste nada sobre tu entrevista de trabajo? —Mi tono de voz sonó algo más duro de lo que yo quería.

—Hasta que no supiera el resultado no quería decirte nada, por si acaso no me lo daban. Básicamente para evitar todo este malentendido.

—Malentendido ninguno —le solté—. Para mí está todo muy claro: lo hablaste con el resto y conmigo no. ¿Esa es la confianza que tienes en mí? ¿Eso es lo que le haces a las «amigas de verdad»? —pregunté, dolida.

Eleanor se miró los zapatos. Luego a los estantes, entornando la mirada, como si entre latas y botellas de cristal pudiera encontrar las palabras

adecuadas.

—A Julián le daba igual y no sabía con quién más hablarlo —admitió finalmente—, así que en la última sesión lo comenté con alguna de las chicas.

—¿Y por qué no conmigo? —repetí, dolida. Eleanor me miró a los ojos.

—Porque no quería ser egoísta. —Yo fruncí el ceño.

—¿Egoísta por qué? ¿Por hablarme de esas cosas?

—Porque tú me dijiste que Norman se oponía y no quería restregarte por la cara el hecho de que yo pudiera presentarme y tú no. —Dio un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separaba, mirándome fijamente a los ojos—. Y si no me cogían, como ha sido el caso, lo iba a mantener en secreto para no hacerte daño. Aunque, por lo que veo, no ha servido de mucho —dijo con voz triste, bajando la mirada.

Yo me quedé muda. Toda la rabia que había sentido, todas las cosas que me había preparado para decirle, todas las preguntas y las armas que había afilado durante días, de repente, se habían quedado romas. El orgullo era más fuerte que yo, así que le atacé con lo único que podía fabricar en solo unos segundos: mentiras.

—Me lo podías haber contado igualmente, no me habría molestado.

—Ya... No lo sé... —Dudó—. Perdona, de verdad. Te prometo que no lo hice a malas. —Yo asentí en silencio y ella me cogió las manos entre las suyas—. ¿Me perdonas, por favor?

Me costó Dios y ayuda, pero con un asentimiento y una media sonrisa falsa que amenazaba con resbalarle de mis labios le di lo que quería. Ella me rodeó con sus brazos, aunque fuera un abrazo tenso. Ese día, volviendo a casa, la conexión entre ambas fue desapareciendo. Caminamos en silencio. Al

llegar a nuestra esquina le dije adiós y me fui. A mi espalda pude oír el «hasta el jueves que viene» vacilante de Eleanor, mientras su perfume se aferraba al cuello de mi abrigo a medida que me alejaba.

Durante un par de días, las sombras de la rabia siguieron dando vueltas en mi cerebro, sin acabar de marcharse. Por una parte, me dolía que no le hubieran dado la plaza a ella, una mujer brillante e implicada, encima para que fuera a caer a manos de una «hija-de» o «sobrina-de»; pero, por otra parte, me alegraba que no se la hubieran dado, y esa parte era la que más me asustaba. Me daba asco la parte de mí que se alegraba de que mi amiga no consiguiera su objetivo, solo porque yo lo tuviera vetado.

Sin embargo, la luz que emanaba de Eleanor podía hacer desaparecer cualquier sombra. Con el paso de los días, la certeza de que había tomado esa decisión pensando en mi bienestar prevaleció por encima de lo demás. Dejando atrás el orgullo, cogí el teléfono y marqué su número.

—Hola, buenos días. ¿A dónde desea dirigir su llamada? —me preguntó la telefonista.

—Al domicilio del señor Julián González. —Las manos me temblaban ligeramente.

—Ahora mismo se lo paso. —La telefonista colocó la clavija en la posición correspondiente. Esperé con impaciencia.

—Buenos días, ¿dígame?

—Buenos días, soy Azucena Parks —le dije a la chica del servicio—, me gustaría hablar con la señora González, por favor. ¿Está en casa?

—Sí, ahora mismo se la paso. Un segundo, por favor.

Unos segundos después, la voz cantarina de Eleanor sonaba por el auricular.

—¡Hola, Azucena! ¿Qué tal? ¿Te apetece ir a dar un paseo?

Una sonrisa se formó en mis labios. A pesar de la pequeña tormenta que acabábamos de pasar, la voz de Eleanor sonaba con el mismo regocijo de siempre. Ella sabía exactamente lo que me hacía falta en cada momento.

Pasaron los días. Nuestra relación volvió por completo al mismo punto que antes. Retomamos las citas para tomar café, para pasear, leer... Lástima que nuestra vida no fuera un libro al que pudiera echar un vistazo para saber lo que pasaba a continuación. Si no, no habría sido tan idiota malgastando tantos días enfadada. Si no, habría aprovechado cada segundo de los últimos momentos que iba a pasar con ella, bebiendo de su risa y guardando su mirada para siempre en mi retina.

Ojalá la vida fuera un libro y pudiera quedarme a vivir para siempre entre las páginas en las que el nombre de Eleanor aún estaba escrito junto al mío.

Plantada delante del portalón de El Olivar, Gabriela volvió a aquel primer día. Recordó la intriga que le había producido la casa, a María abriéndole la puerta, la sensación de ver el salón principal por primera vez. Aquel primer día desconocía todo lo que iba a vivir gracias a sus habitantes, los de papel y tinta y la de carne y hueso. Sacó la carta de la mochila y volvió a leer su contenido:

Hola Gabriela:

Siento muchísimo no haber sido del todo sincera. Hay secretos que se mantienen tantos años entre el polvo que da miedo sacarlos a la luz, por si vuelven a hacernos el mismo daño que la primera vez.

Tengo muchas cosas que contarte. Si estás dispuesta a escucharme, te espero en casa el día que quieras. Ya sabes la dirección y dónde está la llave.

Si en dos semanas no has venido, puedo entender que no quieras saber nada más de mí. En ese caso, te desearía lo mejor.

Espero que estés bien.

Un saludo,

A. Parks

Plegó el papel. Cogió aire y empujó la verja. Avanzó con cautela los pasos que la separaban de la puerta principal. Cuando fue a introducir la llave en la cerradura, esta temblaba con fuerza en su mano, negándose a entrar.

Se separó ligeramente, bajando el brazo. Inspiró de nuevo con fuerza, y llenó sus pulmones hasta que ya no pudo más. Retuvo el aire unos segundos

y, cuando sintió que su cerebro empezó a pedirle aire a gritos, lo soltó lentamente, mientras metía la llave y empujaba la puerta sin pensar.

Ya dentro, se dirigió hacia la salita. Con tres toques casi imperceptibles a la puerta entornada traspasó el umbral, encontrándose a una señora Parks de espaldas, sentada en su butacón, con la mirada perdida en el ventanal. Al oír sus pasos susurrantes sobre la moqueta, la señora Parks se dio la vuelta y una media sonrisa asomó a sus labios, con los ojos vagando entre la tristeza y el alivio.

—Has venido...

Parecía más una súplica que una afirmación.

—En la carta decía que tenía muchas cosas que contarme. —La mujer clavó la vista en el suelo para luego volver a mirar al ventanal. Pasados unos segundos, se levantó con dificultad.

—¿Te apetece un café?

Ya sentadas en la mesa de la cocina, una frente a la otra, Gabriela sentía que cualquiera que pasara por la calle podría oír su corazón retumbándole desbocado en el pecho. Cuando levantó la vista de su taza, le dio la sensación de que la señora Parks parecía mucho más mayor que la última vez que la había visto. Se fijó en las arrugas que surcaban su rostro y aquellos dedos huesudos sin alianza a la vista.

La mujer removía con parsimonia su café, probablemente tibio. Durante unos minutos solo fueron dos mujeres compartiendo espacio con un gran silencio que las ahogaba poco a poco. La señora Parks tomó la taza entre sus manos, como si quisiera absorber el poco calor que quedaba en ella, y dio un gran sorbo. Después de que su nuez subiera y bajara un par de veces para

dejar pasar todo el líquido, suspiró con fuerza. Posó la taza en la mesa y, mirando a Gabriela a los ojos, comenzó con su historia.

—Voy a empezar desde el principio.

Aunque las aguas volvieron a su cauce, las mías seguían turbias, no habiéndose recuperado totalmente del terremoto que las habían sacudido durante varios días. Una parte de mí quería olvidarlo todo y volver a meterme de lleno en la relación con Eleanor, enterrando los reproches y remordimientos, mientras la otra aún se lamía las heridas, demasiado recientes para cerrarse tan fácilmente.

Eleanor era una mujer experta en leer almas ajenas y siento que, por eso, uno de los días que volvíamos del club de lectura me propuso un plan.

—Hace tiempo me comentaste que Norman tenía un viaje de negocios por estas fechas, ¿no? —me preguntó—. Esta semana, creo que me dijiste.

—¡Sí! Es esta semana —respondí, con una sonrisa difícil de ocultar.

Norman se ausentaría durante varias noches. Me emocionaba la idea de tener la casa para mí sola, poder estar tranquilamente leyendo en la salita hasta altas horas de la madrugada, no tener que fingir ni esconderme por las noches.

—¿Qué te parece si hacemos una visita a nuestro rincón secreto? —me propuso Eleanor con un codazo cómplice, levantando una ceja provocadora—. Una merienda, un par de libros... Para que las aguas se apacigüen de una vez por todas.

Entreví un deje de nostalgia en su voz, probablemente por haber perdido ese punto de complicidad que nos estaba costando recuperar. Me hizo una ilusión increíble que lo llamara «nuestro rincón secreto», cuando siempre había sido el suyo; y que se acordara de mi comentario sobre la ausencia de Norman. En la batalla mental entre mi yo rencorosa y mi yo indulgente, la segunda fue más fuerte y tomó el control de mis labios.

—Hecho —accedí—. Norman se va mañana. ¿Quedamos el sábado?

Aquella noche, mientras Norman se esforzaba al máximo en la cama, yo tenía la cabeza en la salida con Eleanor. El día previo estaba nerviosa como una niña a punto de salir de excursión. Habíamos ido al claro cientos de veces, pero esta vez tenía algo que lo hacía más especial. Después de que Norman se fuera, preparé un bizcocho de limón: si Eleanor se quedaba varada en una isla desierta, con abastecimiento ilimitado de bizcocho de limón y lectura, habría aceptado su destino sin remordimientos.

Estábamos habituadas a bajar en primavera y en verano. En otoño, no tanto. Eleanor estuvo a punto de llevar un vestido verde que le encantaba, pero que descartó frente a otro naranja pálido de entretiempo. Preparó un postre de pistacho porque sabía que era mi preferido. Era su manera de hacer las paces, aunque ese día decidí que para mí ya estaba todo olvidado. Me daba vergüenza la reacción desmedida que había tenido, una patalita de niña mimada por una situación que no la merecía, y estaba más que dispuesta a que todo fuera como antes.

Instalamos el mantel y nos sentamos en el suelo, degustando los dulces que habíamos preparado y felicitándonos mutuamente, con cuidado de no manchar de azúcar los libros. De vez en cuando yo levantaba la vista, disimuladamente, y veía a Eleanor enfrascada en la historia, los ojos pegados a las páginas. Me debatí varias veces, pensando en pedirle perdón expresamente. De camino al claro le había dado varias vueltas y me di cuenta de que no me había llegado a excusar en ningún momento. No fui lo bastante valiente como para decírselo, a pesar de sentirme tremendamente afortunada de tener a una persona así en mi vida. Mi estómago dio un vuelco al pensar lo cerca que había estado de perderla. Las grietas que habían resquebrajado mi

pilar todavía eran visibles, pero por fin estaban reparadas. Nada ni nadie podría romperlo de nuevo.

El enfrascamiento respectivo en cada una de nuestras novelas nos impidió darnos cuenta de la bajada de temperatura y el cambio de presión. El cielo se nubló sobre nuestras cabezas y solo fue cuando unas finas gotas de agua cayeron sobre las páginas que decidimos levantar el campamento.

—Vaya... —se lamentó Eleanor, levantándose—. Mira que no pensé que se pudiera poner a llover... Vamos a recogerlo todo rápido.

No teníamos mucho que recoger; solo tuvimos que guardar los libros bajo la combinación para evitar que se mojaran. Nos dirigimos con la cabeza gacha hacia el sendero de salida del claro. Súbitamente, las finas gotas de lluvia que habían interrumpido nuestra sesión de reconciliación fueron sustituidas por grandes goterones, que caían cada vez con más fuerza y en mayor cantidad. El viento empezó a soplar con fuerza. Un trueno retumbó en la lejanía.

—¡Nos vamos a mojar enteras! —grité yo, mientras dejamos de caminar y nos pusimos a correr. No era fácil, porque el sendero ascendente estaba lleno de piedras, perfectas para utilizarlas como puntos de apoyo, pero que se convertían en trampas resbaladizas en cuanto estaban un poco mojadas.

Eleanor, a mi espalda, se reía extasiada. La tormenta trajo a mi mente una conversación que habíamos tenido en su casa, varios meses atrás, antes de que todo se torciera.

—No entiendo a la gente que corre cuando llueve —me dijo en aquella ocasión—. Si te has olvidado el paraguas, mojar te vas a mojar igual.

—Ya, bueno —repliqué yo—, pero si vas corriendo tardas menos en llegar a tu casa o a un lugar donde puedas cobijarte.

—Pero si vas corriendo —contraatacó ella, posando la taza de té en la mesa para que su dedo índice extendido pudiera apoyar su teoría—, sobre la cabeza te cae la misma lluvia que si vas andando, más toda la lluvia que te llega de frente. Cuanto más rápido corras, más distancia recorrerás por segundo, lo que implica más gotas de agua por minuto, y, por tanto, te mojarás más. Además —me cortó cuando iba a rebatir su argumento—, el agua de lluvia en la piel te hace sentir vivo. Como si fueras un árbol o una planta... Cuando estemos bajo tierra, ya no podremos sentirla. Qué pena perder la oportunidad ahora... ¿No crees?

A Eleanor se le daba de lujo eso, hablar técnicamente de un asunto e, instantes después, volverse profunda y darle un punto de vista místico. Juraría que yo le había respondido algo así como que los muertos no podían sentir nada, pero entre el estruendo de la tormenta y decidir cómo nos podíamos mojar lo menos posible, mi cabeza estaba pendiente de otros asuntos más urgentes. Sentía que era mi culpa que estuviéramos allí mojándonos. Si yo no me hubiera enfadado, ella no se habría sentido obligada a proponer un plan especial para hacer las paces.

Entre el estruendo de la tormenta, le propuse a gritos recortar por el bosque para acortar camino. El sendero que llevaba hasta nuestro lugar secreto era precioso, pero daba un buen rodeo a un bosque de árboles robustos, perfecto para dar un paseo tranquilo, poco práctico para volver a casa rápidamente. Si cruzábamos el bosque en línea recta, podríamos ganar unos cuantos minutos, además de que los árboles nos protegerían del agua. Un rayo iluminó el cielo. El trueno sonó segundos después. Las nubes cubrían la luz del sol dando la sensación de que era prácticamente de noche.

Me puse delante para intentar guiarnos. Rápidamente mi plan perdía fuerza. La idea de caminar en línea recta era buena, pero no había pensado en la ausencia de un camino marcado. El suelo era irregular, repleto de raíces y ramas por doquier, encima, mojadas y resbaladizas. Las gotas que traspasaban el follaje se nos metían en los ojos y nos hacían correr casi a ciegas. Las faldas del vestido, completamente empapadas, se me pegaban a las piernas, una segunda piel que me dificultaba aún más el avance. De vez en cuando giraba la cabeza, para confirmar que Eleanor me seguía.

Cuando salimos del bosque, un rayo golpeó uno de los árboles que acabábamos de dejar atrás, emitiendo un fogonazo. Chillé. Completamente aterradas, aceleramos. Eleanor me adelantó por la derecha y se colocó delante. Solo nos quedaba bajar un último sendero empinado que descendía varios metros, muy similar al camino de entrada al claro, y a partir de ahí todo sería plano. Mis pulmones en llamas se aferraron a la certeza de que ya quedaba poco.

Eleanor bajó con la confianza de haber recorrido ese camino millones de veces, quizás incluso en tardes lluviosas como aquella. Yo, que no estaba tan acostumbrada, intenté seguirle el ritmo y, cuando quise apoyarme en una de esas malditas piedras, perdí pie. El impulso de la carrera me lanzó hacia adelante e impacté contra Eleanor.

A partir de ahí, nadie sabe exactamente lo que ocurrió. Yo me golpeé la cabeza en algún momento de la caída y perdí el conocimiento. Supongo que haría caer a Eleanor y nos precipitamos juntas por la pendiente, sin que nada pudiera frenar nuestra caída. De tantas veces que le he dado vueltas a ese día en mi cabeza, en mi cama antes de dormir o en el borde de aquel sendero, al que acudí cientos de veces después del accidente, creo recordar. Creo

recordar cómo el impacto de mi cuerpo contra el suyo le pilló de improviso y la empujó hacia el vacío, su cuerpo amortiguando mi caída, no la suya.

Días después, cuando recobré la consciencia en el hospital, los médicos me contaron que fue uno de los bomberos el que nos encontró, gracias al vestido naranja de mi amiga que destacaba en medio de la hierba, cuando acudieron para revisar un árbol que había sido golpeado por un rayo. Yo ignoré toda la información sobre mi estado —había pasado varios días inconsciente, tenía varias fracturas repartidas por todo el cuerpo, y aún no me encontraba del todo fuera de peligro— para preguntar cómo estaba Eleanor. Me respondieron con evasivas. «Está en la Unidad de Cuidados Intensivos, no se permiten visitas». «Le avisaremos si hay algún cambio en su estado, no se preocupe». «Pronto podrá verla».

Norman vino a verme, furioso porque había tenido que coger un tren urgente al recibir una llamada avisándole de que había tenido un accidente. Me increpó, preguntándome por qué estaba por ahí haciendo tonterías. No atendí a sus imprecaciones y seguí preguntando por Eleanor.

Durante esos días iniciales de rehabilitación, pensaba en recuperarme solo por verla. Comía lo que me decían las enfermeras, hacía los ejercicios que me mandaba el médico, solo por ponerme mejor y poder ir a visitarla. Me la imaginaba en una sala oscura, con miles de cables y tubos saliendo por y a través de ella, y tomaba fuerzas de donde no las tenía para poder ver una vez más esos ojos celestes analizándome el alma. Me sentía tremendamente culpable. Si yo hubiera ido delante, no la habría hecho caer. En los días más oscuros, la esperanza de verla una vez más, poder escuchar su risa, era lo único que me daba fuerzas para despertarme por las mañanas.

Cuando me estabilicé y pudieron sentarme en una silla de ruedas, un médico entrado en años, con gafas de pasta y expresión seria, me anunció la muerte de Eleanor. Si no supiera que es imposible, que el corazón es un músculo y no un hueso, te habría dicho que en ese mismo instante se me rompió en mil pedazos, porque los sentí todos y cada uno de ellos clavándose dentro de mi pecho. Te prometo que oí cómo se rompía. Un martillo gigantesco que habían dejado caer con rabia sobre una delicada vasija de porcelana blanca, produciendo una onda expansiva de esquirlas punzantes y mortíferas que dañaban todo aquello que encontraban a su paso. Mis pulmones dejaron de respirar por unos segundos. La sangre se detuvo en mis venas. «No es posible», gemí.

Durante varios días se libró una batalla encarnizada en mi interior. El cerebro era el más coherente de los dos, pero el corazón no tenía oídos, o no quería tenerlos, y no escuchaba su ausencia. No entendía que Eleanor ya no estaba. Me asedió durante interminables días y noches postrada en aquella cama de hospital, con oleadas de amor que, al no tener destinataria, me ahogaban lentamente. Mi cabeza sabía que no había nada que hacer, que era inútil. Sabía que ya no podría ser y sobrevivió a los envites del corazón estoicamente, esperando una rendición. Por suerte, mi corazón comprendió a tiempo, antes de matarme de amor.

Tras los días de bloqueo, empezaron a salir las lágrimas, sin límite ni freno, durante días enteros. Los médicos me aconsejaban que tuviera cuidado, que las fracturas de mis costillas aún eran inestables. ¿Qué querían que hiciera? ¿Que me arrancara las entrañas para dejar de sentir? Lo hubiera hecho encantada. Haberme roto todos los huesos del cuerpo no me habría

dolido una milésima parte de lo que me dolió saber que había perdido a lo que más he querido en este mundo.

De alguna forma que aún no consigo comprender, a través de toda esa pena y desasosiego, mi cuerpo fue capaz de recuperarse. Meses después salía del hospital por mi propio pie. Minutos antes de volver a casa, una enfermera se acercó a hurtadillas a mi habitación para confesarme que Eleanor no había llegado ni siquiera al hospital, que los propios bomberos que pidieron una ambulancia para mí, al ver que yo aún respiraba, confirmaron allí mismo que ella había fallecido. Las heridas que había sufrido en la caída, con un golpe en la cabeza muy similar al mío, habían sido letales. Me dijo todo esto con las lágrimas asomando por sus ojos. A pesar de la dureza de sus palabras, agradecí saber la verdad.

Ni siquiera pude ir al velatorio o al entierro. Se celebró mientras seguía ingresada. En casa, descubrí que el pilar de mi vida había desaparecido. No estaba roto, ni siquiera en pedazos. Se había volatilizado. Mi existencia, sin nada sobre lo que apoyarse en el mundo, flotaba en un vacío en el que el tiempo era relativo. Las horas dejaron de tener sentido y los meses se camuflaron unos con otros. El sol y la luna se intercambiaban turnos sin ningún orden. Aunque en el exterior una estación daba paso a la siguiente, en mi mundo el tiempo se había detenido el día que supe que Eleanor ya no estaba en él. La culpa y la pena me carcomían y me pasé días enteros sin salir de la habitación, sin comer ni beber apenas, haciendo mis necesidades en la bacinilla, que las chicas cambiaban con diligencia. Perdí tantos kilos que ni siquiera me reconocía en el espejo.

El primer día que reuní el coraje suficiente para arrastrarme fuera de la cama y sentarme en el salón principal, la luz del sol me hizo daño y tuve que

guiñar los ojos para soportar el brillo. Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando y cogí un libro de la estantería, para sentarme acto seguido en uno de los butacones. Quería buscar refugio en vidas inventadas, mundos que no existieran, problemas que me fueran ajenos; no tener que enfrentarme a la brutalidad del mundo real.

Al mirar la primera página, temí haber cogido un volumen en un idioma extranjero, ya que las palabras se mezclaban ante mis ojos como hilos desordenados dentro de una caja de costura. Cogí otro volumen y me pasó lo mismo. Se me empezó a acelerar el pulso. Fui sacando diferentes libros, de todos los tipos y tamaños, para arrojarlos acto seguido con rabia al suelo. Algo le había pasado a mi cabeza, algo que había convertido las palabras en... líneas. Líneas sin sentido ni dirección, como mi vida en ese momento. Me agarré la cabeza con las manos y grité, arrodillándome en el suelo, rodeada por un cementerio de volúmenes despechados.

Nadie supo decirme qué tenía. Cuando se lo comenté al médico que venía a pasar las revisiones a domicilio, me comentó sin darle mucha importancia que serían secuelas de la hemorragia cerebral, o del *shock* tras el accidente. «El cerebro tiene ahora mismo muchas cosas que gestionar. Un compañero me comentó que falleció una amiga suya. La acompañó en el sentimiento. Ya vendrá solo, no se preocupe», me dijo con un gesto despreocupado de la mano, antes de coger su maletín y abandonar la habitación.

Pasaron los meses y solo vino la guerra. Meses muy duros, una espiral de sombra y soledad en la que el sentido de la vida no tenía cabida. Me planteé muchas cosas... Norman, apoyado por los médicos, decidió que el mejor remedio para mi tristeza y pasar página sería tener un hijo. No entendían que

la vida no es un libro y no se puede «pasar página» como quien cambia de capítulo en una novela.

Cuando tuve a Frederick, lo que se suponía que me iba a hacer feliz, que me iba a traer luz a todos estos meses de oscuridad, me hizo hundirme más en el pozo. Solo podía recordar las palabras de Eleanor y esa promesa que nunca podría cumplir. Por mi culpa, me lo tenía merecido. Durante muchos años mis demonios me convencieron de que merecía sufrir por lo que le había hecho a ella y a su familia. En varias ocasiones vi a Paul con su niñera, en pantalones cortos y calcetines altos, con la misma mirada de su madre. Me aliviaba saber que, si ese niño algún día se fijaba en mí, nunca me reconocería. Nunca me perdonaría haber dejado a un hijo sin su madre.

El nacimiento de Frederick me obligó a vivir. No le dediqué toda la energía que necesitaba porque mi duelo me lo impedía y el estallido de la guerra tampoco ayudó. Mi corazón en pedazos no podía dar amor cuando había dejado de creer en él. Egoístamente, los dos o tres primeros años de Frederick me salvaron. Quizás fue un salvamento algo bruto, como inundar una cocina de agua solo porque una sartén está en llamas. El incendio se apaga, pero el agua arrastra el resto de muebles en el proceso. Cuando mis pensamientos se volvían demasiado oscuros, una voz cruel en mi cabeza me reprendía. «Ya has dejado a un niño sin su madre, ¿vas a volver a hacer lo mismo? Egoísta».

Acabé acudiendo al cura de la iglesia para desahogarme. Yo, que había renegado de la religión una vez acabado el colegio, acudía a ella como última opción, amparándome en el secreto de confesión. La desesperación te lleva a cuestionarte tus propios valores. «Esa incapacidad para leer es un castigo de Dios, señora, por seguir las sendas del pecado. Debe aceptar Su decisión con

entereza y hacerse responsable de sus actos. Quizás, si lo hace con suficiente fe, un día el Señor le perdonará».

Cuando volví a pasar por delante del Café Europa, tras la guerra, el local estaba cerrado, tablones de madera bloqueaban los grandes ventanales. El pozo se volvió más profundo. Estuve a punto de creer que todo había sido una ilusión, que no habían existido ni Mariluz, ni Ángeles... Ni Eleanor. Que eran producto de mi imaginación. Que me estaba volviendo loca.

Me encerré en mí misma. Ni siquiera podía refugiarme en la lectura. Cuando cogía un libro entre las manos, concentrándome para que los caracteres tomaran forma ante mí, estos se enmarañaban en figuras extrañas, desconocidas, totalmente indescifrables. En el momento en el que más necesitaba escapar del mundo real, hasta mis fieles aliados me habían abandonado.

Durante años estuve sola. Totalmente sola.

—Y a día de hoy, sigue sin poder leer... —dijo Gabriela, con un tono entre la afirmación y la pregunta. La señora Parks asintió en silencio—. Pero el otro día...

La anciana sacudió la cabeza y soltó una risa amarga que no emitió sonido alguno.

—Soy muy cabezona y nunca pierdo la esperanza. De vez en cuando cojo un libro e intento concentrarme, para ver si, esa vez sí, puedo leer de nuevo...

—Se quedó con la vista perdida encima de la mesa—. A veces paso las páginas con calma, como si disimulando que realmente sé lo que estoy leyendo pueda convencer a mi cerebro; otras, me fijo con fuerza en las letras, pero ninguno de los métodos es efectivo.

—Entonces, ¿no tiene ningún problema de visión?

—Ninguno... Mi vista, tanto de lejos como de cerca, es impecable. Nunca en mi vida he necesitado utilizar gafas, paso anualmente la revisión en el oculista.

Gabriela frunció el ceño.

—¿Y cómo le revisan la vista, es capaz de distinguir las letras?

—No del todo. Usan una versión de la tabla que utilizan los oftalmólogos, pero para gente analfabeta o los niños que aún no saben leer.

—Ah...

Gabriela empezó a comprender muchas cosas: los mandalas perfectamente coloreados, la aguja enhebrada sin esfuerzo, la aprensión a los días lluviosos... Sin embargo, había una cosa que todavía no le cuadraba.

—Pero, su letra... Usted escribe muy pequeño, escribió la nota y la carta. Es más, escribe. ¿Puede leer lo que escribe?

—Solamente durante unos instantes. Es como si fuera un truco de magia; mientras el bolígrafo está en contacto con el papel, el hechizo se mantiene en pie. —La anciana se resguardó en la taza de café, con los dedos sujetando un bolígrafo invisible—. Una vez termino una frase o dejo la nota para hacer otra cosa, la magia se pierde y se vuelven líneas aleatorias de nuevo, como las que rellenan los libros.

La anciana separó los dedos y el bolígrafo de aire se evaporó. Gabriela miró hacia las estanterías que asomaban por la puerta de la cocina. Todos los volúmenes que los poblaban, seres inertes para la señora Parks. A menos que alguien viniera a despertarlos, para ella no eran más que hojas llenas de garabatos.

—¿No le resulta duro vivir rodeada de ellos sabiendo que no puede leer ninguno? —La pregunta salió de su boca sin darle tiempo a su cabeza para reflexionar, sus ojos retenidos por los reservorios de palabras.

Azucena siguió la dirección de su mirada. Nunca se lo había contado a nadie. Se sentía liberada de un peso que creía que formaba parte de ella. Tras tantos años imbuido en su piel, estaba convencida de que se había convertido en una parte más de su ser, como el corazón o los pulmones. Se levantó y, tras pasar la puerta, paseó la mirada por las estanterías de la salita. Miró más allá, como si a través de los muros pudiera ver todos los libros que habitaban aquella casa, los que completaban las estanterías de otros hogares, de los colegios, de las bibliotecas... Con un suspiro de nostalgia, negó con la cabeza.

—No... —Aunque luego rectificó—. Bueno, tengo que admitir que al principio sí, los primeros años tras el accidente sí. Luego no. Los libros tienen algo especial, algo mágico —dijo, con ojos brillantes de emoción perdidos en la inmensidad de historias—. Siento que estoy acompañada de todas las vidas que he vivido a lo largo de mi existencia. Me siento rodeada de fieles amigos, aunque ya no nos podamos comunicar a solas. Los libros me han permitido vivir todas aquellas vidas que no he podido vivir físicamente, tanto los que pude leer yo en mi juventud como los que me habéis leído otras personas a lo largo de mi vida.

Azucena siguió con la mirada perdida en las estanterías, con la verdadera razón por la que se había aferrado a aquella casa rondándole la mente.

—También está el hecho de que esta casa me trae muchos recuerdos de Eleanor —confesó—. Ella se sentaba en el mismo butacón en el que te sientas tú normalmente.

Azucena se giró hacia Gabriela, que la había seguido silenciosamente desde la cocina.

—¡No, hombre, no! —rio Azucena, cuando vio el pánico reflejado en sus ojos. Se acercó con pasos torpes para tranquilizarla, sujetándole el brazo—. Seguro que Eleanor estaría encantada de que estuvieras ahí sentada. Tú y todos los que habéis podido pasar por ahí para hacerme la vida un poco más fácil. —Le cogió las dos manos—. Nadie reemplazará nunca a Eleanor, pero el tiempo que escucho a otra persona leer y estoy viviendo una vida diferente a la mía, es tiempo en este mundo que no me duele el corazón pensando en ella.

Gabriela se estremeció, extrapolando sus propias vivencias a lo que acababa de decir la anciana. Ella sentía con la música algo similar, aunque no

necesitara a nadie para poder escucharla.

—¿Cuándo empezó a contratar a gente que leyera para usted?

—Fingí durante mucho tiempo —susurró Azucena, zambulléndose de nuevo en sus recuerdos—. Hasta que Candela me salvó.

Como se hace en todos los ambientes de poder, la familia de Julián y de Eleanor se preocuparon de proteger con mimo los detalles de su muerte. Nadie quería un escándalo que manchara el nombre de la familia, incluido Norman, quien temía verse salpicado.

Anunciaron que Eleanor había fallecido de un problema en el corazón. Una afección tan rara como fulminante. No había presentado síntomas y de la noche a la mañana había aparecido muerta en su lecho. En mi caso, ni siquiera pregunté qué excusa habían dado para explicar mi estancia en el hospital y mi convalecencia. No me importaba. A las chicas del servicio tampoco se les ocurría preguntar, aunque yo sabía que los susurros son los mensajeros más rápidos y eficientes de este mundo.

La posguerra no tuvo ningún tipo de miramiento y, entre defunciones, retiradas y desapariciones, Candela quedó como única superviviente del servicio. Una tarde, Norman estaba en su despacho, trabajando; Frederick, durmiendo, y yo en la salita, con un libro entre las manos apoyado en mi barriga incipiente: uno de esos nefastos intentos de recobrar la capacidad de lectura. Candela se acercó con paso sigiloso por detrás.

—Buenas tardes, señora Parks, ya he acabado todo. ¿Le importaría si cojo un libro?

Yo asentí silenciosamente con un gesto, sin despegarme de las páginas. Solo estábamos nosotros tres y la indiferencia me había invadido hasta tal punto que si Norman salía y cometía una locura por ver a una sirvienta descansando en una de las zonas comunes, hasta se lo hubiera agradecido. Candela se sentó en una de las sillas libres. Yo seguí con mi particular tortura,

hasta que unos minutos después decidió romper el silencio, volviendo a traer algo de luz a mi vida.

—¿Quiere que lea para usted? —me preguntó en voz baja.

Yo levanté los ojos, sorprendida. Candela tenía la mirada fija en mi libro. Fruncí el ceño, posando una pregunta muda. «¿Por qué vas a leer para mí?».

—Me he fijado que desde que tuvo el accidente coge a menudo los libros al revés. O que de vez en cuando se queda clavada en una página durante varios minutos antes de pasar a la siguiente —dijo bajando los ojos, retorciéndose las manos entre sí.

Mi pulso se aceleró. En un primer momento sentí vergüenza, que fue rápidamente sustituida por la furia. Sin embargo, poco a poco las palabras que habían resaltado mis temores se diluyeron en el silencio y solo quedamos Candela, yo y cientos de libros. Ella tenía la vista fija en mi vientre, el punto justo para mantener la cabeza gacha y, a la vez, poder percibir mi expresión facial.

Aunque me dolía mucho, Candela tenía razón. Por mucho que lo intentara, con poco acierto, además, por lo que me acababa de confesar, los años volaban y seguía siendo incapaz de leer. Cada día que pasaba mi sufrimiento pesaba más y no sabía cuánto tiempo podría seguir intentándolo antes de volverme loca.

Reticente, cerré el libro que tenía entre las manos. Candela levantó la cabeza al percibir el movimiento. Me incliné en el butacón, sin llegar a levantarme, y lo posé en la mesilla que estaba entre las dos. Nuestros ojos se encontraron durante un par de segundos. Acto seguido, me recosté un poco en el sillón y cerré los míos.

Candela entendió perfectamente y, sin emitir un solo ruido, recogió el libro de la mesita y empezó a leer. Se notaba que no tenía la soltura de alguien que llevara toda la vida leyendo, pero sabiendo que hacía solo unos años que había aprendido, no lo hacía nada mal. Mi voz se retiró a una esquina de mi mente, dejando espacio a la suya, que inundó mi cabeza como si la autora hubiera decidido salir de las páginas y narrar su propia novela en voz superpuesta.

Candela fue mi primera lectora. Con el paso de las sesiones, mi cerebro acogió esta voz que solo había oído en el exterior y la abrazó como mi monólogo interno. Con ella aprendí a dejarme llevar, a vivir la lectura de un modo que nunca había experimentado y al que, desgraciada o afortunadamente, me tendría que acostumbrar. Gracias a Candela pude seguir disfrutando de las historias, de la ficción, del ensayo. Cuando ella no estaba, yo cogía un libro e intentaba descifrar las palabras que estaban ante mí, sin éxito. Cuando nos quedábamos solas, Candela venía. Ella leía, yo escuchaba.

Con ella empecé también la costumbre de coger un libro entre las manos, acompasando el cambio de página cuando oía el suave crujir que me indicaba el suyo, simulando que yo también leía, para ver si así, algún día, mi cerebro recordaba cómo hacer aquello que durante tantos años me había hecho sentir viva.

—Candela, después de unos años, acabó yendo a la universidad. Fui yo la que la animé a ello, apoyada por parte de la herencia que me quedó cuando Norman falleció a causa de un cáncer. No quería que se quedara toda la vida trabajando en una casa. Después, vinisteis el resto: Patricia, Jimena, Iván, tú... De algunos de ellos ya no me acuerdo del nombre, han sido tantos años... Pero dentro de mi cabeza siempre se quedarán guardadas vuestras voces y los libros que he podido leer gracias a vosotros.

«¿Le puedo dar un abrazo?». Azucena había asentido, con los ojos brillantes, y se habían despedido justo después. Gabriela seguía dándole vueltas a la historia tan rocambolesca que había escuchado aquella tarde: la infancia de la señora Parks, su vida con Norman, el accidente con Eleanor... De camino al autobús, se había puesto los cascos, que, por una vez en su vida, agradecía que estuvieran mudos: necesitaba silencio para pensar. Tenía la cabeza que echaba humo. Le chocó el hecho de que en un cuerpo tan pequeño pudiera caber tanta vida y tantas malas experiencias. Cómo todo podía esconderse detrás de una fachada de arrugas y canas. Pensó si ella en el futuro sería igual.

Entre preguntas y cuestiones, la mente se desvió hacia el tema más notorio y asombroso. EL tema. Nunca había sido mucho de ciencias, pero le parecía increíble cómo el cerebro humano podía ser capaz de eso. ¿De verdad una persona podía desaprender cómo leer, de la noche a la mañana, conservando intactas las capacidades de hablar y de escribir? Se imaginó que de un día para otro se le olvidara andar en bicicleta o que, al escuchar la música, no pudiera identificar una melodía y lo único que llegara a sus oídos fuera un pitido de sonido plano. Se estremeció.

Le había preguntado a Azucena por qué no había pedido la opinión de otros médicos. Norman se opuso, excusándose en el hecho de que la vista no estaba afectada. «¿Qué más da si no puedes leer?». Si ese tal Norman le hubiera soltado una pregunta como esa a la cara, le habría metido una buena bofetada. La sangre le bulló por dentro. Luego se dio cuenta de que eso no cambiaría nada. Norman estaba muerto, los años habían pasado y nadie se los podría devolver a Azucena. Pero seguro que habría algo que se podría hacer ahora, en el presente.

Gabriela se paró de súbito en medio de la acera, obligando a un par de chicos que caminaban con paso rápido a sortearla con pericia. Tenía que haber una respuesta; y seguro que también una cura. Ahora mismo las desconocía, pero sabía dónde podría encontrarlas. Cruzó la calle y echó a correr. Miró su reloj. Quedaba menos de una hora para que cerraran.

Se instaló rápidamente en su ordenador y lo encendió, bolígrafo en mano. Navegó con premura por la Red, haciendo anotaciones en una hoja rasgada que había encontrado vagando por su mochila. Acompañada de un fiel escudero en forma de diccionario, estuvo consultando artículos científicos de los que desconocía la mayoría de las palabras. Se sentía un poco como Azucena: aunque ella sí podía leer las palabras, parecían intrincados jeroglíficos ante sus ojos, el significado totalmente desconocido.

Tras un buen rato de búsqueda, dio con una pista que le llevó a un libro publicado a finales de los 80, con diferentes ediciones más actualizadas. Rebuscando en los pasillos de libros científicos, dio con él, y guiada por el índice, encontró la respuesta que estaba buscando.

Al día siguiente, Gabriela intentaba sin éxito disimular la gran sonrisa que decoraba su cara. El ansia de contarle la noticia la había mantenido en vela

toda la noche y se había pasado la mañana en el bar echando miradas constantes al reloj, ansiando el momento de acabar su turno y poder ir a visitar a Azucena.

Todavía no eran las cinco, pero no se había podido aguantar más. Abrazaba el libro con fuerza, el que había sacado ayer de la biblioteca momentos antes de que cerrara. Se le saltaba la risa cuando rememoraba el comentario que había hecho Belén. «Después de tantos años, nunca pensé que tu primera opción para sacar un libro de la biblioteca fuera esta», había dicho la bibliotecaria con una ceja levantada, mientras pasaba el código de barras al libro, para tendérselo después por debajo de la cristalera tras ojear por segunda vez la portada. «Es para ayudar a una amiga», había respondido ella.

Aunque era un tema que no controlaba en absoluto, palabras largas y gran parte de vocabulario indescifrable, se había quedado hasta altas horas de la noche pasando las páginas, intentando comprender. Finalmente, cuando los ojos levantaban bandera blanca, apagó la luz y se acostó con una sonrisa fijada en los labios.

Con la alegría rebosando de cada poro, visualizando el momento en que le diera la noticia, levantó la cabeza hacia la ventanilla, viendo pasar una conocida tienda de ropa... Una tienda que normalmente estaba más allá de su parada. «Mierda». Pidió permiso a la mujer sentada junto a ella para que la dejara pasar y de paso darle al botón rojo disimulado en uno de los postes.

Los metros que la separaban del portalón de la señora Parks los recorrió medio corriendo, sin hacer caso al ruido sordo que retumbaba en su rodilla derecha. Llevaba el libro bien protegido entre los brazos, le daba pavor tener que devolverlo y que estuviera doblado o manchado. Abrió la puerta y saludó con efusividad, plantándose rápidamente en el quicio de la puerta de la salita

con la sonrisa, que se había hecho más grande con el paso de las horas, iluminando su rostro y el libro abrazado contra su pecho. Cuando la señora Parks la miró, después de revisar la hora en su reloj de muñeca, Gabriela la interrumpió incluso antes de que pudiera hacer ninguna pregunta. Emitió una sola palabra. O un nombre.

—Alexia.

La anciana levantó aún más la ceja que mostraba su desconcierto.

—¿Quién? —preguntó, con la incertidumbre pintada en el rostro.

—Quién no, qué —aclaró Gabriela, ensanchando hasta el límite de lo imposible su sonrisa y acercándose hacia la anciana. Posó el libro que había sacado de la biblioteca en la mesa, abriéndolo por la página que había marcado la noche anterior con una antigua entrada de cine—. El síndrome que sufre usted se llama «alexia», «alexia sin agrafia» para ser más exactos —leyó directamente del manual que había sacado de la biblioteca, subrayando con su dedo índice el título del capítulo.

Gabriela leyó una vez más en voz alta para la señora Parks. Esta vez no era ninguna historia fantástica, ningún recuerdo del pasado ni utopía del futuro: era un manual de logopedia. Sin embargo, quizás era el texto más importante que había escuchado en toda su vida, porque por fin, su condición, su freno, tenía nombre; y no se puede temer a aquello que nos es conocido.

—«La alexia puede presentarse en dos formas diferentes, con o sin agrafia» —leyó Gabriela en voz alta, con su sonrisa modulando el tono de su voz y la anciana bien pegada a su hombro—. «La alexia pura o sin agrafia, forma más simple de las dos, es un síndrome clínico caracterizado por un trastorno en la lectura con preservación de otras funciones del lenguaje que incluyen la escritura. Las causas principales de este síndrome son las lesiones

que afectan la corteza visual izquierda y el rodete del cuerpo calloso, así queda la corteza visual derecha “desconectada” del área de integración visual (área 39) del hemisferio parietal dominante, que ha sido denominada por otros autores como centro de la lectura y de la escritura». Esa parte aún no la he entendido muy bien, quizás revise algún manual de anatomía, pero bueno. —Saltó un par de párrafos y siguió leyendo—. «Los pacientes afectados por este síndrome no son capaces de nombrar las palabras o letras que se le señalen. Mantienen intacta la capacidad de escribir con fluidez, a pesar de que, una vez plasmado en el papel, sean incapaces de leer lo que han escrito».

Azucena miró el manual con los ojos como platos. Gabriela se apartó suavemente y la anciana acunó el manual entre las manos, apoyándolo en el regazo. Las lágrimas nublaron su vista, aunque ya no importaba. Nunca unas palabras escritas habían sido tan claras. Pasaba las hojas con mimo, deslizando los dedos por los diagramas que aclaraban las diferentes clasificaciones, por los listados de síntomas..., por la explicación que había anhelado tantos años. La prueba irrefutable de que no se había inventado nada. Con manos temblorosas se acercó el libro a la cara y aspiró el aroma de sus páginas. Obtuvo un efluvio de certeza, de aquella respuesta mil veces buscada y por fin encontrada. Cuando lo separó, lágrimas valerosas se acumulaban en sus ojos, dispuestas a salir. Lágrimas de alivio retenidas durante más de medio siglo.

—Nunca estuve loca, Eleanor, nunca lo estuve... —susurraba para sí, entre hipidos, entre lágrimas saladas que, después de tantos momentos amargos, caían por fin, dejando tras de sí estelas dulces. Giró la cabeza hacia Gabriela, que se había mimetizado con el fondo, dejando que Azucena tuviera el

momento para el que había estado esperando tantos años, a pesar de que la desesperanza le hubiera hecho olvidarse de buscar respuestas.

La joven respondió como un espejo, con una sonrisa de alivio bañada en lágrimas. Esta vez fue Azucena la que se levantó de su sillón y le dio un abrazo a la joven, un abrazo fuerte, sincero. Amoroso y mullido.

—¿Cuál es tu secreto?

Tras confirmar con Azucena que sufría de alexia, Gabriela intentó convencerla de ir a ver a un médico o un logopeda, quizá podría ayudarla. La anciana rechazó la ayuda, escudándose en la certeza de que con esos años su cerebro ya no era el que había sido y que no merecía la pena, que prefería su visita diaria para disfrutar de la lectura.

Así que, durante unos días, las sesiones de lectura transcurrieron como siempre. Gabriela entraba, se sentaba en el sillón de siempre, cogía el libro que estaban leyendo en ese momento y dejaba que la anciana tomara la posición de siempre. Leía en voz alta hasta que el reloj daba las siete y tomaba el autobús de siempre.

Sin embargo, el día que acabaron ese libro, viendo que las agujas del reloj formaban un ángulo plano, Azucena la invitó a un té. La anciana actuó como siempre, preparando un té y un café, el primero para la invitada, el segundo para la anfitriona, dejando que Gabriela se sentara en la silla de siempre. Dejó las tazas sobre la mesa y en esta ocasión, sin embargo, se sentó a su izquierda, no frente a ella, donde estaba acostumbrada. Entonces le soltó la pregunta a bocajarro, sin dar tiempo a la joven a situarse ni a preparar una estrategia.

—¿El mío?

Para gusto de Azucena, la pregunta la pilló por sorpresa y, sin embargo, Gabriela sabía de sobra la respuesta. Se hizo la tonta, rezando a un Dios en el que no creía para ver si el oleaje pasaba. No se daba cuenta de que estaba ante una marinera experimentada, que conocía el mar y sus olas como las arrugas de la palma de su mano.

—He pasado demasiados años ocultando un secreto cómo para no saber cuándo alguien esconde uno. Y tú, querida mía —enfaticó con un dedo índice acusador, guiñando un ojo—, lo llevas escrito en la frente desde el primer día en que te vi.

Gabriela la miró perpleja, intentando mantener una expresión neutra y que sus ojos no dejaran entrever cómo la presa que mantenía todos sus sentimientos en su sitio se resquebrajaba. Una batalla mil veces librada volvió a tomar lugar en su interior. Ambas contrincantes subieron al ring. Solo que, por primera vez en toda su vida, las apuestas no estaban tan claras. En un lado apareció una Gabriela renqueante, llena de heridas y moratones, con la cabeza aguantando a duras penas el peso del casco. Esa Gabriela, la que deseaba liberarse de su carga, a pesar de estar llena de cardenales y contusiones, se había vuelto más fuerte. Tenía un referente en cuyos ojos había visto el alivio al alcanzar aquello que tanto ansiaba. Sin embargo, en el otro extremo del ring estaba una Gabriela ilesa. Esta, la que tenía miedo de la opinión ajena, había ganado tantas veces la pelea que un exceso de confianza la impediría esforzarse, de tan confiada que estaba en el resultado final. Siempre era igual.

—No sé de qué me habla... —soltó, poniéndose a la defensiva. La Gabriela invicta avanzó con paso firme y asestó un derechazo, directo al estómago de su contrincante y tirándola al suelo.

Liberar aquello que lleva tiempo escondido da tanto miedo que a veces preferimos guardarlo para nosotros mismos, sin saber que la misma agua que nos nutre nos envenena poco a poco. Y la mosca, atrapada en una planta carnívora, ante el miedo a darse cuenta de dónde está, prefiere quedarse inmóvil, contentándose con morir poco a poco.

En el mismo momento en que hablara, rompería el hechizo. La casa de la señora Parks dejaría de ser su lugar seguro. Dejaría de ser la razón por la que había seguido acudiendo todos estos meses. Y, sin embargo, ansiaba decirle la verdad. De todas las personas que había en el mundo (de todas las que conocía, al menos), Azucena era una de las pocas que podía entender sus preocupaciones. Pero ¿y si no? ¿Y si ella tampoco la entendía? La cabeza de la lectora trabajaba a mil por hora, mientras la de la oyente estaba en calma. Conocía de sobra la batalla que se estaba librando ahora mismo en la mente de la joven —había sido anfitriona unas cuantas veces— y sabía que aún no debía interrumpir.

Gabriela pensó en todas las veces que había dudado en contarle su secreto a alguien. A Belén, a su madre, incluso a Iván. En cómo había reulado todas y cada una de las veces. En cómo había temido convertirse en una carga para los demás y cómo poco a poco esa gota negra en el océano había acabado convirtiéndose en un embalse lleno de ponzoña. Gracias a que había construido la presa, todo seguía en su sitio, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Sería toda la vida así? ¿O sería posible encontrar algo de paz? Unas sutiles grietas aparecieron en la pared de la presa.

Cuando Azucena vio ese punto en la mirada de Gabriela —ese atisbo de duda, casi imperceptible para el ojo humano, pero no para el suyo—, sabía que era el momento adecuado. Arrastró los brazos encima de la mesa y atrapó las manos de la joven, que sujetaban con fuerza la taza humeante. La anciana entrelazó sus dedos, rompiendo la tensión en los otros y esperó el momento en el que la joven levantara la cabeza y la mirara a los ojos.

—Tú me pediste sinceridad y ahora te la estoy pidiendo yo a ti —susurró cuando unos ojos a punto de ceder se fijaron en los suyos—. A mí me costó

casi setenta años comprenderlo, no quiero que tú tengas que llevar esa carga tanto tiempo.

Quien piense que las palabras no son un arma, no conoce la compañía, el amor ni el afecto. Esas dos frases impactaron de lleno en la pared resquebrajada de la presa que Gabriela se había esmerado en construir estos últimos años, rompiéndola en mil pedazos. La fuerza del agua rompió el silencio en medio de la pelea, captando la atención de la boxeadora imbatida, que se giró para ver de dónde provenía aquel ruido. La Gabriela llena de moratones se levantó del suelo del ring, recogiendo toda la fuerza y rabia acumuladas durante años de derrotas, y asestó un derechazo directo a la mandíbula. Un solo golpe, bien colocado y en el momento adecuado, valió para dejar fuera de juego a aquella que no había conocido la derrota. Tras aquel resultado, ellas ya lo sabían: sería su última pelea.

Gabriela bajó la cabeza hacia ese par de manos entrelazadas que se mostraban ante ella y, como si estuviera leyendo su propia historia en las arrugas de los dedos de la anciana, empezó a hablar. Como el agua saliendo por la grieta de su embalse particular, cuando las palabras empezaron a salir de su boca ya no pudo parar y se lo contó todo.

Todo.

Siendo hija única, el mundo de mis padres giraba en gran medida en torno a mí. En el monumento particular que forma nuestra familia, mi madre es la solidez y el pilar que mantenía el orden y el equilibrio; mi padre, el que le daba algarabía y color.

Desde pequeña, la relación con mi padre fue muy estrecha. Siempre estaba dispuesto a ignorar la hora de acostarse o modificar ligeramente las normas respecto a las chuches o el chocolate por mí. Con él salía en bici, jugaba a la pelota o escuchaba música.

Con un gesto de la mano me atraía a su lado. Me dejaba los cascos mullidos de su cadena de música, enormes, encima de la cabeza, y me dejaba escuchar sus mejores casetes: Aretha Franklin, Frank Sinatra, Ella Fitzgerald, The Police... Y Queen, sobre todo, Queen. Gracias a mi padre empecé a amar la música y ese amor fue la razón principal por la que hice las pruebas para entrar al conservatorio. «La letra llega al corazón; la música, al alma», me decía a menudo.

Tuve una vida normal hasta los ocho años, cuando me enteré por la radio de que Queen venían a España, en verano de 1986. Tres conciertos: Barcelona, Madrid y Marbella. Rogué durante meses para que me compraran una entrada. Fui directa a mi padre, porque sabía que en ese tipo de negociaciones él era el eslabón más débil. Sin embargo, las entradas eran muy caras, 2.400 pesetas de aquella época, y la situación con el bar estaba demasiado justa: era un gasto que no podíamos permitirnos. «Cuando seas mayor, comprarás tu entrada e irás a verlos», me dijo la última vez que lo intenté, mientras limpiaba con su pulgar la lágrima que corría traicionera por mi cara.

Las entradas se agotaron a los pocos meses, y aunque me seguía dando pena no poder ir, en esas edades los problemas son intensos y efímeros. Mi hucha de cerdito, decorada con una hoja arrancada de un cuaderno que ponía «Para el concierto de Queen» (si las entradas eran tan caras, mejor valía ir ahorrando), se fue convirtiendo en un elemento más de mi habitación y dejé de prestarle atención.

Pasaron los meses. Acabó el colegio y entramos en las vacaciones de verano. Un sábado por la mañana, escuché por la radio un pequeño resumen de cómo había ido el concierto la noche anterior. Me dio un poco de pena, pero en cuanto se me pasó el mal trago, me acabé el desayuno y salí a la calle a jugar.

—¡Hola! —saludé al día siguiente al entrar en casa, a sabiendas que no había nadie. Los domingos, sobre todo en la temporada de verano, eran los días fuertes en el bar, así que el portazo de cierre fue mi única bienvenida.

Me dirigí a la cocina en busca de un vaso de agua fresca. Mientras bebía, mi atención se fijó en un sobre blanco que aguardaba encima de la mesa. La intriga me pudo y no tuve que cometer ningún delito, porque mi nombre estaba escrito en el reverso.

Lo abrí con manos ansiosas, rasgando el papel mil veces, incapaz de hacerlo a la primera. No entendía lo que tenía en la mano hasta que pude leer «Queen en concierto, Domingo 3 de agosto 22.30 noche, F.C. Rayo Vallecano». Pero... estábamos a 3 de agosto. Tenían números y todo y el precio escrito en cada una de ellas. Parecían reales. Me puse a dar brincos de alegría, con una entrada en cada mano. Con cuidado de no soltarlas, bajé corriendo las escaleras, directa al bar.

—¡¿PERO ESTO QUÉ ES?! —Entré corriendo, ignorando a todos los clientes.

Mi padre levantó la vista de los vasos que estaba secando y me miró con la sonrisa más bonita del mundo.

—¿Tú no decías que querías ir a verlos?

—Sí, pero... —dudé, mi cabeza hecha un lío, mirando alternativamente las entradas y a mi padre tras la barra—. Estaban agotadas... Y luego... Estas son en Madrid... ¿Esta noche?

Me fijé bien en la fecha y hora.

—Espero que lo tengas todo preparado, que en media hora salimos —dijo mi padre, posando el vaso en la encimera y dándole un beso rápido a mi madre en los labios. *¿Qué? ¿En media hora?*

Me acerqué corriendo a mi padre y le di un abrazo de esos que me levantaban del suelo. Dimos vueltas juntos.

—¡¡¡Que vamos a ver a QUEEN!!!! —grité mientras girábamos como un tiovivo fuera de control.

Un par de los clientes de toda la vida aplaudieron con ganas, incluso se oyó algún que otro silbido. Cuando mi padre me posó en el suelo, corrí hacia mi madre, que con los brazos cruzados tenía una sonrisa igual de bella en los labios.

—Tened cuidado... —me dijo, su voz amortiguada en mi pelo—. Y pasadlo bien.

Me despidió con un beso en la frente y subí corriendo a casa, para preparar... nada.

Realmente íbamos a ir y volver en el día, bueno, en la madrugada, así que solo tenía que vestirme y coger algo de comer si me apetecía. Mi padre ya tenía el coche preparado: tanque lleno, el estuche de casetes listo y unos bocadillos envueltos en albal para la cena.

Media hora después de haber encontrado el sobre, me subía al Ford Fiesta con una sonrisa que no era capaz de borrar y unas mariposas inquietas divirtiéndose en mi estómago. Teníamos varias horas de camino, así que fuimos escuchando algunas canciones para calentar la voz.

—¿Desde cuándo tenías las entradas? —pregunté, al cabo de un par de horas.

—Uf, un par de meses... —reconoció, sin dejar de mirar la carretera—. Uno de los clientes del bar tiene un conocido en Madrid que había tenido un imprevisto. Yo había removido cielo y tierra para encontrarlas, así que —se giró hacia mí un instante, con un brillo cómplice en la mirada— encontrarlas había que encontrarlas.

Yo le sonreí de nuevo. El concierto empezó con retraso y yo sentía que las mariposas de mi estómago iban a llevarme volando. En un momento dado mi padre me subió a hombros y cuando por fin apareció Freddie sobre el escenario, la multitud enloqueció. Fue increíble. Yo no paraba de saltar y cantar. De vez en cuando, cuando la adrenalina me dejaba un poco de espacio para volver al mundo real, me giraba y ahí estaba mi padre, dándolo todo, igual que yo. En una de esas miradas que le eché, él debió notarla, porque se giró y posó los ojos en mí, con una expresión de puro placer.

—¿Te está gustando? —me preguntó, gritando por encima del estruendo.

—¡Es el mejor concierto al que he ido nunca! —le respondí, gritando sin dejar de saltar. Era la simple y pura verdad. Irónicamente, también era al

único concierto al que había asistido, pero bueno... Aunque hubiera sido un concierto horroroso, aunque los altavoces no funcionaran o solo emitieran ruido distorsionado, aunque todas las guitarras estuvieran desafinadas o no me supiera ninguna de las canciones, solo por ver esa expresión de felicidad en los ojos de mi padre habría merecido la pena. Por suerte, tuve ambas.

De vuelta a casa en el coche, noté cómo se me agarrotaban los pies. Menos mal que yo estaba de vacaciones y no tenía colegio, no como mi padre, quien solo tendría un par de horas para descansar antes de bajar al bar a prepararlo todo para una nueva jornada. Estaba extasiada, mi mente intentaba asumir lo que acababa de vivir. Desde el asiento del copiloto le contaba detalles del concierto a mi padre como si él no hubiera estado allí. Hablé sin parar, mi padre escuchando, ilusionado. Para mí era mi primer concierto. Mi padre, guiado por su pasión por la música, había acudido a unos cuantos por toda España, solo o en buena compañía.

—Ha sido el mejor día de mi vida —dije un par de horas más tarde, hundiéndome en el asiento, atrapada por las garras del cansancio.

El sueño me fue ganando la batalla. Aún nos quedaban un par de horas de coche y ya eran casi las tres de la mañana. El día había estado lleno de emociones: la sorpresa de encontrar las entradas encima de la mesa, la expectación en el viaje de ida, las horas de espera y las casi dos horas de concierto habían podido con mi pequeño cuerpo de ocho años.

Los ojos se me fueron cerrando contra mi voluntad, aunque seguía conversando con mi padre. En un momento de duermevela, cuando no sabes si hablas dormida o sueñas despierta, le pedí a mi padre que cambiara de casete. «Pon el de los Jackson 5, *porfa*».

Supongo que mi padre se inclinaría hacia atrás para coger el estuche guardado en una rejilla detrás de mi asiento. Yo, con los ojos cerrados, solo pude sentir el volantazo y, al abrir los ojos, asustada, me recibió un fogonazo de luz.

Impacto. Airbag. Vueltas de campana. Cristales rotos. Los coches adelantándonos por la carretera.

Los días en el hospital se difuminan entre sí, confundiéndose en una mezcla de pitidos, luces y cables. Estuve muchos meses ingresada, caminando en una cuerda floja entre la vida y la muerte. Tengo vagos recuerdos de esos momentos, *flashbacks*... Y música que sonaba de fondo en mi habitación.

Cuando recuperé la consciencia, vi a mi madre cogiéndome la mano con desesperación y rompiendo a llorar. Yo tenía la voz ronca después de estar varias semanas intubada y no podía hablar mucho, pero solamente con la mirada mi madre me entendió.

—Papá está estable —me dijo, con una sonrisa empapada en lágrimas.

Una verdad a medias. Cuando mi estado mejoró lo suficiente para poder ir a verle, la realidad me golpeó como un segundo choque. Mi padre estaba rodeado de cables, tubos que entraban y salían de él. Una máquina a su lado subía y bajaba rítmicamente, al mismo ritmo que su pecho. Tenía moratones bajo los ojos, como un maquillaje fuera de lugar. Debido a la dureza del golpe y una gran hemorragia cerebral, había entrado en coma. Sin embargo, la lesión era tan grave que solo quedaba esperar.

Esperar tanto que aún a día de hoy sigue en la habitación 312 del Hospital Universitario, veinte años después, en un estado vegetativo del que nunca han podido sacarle. Yo voy a menudo para enseñarle los nuevos discos que han

salido, para que los conozca, y las canciones que sé que le gustan, para que las disfrute. Aunque no he podido volver a escuchar a Queen después de aquello...

En los días malos, miro la foto enmarcada en mi mesita de noche, en la que aparecemos los dos sonrientes en unas vacaciones en la playa, y pienso en aquella noche, cómo le pedí que cambiara de casete. Si no se lo hubiera pedido, él estaría aquí, a mi lado. Si hubiera tenido los ojos abiertos, habría podido avisarle, o cogerlo yo. Si no hubiera insistido tanto en ir a aquel concierto, aún podría celebrar el cumpleaños de mi padre comprándole un regalo y no llevándole flores a la habitación estéril de un hospital. En los días horribles, en los que los dolores de las operaciones me despiertan por la noche o mi cerebro decide revivir una y otra vez los momentos antes de que todo cambiara, pienso que por qué no fui yo. Por qué no me quedé yo encamada, por qué él. En esos días no soy capaz de ir al hospital, porque el solo hecho de verle ahí, tumbado, tan plácida y a la vez tan dolorosamente, me rompe por dentro. Pienso que ese cuerpo no tiene la sonrisa que tenía mi padre, no da esos abrazos de oso inolvidables, no tiene el brillo en los ojos que ilumina todo lo que toca. Esos días pienso que mi padre murió en aquel accidente y lo que yace en el hospital es una simple carcasa de carne y huesos.

Mi madre se convirtió en una sombra de sí misma. Aunque yo estaba en plena rehabilitación, en los primeros meses le costaba mirarme sin llorar, y adelgazó un montón. Sentía que, si el aire soplaba lo suficientemente fuerte, se la llevaría volando. Empezó a hacer malabares para mantener el bar y venir a vernos al hospital. Cuando por fin me dieron el alta, subíamos juntas para verle. Cuando fui lo suficientemente mayor, empecé a ir sola.

Acurrucada en la capilla del hospital, mi madre aún hoy se queda hasta altas horas de la madrugada rezando por él. Hace años que no duerme, que no está bien. En esos momentos en los que la casa está vacía y sé que ella está arrodillada en un banco de madera, la culpa me ahoga por dentro. Gran parte de las noches, cuando me duermo, aún no ha vuelto a casa.

Empecé a pasar mis ratos libres en la biblioteca, haciendo deberes cuando era pequeña y escuchando música ahora. Cuando estoy sola en casa y veo su cara entre las sombras o la ausencia de sus pasos entumece el silencio, me duele. Me duele cuando me divierto y le echo de menos. Me duele cuando me cruzo con la gente y me dedican esa mirada de pena y compasión. Cuando se cruzaba algún profesor, tras mi vuelta al colegio y me preguntaban por él. La gente del barrio. Los clientes del bar. A veces, cuando los demonios de mi cabeza ganan la batalla, siento que esas miradas me juzgan y piensan igual que yo: que él seguiría aquí si no fuera por mí.

Cuando terminó su confesión, Gabriela estaba llorando. Un llanto contenido, temeroso. Se podía apreciar el nudo en su garganta entre sus palabras, que a duras penas salían de su boca. Azucena se inclinó más hacia delante, acariciando las manos que se retorcían nerviosas entre las suyas y estrujándolas con cariño, cuidando bien que sus propias lágrimas, en la línea de salida, no hicieran su aparición aún. Contuvo con todas su fuerzas el nudo que tenía también en su garganta.

—Lo más difícil es sacarlo a la luz. —La joven asintió, llorando con más fuerza entre respiraciones tensas, intentando recuperar el control.

—No cometas el mismo error que yo y no pierdas la mitad de tu vida en el pozo —le previno la mujer, apretando sus manos con más fuerza—. Cada día que pasamos en este mundo es un regalo y lo pasado, pasado está. Ya no

puedes hacer nada para cambiarlo, por duro y triste que sea, tú misma me lo dijiste.

Gabriela levantó la vista, encontrándose con los ojos de la anciana, quien vio su propio dolor reflejado en otra cara, como si hubiera viajado atrás en el tiempo y se estuviera viendo reflejada en el espejo, rota en pedazos tras la muerte de Eleanor.

—Nadie sabe a qué demonios te enfrentas cada día y yo te admiro por ello. Pero yo me he pasado muchos años compartiendo habitación con la culpa y los remordimientos, y por mucho que los he escuchado, nunca me han devuelto a Eleanor. Así que, por mucho que te martirices, nada que tú puedas hacer va a devolverte a tu padre.

Esas palabras derrumbaron las últimas barreras que quedaban en pie. Gabriela empezó a sollozar intensamente, y entre respiraciones rápidas y entrecortadas, se abandonó en los brazos de Azucena, quien la acogió entregándose al llanto también. Se fundieron en un abrazo lleno de lágrimas, de vivencias; de años vividos y años perdidos. De sentimientos que no habían visto la luz hasta esa amistad, hasta ese encuentro de dos almas destinadas a enseñarse mutuamente cómo afrontar los golpes de la vida.

Gabriela se agarró con desesperación a la blusa de Azucena, llorando como nunca lo había hecho, sin temores ni ataduras. Dos décadas de lágrimas contenidas. Llorando libre, en unos brazos que la entendían, sin miedo a que otra persona la viera, sin miedo a ser juzgada. Dejó correr los sentimientos que la habían ahogado durante tantos años en una sola tirada. Lloró por su padre, por el accidente que habían tenido. Lloró por su madre, quien nunca había sido la misma tras el accidente. Lloró por la incertidumbre de no saber

qué hacer con su vida, a dónde dirigirse, qué camino seguir, si merecía la pena seguir caminando.

Azucena sentía la presión de los brazos de Gabriela, sus sollozos. Su llanto era más calmado, silencioso. El llanto de una persona que ya lo ha llorado todo en la vida. Que se ha acostado la mayoría de los días entre lágrimas, recordando a esa persona que nunca podría volver a ver. Rezando por que lo que fue nunca hubiera llegado a ser. Rezando por estar viviendo un mal sueño y despertarse junto a Norman, veinteañeros los dos, para así poder levantarse e ir a ver a Eleanor. Lloró por Dios, el destino, el Universo, el azar o lo que fuera que hiciera funcionar el mundo.

Se quedaron unos minutos fundidas en aquel llanto compartido, dejando fluir sus emociones. Cuando las dos mujeres separaron sus cuerpos, Azucena cogió de los hombros a Gabriela, que respiraba con la boca entreabierta, aún entre hipidos, las pestañas bien nítidas por las lágrimas. Dejó que se relajara.

—Gracias por escucharme —dijo Gabriela cuando se recompuso, limpiándose los restos de la cara.

—Gracias a ti por escucharme el otro día.

Después de que Azucena fuera a buscar una caja de pañuelos para que Gabriela pudiera limpiarse la nariz decentemente, ambas mujeres volvieron a sentarse cara a cara.

—¿Seguro que quieres hablar? —Gabriela asintió mientras cogía un pañuelo.

—El otro día fui yo la que hice las preguntas. —Se sonó con fuerza—. Hoy le toca a usted.

Azucena fue directa al grano.

—¿Por qué viniste? ¿Por qué respondiste al anuncio? —Gabriela frunció el ceño. De todas las preguntas que le podía hacer, no se esperaba precisamente esa—. De todas las personas que han pasado por ese sillón en todos estos años, eres la primera que no tenía ningún tipo de interés por la lectura. —Azucena le guiñó un ojo después del «tenía».

Gabriela sonrió tímidamente. Tenía muy clara la respuesta.

—Por una vez en la vida no era «esta fue la chica que tuvo un accidente con su padre y casi no lo cuenta» —confesó—. En el instituto, en la biblioteca, en el bar... todo el mundo sabe quién soy. Esta es una ciudad pequeña y en el barrio todos nos conocemos... Todos ponen esa cara de pena cuando me ven, como si recordaran a mi padre al verme, y, aunque suene un poco egoísta, me duele —reconoció Gabriela, jugando con el pañuelo—. Cuando vi el anuncio, y, al llegar, ver primero la cara de María y luego la suya... recibí una mirada que hacía años que no sentía. Una mirada... neutra. Sin pena, sin compasión. Incluso con alegría. Una alegría pura. Unas miradas que no conocían mi pasado.

—Y... ¿qué más? —La anciana le miraba con unos ojos que exigían franqueza. Gabriela dudó.

—Y... —Se humedeció los labios. Empezó a hacer trocitos con el pañuelo, dilatando la respuesta. Azucena esperó pacientemente— que yo también me sentía muy sola... —admitió, la mirada clavada en las manos, que aún se retorcían, nerviosas. Azucena le dedicó una sonrisa ladeada—. Y luego... le cogí el gusto a la lectura. Tengo que darle las gracias por eso. —Levantó la mirada—. Como usted dice, la lectura te abstrae, te evade... Durante las horas que pasaba en su casa no pensaba en mi padre, ni en el bar, ni en el futuro... Estaba centrada en la historia, inmersa en ella.

—La música también.

—La música también —concedió Gabriela, apartando el pañuelo—, pero tengo tantos recuerdos con ella y con mi padre que me cuesta abstraerme. En cambio, los libros... —Gabriela levantó los ojos de la mesa—. Le agradezco de corazón haberme hecho descubrir la lectura. Mi profesora de lengua de EGB le pondría una estatua en la Plaza Mayor —bromeó la chica, soltando una risa tímida bañada en lágrimas, destensando el ambiente.

—Anda, tonta —le reprendió suavemente Azucena, con una palmada en el hombro—. ¿Y tu madre?

—Mi madre —suspiró con fuerza—. No lo sé... Siento que tras el accidente no es la misma y me siento culpable... Ver cómo va todos los días a la capilla, al hospital...

—Ella se refugia en la religión, tú lo haces en la música, yo lo hice en la literatura. Cada uno tenemos diferentes formas de sobrellevar el duelo, y la vida en general. Piensa lo duro que tuvo que ser para tu madre perder al primer amor de su vida y estar a punto de perder al segundo.

Gabriela asintió en silencio. Era algo que se le había pasado por la cabeza, pero que le costaba aceptar.

—¿Entraste en el conservatorio? —Gabriela negó con la cabeza.

—Me dieron la plaza, pero luego tuve el accidente... Si estoy demasiado tiempo sentada, me empieza a doler todo: tengo placas y tornillos por todos lados. Lo intenté, pero no era capaz de seguir el mismo ritmo del resto y me frustré mucho. —Gabriela miró sus manos. Para el resto, había que fijar bien la mirada para ver las cicatrices que recorrían sus dedos. Para ella, eran carteles luminosos que destellaban con insistencia. No emitían dolor físico,

pero sí un dolor mucho más profundo. Un dolor que se le anclaba en el alma y le impedía respirar cuando se hacía presente.

—Quizás podrías aprender a tocar en un ambiente menos estresante, a tu ritmo.

—Quizás...

El reloj de la entrada empezó con su serenata y Gabriela levantó la vista. Recorrió con ella las hileras de libros, las historias que Azucena guardaba con pasión y cariño. Pensó en Belén, en lo contenta que se pondría cuando sacara el próximo libro de la biblioteca. Pensó en su madre, en todo lo que había sufrido tras el accidente y en todas las cosas de su pasado que no conocía. Pensó en su padre y en cuánto le hubiera gustado conocer a la señora Parks.

Se levantaron y la anciana se inclinó para rodearla con sus delgados brazos. Gabriela hizo lo propio. Ninguna de las dos quería soltar primero, así que se quedaron un buen rato abrazadas, disfrutando del compás del corazón ajeno.

Rememorando aquel abrazo de liberación que nos dimos en la salita, me acerco con paso tranquilo hacia la verja de El Olivar. Es un día grisáceo, en el que una lluvia tan fina que parece que flota en el aire crea una atmósfera etérea, fantasmagórica. La gente me adelanta con ritmo apresurado, protegidos por paraguas o grandes chubasqueros. Una mujer con un cochecito se resguarda en uno de los portales. Dos chavales cruzan corriendo la calle, ajenos al trasiego de coches.

Cuando llego a la verja, poso mi mano sobre el pomo, aun sabiendo que no se va a abrir. Si un viandante despreocupado, ajeno a la molesta humedad, se hubiera parado delante de la casa para emitir su veredicto, hubiera dictaminado fácilmente que la casa estaba abandonada. Jardín descuidado, decenas de panfletos rellenoando el buzón, el aire antiguo de la casa acentuado por la penumbra que inundaba el día. Aunque acertado, su razonamiento hubiera quedado incompleto. Alguien que hubiera conocido aquella casa y a su inquilina sabría que ya no había vida en el interior porque en las estancias que escondían esas cuatro paredes ya no quedaba ni un solo libro.

Me instalo en los escalones de entrada, sintiendo la humedad empapando mis pantalones al instante. Sé de sobra que el pantalón se secará pronto, el alma no. Saco la carta. Tímidas gotas de lluvia mojan el papel, lunares transparentes entre líneas de tinta azul. Despliego el papel y me imagino a la señora Parks con los ojos cerrados junto a mí, esperando. Comienzo.

—Buenos días. O buenas tardes. O buenas noches.

La verdad, no sé si hay hora allá donde está, si hay días o minutos, o el tiempo no pasa. Hacía tiempo que no hablábamos y me parece muy

injusto no haber podido tener una última conversación con usted, así que aprovecho esta carta para ponerla al día.

Mi padre sigue igual que siempre, mi madre parece que va a mejor y yo, bueno, resistiendo... He conocido gente en la facultad, pero aún no tengo claro si es lo que me gusta. Sé que entré buscando ayudar a personas con problemas similares al suyo, pero hay días que me asaltan las dudas y me planteo si de verdad es lo mío... No quiero decepcionarla (aunque ya no esté aquí), especialmente sabiendo todo el dinero que me prestó para que pudiera tener esta oportunidad.

Respecto al coche, la semana pasada intenté hacer mi primera práctica, pero en cuanto me senté en el asiento del conductor tuve un ataque de pánico. Supongo que aún no estoy tan lista como pensaba... Sin embargo, hace ya unos meses que estoy escuchando canciones como Bohemian Rhapsody, Another one bites the dust o Breakthru... Un paso es un paso, ¿no?

María me habló sobre la donación a la biblioteca. Aún no he podido ir a verla, pero seguro que Belén estará dando saltos de alegría con todos los libros que les habrán llegado. Tiene que ser muy chocante cómo manos forasteras y caras extrañas los cogen, los hojean e, incluso, en ocasiones, los huelen; pero sé que me hará muchísima ilusión cuando vaya y al abrir uno de ellos vea sus iniciales marcadas en la contraportada. Aún no he tenido la ocasión de releer un libro que me haya gustado mucho, pero no se preocupe: el día que suceda, vendré a contarle qué se siente.

Nunca hubiera tenido tiempo suficiente en esta vida para agradecerle todo lo que ha hecho por mí, así que espero que nos podamos volver a

encontrar en la siguiente. Cuando llegue el momento, sé que la encontraré sentada junto a Eleanor, disfrutando ambas de una buena lectura, cada una en su respectivo butacón de piel.

Estoy de acuerdo con su padre y pienso que fue una adelantada a su tiempo. Quizás, si hubiera nacido unos años más tarde, habría acabado siendo exploradora, o ejerciendo su profesión. Quizás, si hubiera nacido más tarde, se habría podido divorciar de un marido retrógrado y egocéntrico, o quizás se habría casado con otra persona. Ojalá hubiera nacido unos años más tarde para beneficiarse de los avances médicos actuales; quizás esa alexia se habría quedado en una anécdota. Pero, sincera y egoístamente, señora Parks, si usted hubiera nacido unos años más tarde, nunca nos habríamos conocido.

Gracias por todo lo que me ha enseñado, Azucena. Gracias de corazón. Nos vemos en otra vida.

Pliego la carta. Me giro y le echo un último vistazo a El Olivar. Sonrío. Dejo la carta con dulzura en el buzón, camuflada entre folletos de supermercado y panfletos electorales, y me alejo con paso tranquilo bajo la lluvia, dejando que las gotas se unan a las lágrimas que recorren mis mejillas, dando gracias al azar y al destino por poner a una señora Parks en mi vida.

Agradecimientos

Gracias a todas las profesoras de Lengua, desde las que me enseñaron a escribir hasta las que me mostraron la belleza de la literatura: Camino, Marisol, Julita, Mari Carmen, doña Ana, don Félix, José Eusebio.

A toda mi familia, sobre todo a mis padres y a mi hermano, por ser mis primeros lectores y mi mayor apoyo; y a mi abuelo, por ser un ejemplo a seguir.

A Chuchi y a Ana, por ayudarme a escribir cada vez mejor.

A *madame B.*, que colgó una nota en la biblioteca de un pequeño pueblo al sur de Francia y, sin saberlo, plantó la semilla de esta historia.

A mis amigas, por ser pilares incluso cuando no sabían lo que sostenían.

A Cooper, por la compañía fiel durante las horas frente al ordenador y por los paseos diarios, imanes de la inspiración.

A todos esos libros que me fascinaron con sus palabras y despertaron en mí la ilusión de escribir.

Al equipo de Ediciones Oblicuas, por confiar en esta novela.

A los lectores, por llegar hasta aquí y darle sentido a esta profesión.

Y gracias sobre todo a esa niña que, soñando con ser escritora, borró la palabra «imposible» de su diccionario personal y se puso a contar historias para no detenerse jamás.

La autora

Marta Vidal del Palacio nació en León hace veintiséis años. En 2024, su nombre apareció en diferentes antologías de microrrelatos: «El arma más poderosa del mundo» (VI Concurso Literario Camp de Túrria 2024. Microrrelatos. Ediciones Contrabando) y «Rojo escarlata» (Micro dragones II. Diversidad Literaria). También ha obtenido menciones de honor en diferentes concursos, entre ellos, el XIV Certamen Literario Ricardo León, y el IV Certamen Literario LGTBIQA+ «Don Benito Diverso».